En busca del azul

El Dador. Libro II

Lois Lowry

Nora, una huérfana con una pierna torcida, vive en un mundo donde los «débiles» son dejados de lado. Desde el momento en que muere su madre, teme por su futuro hasta que es perdonada por el poderoso Consejo de Guardianes. La razón es que Nora tiene un don: sus dedos poseen la habilidad de bordar de manera extraordinaria. Supera con creces a la habilidad que mostraba su madre, por lo que se le encomienda una tarea que ningún otro miembro de la comunidad puede desarrollar. Mientras su talento la mantiene viva y le supone ciertos privilegios, se da cuenta de que está rodeada de misterios y secretos. Nadie debe saber de su intención de descubrir la verdad sobre su mundo, además de averiguar qué existe más allá de sus límites.

Lois Lowry

En busca del azul

El dador de recuerdos - 2

ePub r1.2
TheEdwardRCT 15.03.15

Título original: *Gathering Blue*
Lois Lowry, 2000
Traducción: Mª Luisa Balseiro
Retoque de cubierta: TheEdwardRCT

Editor digital: TheEdwardRCT
ePub base r1.2

Capítulo 1

—¡Madre!

No tuvo respuesta. Ni esperaba tenerla. Su madre llevaba cuatro días muerta, y Nora notaba que el último resto de su espíritu se alejaba ya.

—¡Madre!

Lo volvió a decir, en voz baja, a aquello que se iba. Le pareció sentir su despedida como se siente un pequeño soplo de brisa en la noche.

Ya estaba sola del todo. Sintió la soledad, la incertidumbre y una gran tristeza.

Aquello había sido su madre, la mujer cálida y vital que se llamó Catrina. Después, tras la inesperada y rápida enfermedad, había pasado a ser el cuerpo de Catrina, que todavía conservaba el espíritu en su interior. Al cabo de cuatro atardeceres y amaneceres, también el espíritu se había ido. Ya no era más que un cuerpo. Vendrían los cavadores y echarían una capa de tierra sobre la carne, pero aun así la desgarrarían para comérsela los animales hambrientos que venían de noche. Entonces los huesos se dispersarían, se pudrirían y se desharían hasta confundirse con la tierra.

Nora se pasó la mano por los ojos, que de pronto se le habían llenado de lágrimas. Había querido a su madre, y la iba a echar de menos terriblemente. Pero había llegado el momento de marcharse. Hincó el bastón en la tierra blanda, y apoyándose en él se levantó.

Miró a su alrededor, indecisa. Aún era joven, y hasta entonces no había vivido la experiencia de la muerte en la pequeña familia que formaban sólo su madre y ella. Había visto a otras personas, naturalmente, cumplir los ritos. Veía a algunas en el vasto y maloliente Campo de la Partida, acurrucadas junto a aquéllos a cuyos espíritus acompañaban aún. Sabía que allí estaba una mujer

llamada Elena, viendo cómo el espíritu abandonaba a su niño, que había nacido demasiado pronto. Elena había llegado al Campo el día anterior. A los recién nacidos no había que velarles cuatro días; sus pequeños espíritus, apenas llegados, se iban rápidamente. Así que Elena regresaría pronto al pueblo y a su familia.

Pero Nora ya no tenía familia. Ni casa. La barraca donde vivía con su madre la habían quemado. Era lo que se hacía siempre después de una enfermedad. Aquella pequeña edificación, el único hogar que Nora había conocido, ya no existía. Vio el humo a lo lejos estando allí sentada junto al cuerpo. Mientras veía alejarse al espíritu de su madre, había visto también cómo los fragmentos de su vida de niña se disipaban en el cielo, convertidos en cenizas.

Sintió un ligero escalofrío de miedo. El miedo estaba siempre en la vida de las personas. Por miedo se hacían casas, se buscaba comida y se cultivaban cosas. Por la misma razón se almacenaban armas, en espera. Había miedo al frío, a la enfermedad y al hambre. Había miedo a las fieras.

Y el miedo la empujaba ahora, allí apoyada en su bastón. Miró por última vez al cuerpo sin vida que había contenido a su madre, y se puso a pensar adónde ir.

***

Pensó en reconstruir. Si pudiera encontrar ayuda, lo cual no era probable, no tardaría mucho en construir una barraca, sobre todo en aquella época del año, el verano temprano, cuando en los árboles había ramas tiernas y junto al río barro espeso y abundante. Muchas veces había visto construir a otros, y calculaba que sería capaz de hacerse alguna clase de refugio. Las esquinas y la chimenea quizá no saldrían rectas. El techo sería difícil, porque con la pierna mala le era casi imposible trepar. Pero se las arreglaría. Construiría una barraca como fuera. Y después se las arreglaría para ganarse la vida.

El hermano de su madre había pasado dos días cerca de ella en el Campo, no velando a Catrina su hermana, sino sentado en silencio junto a los cuerpos de su mujer, la irascible Solora, y de su hijo recién nacido, que no había llegado a tener nombre. Se reconocieron y se saludaron de lejos, Nora y el hermano de su madre. Pero él se marchó una vez cumplido su tiempo de estancia

en el Campo de la Partida. Tenía que atender a sus hijos; habían tenido otros dos, además del que causó la muerte de Solora. Los otros eran todavía pequeños, y sus nombres aún tenían una sola sílaba: Dan y Mar. «Quizá podría yo cuidar de ellos», pensó Nora por un instante, tratando de imaginarse un futuro en el pueblo. Pero apenas despuntó esa idea en su interior cuando se dijo que no podría ser. Los hijos de Solora serían dados, repartidos entre quienes no tuvieran. Los niños sanos y fuertes eran valiosos; debidamente enseñados, podían contribuir al sustento de la familia, y habría muchos que quisieran a aquellos niños.

Nadie querría a Nora. Nadie la había querido nunca, excepto su madre. Muchas veces le había oído contar la historia de su nacimiento —el nacimiento de una niña sin padre y con una pierna torcida—, y cómo había luchado para mantenerla viva.

—Vinieron a buscarte —susurró Catrina, relatando la historia una noche en la barraca, junto al fuego que ardía vivamente—. Tenías un día de edad; todavía no te habíamos puesto tu nombre de niña de una sílaba.

—Nor.

—Exactamente, Nor. Me trajeron comida y te iban a llevar al Campo…

Nora se estremeció. Era el uso, era la costumbre y era lo piadoso, devolver a la tierra al recién nacido imperfecto y sin nombre antes de que su espíritu le llenase y le hiciera humano. Pero se estremeció al pensarlo.

Catrina acarició el pelo de su hija.

—No lo hacían con mala intención —le recordó, y Nora asintió:

—No sabían que era yo.

—No eras tú, todavía.

—Cuéntame otra vez por qué les dijiste que no —susurró Nora.

Su madre suspiró al recordar.

—Yo sabía que no tendría más hijos —explicó—. A tu padre se lo habían llevado las fieras. Varios meses antes se fue a cazar y no regresó. Así que yo no volvería a ser madre. A lo mejor —añadió— con el tiempo me habrían dado uno, un huérfano para que lo criase. Pero según te tenía en brazos, ya entonces, cuando tu espíritu aún no había llegado, y con esa pierna torcida que significaba que nunca podrías correr, ya entonces tenías brillo en los ojos. Yo veía

en tus ojos el comienzo de algo grande. Y tus dedos eran largos y bien formados…

—Y fuertes. Mis manos eran fuertes —añadió Nora con satisfacción. Había oído la historia muchas veces, pero siempre que la oía se miraba aquellas manos fuertes con orgullo.

Su madre se echó a reír.

—Tan fuertes que se agarraban con ferocidad a mi dedo pulgar y no lo soltaban. Sintiendo aquel apretón no podía dejar que te llevasen. Simplemente dije que no.

—Se enfadaron.

—Sí, pero yo me mantuve firme. Claro que mi padre vivía aún. Era viejo entonces, tetrasílabo, y había sido jefe del pueblo, Guardián Mayor, durante muchos años. Se le tenía respeto. Y tu padre también habría sido un jefe muy respetado si no hubiera muerto en la cacería. Ya estaba escogido para guardián.

—Dime el nombre de mi padre —pidió Nora.

Su madre sonrió a la luz del fuego.

—Cristóbal —dijo—. Ya lo sabes.

—Pero me gusta oírlo. Me gusta oírtelo decir.

—¿Quieres que continúe?

Nora asintió.

—Te mantuviste firme. No cediste —recordó a su madre.

—De todos modos me hicieron prometer que no serías una carga.

—Y no lo he sido, ¿verdad que no?

—Claro que no. Tus manos fuertes y tu cabeza sabia compensan por la pierna tullida. Eres una ayudante robusta y segura en el taller de tejido; todas las tejedoras lo dicen. Y una pierna torcida no tiene ninguna importancia frente a tu inteligencia. ¡Las historias que cuentas a los niños, las cosas que inventas con palabras… y con hilos! ¡Cómo bordas! No se parece en nada a todo lo que yo he visto hacer. ¡No tiene ni comparación con lo que sé hacer yo! —su madre hizo una pausa y se rió—. Ya basta. No me hagas cantar tus alabanzas. Acuérdate de que aún eres una niña, y muchas veces testaruda: esta misma mañana, Nora, se te olvidó limpiar la barraca, aunque lo habías prometido.

—Mañana no se me olvidará —dijo Nora soñolienta, arrimándose a su madre en el jergón donde dormían y buscando

una postura más cómoda para la pierna torcida—. Lo prometo.

***

Pero ahora no había nadie que la ayudase. No le quedaba familia, y tampoco en el pueblo era una persona muy útil. Su trabajo de todos los días había consistido en ayudar en el taller de tejido, recogiendo las hilachas y los sobrantes; pero la pierna torcida le restaba valor como trabajadora, e incluso como futura compañera de un hombre.

Sí, a las mujeres les gustaban las historias fantásticas que contaba para entretener a los niños revoltosos, y admiraban los dibujitos que bordaba con hilos. Pero esas cosas eran pasatiempos; no eran trabajo.

El cielo, donde el sol descendía ya, arrojando sobre el Campo de la Partida las sombras de los árboles y espinos que lo cercaban, le dijo que era mucho más tarde del mediodía. La incertidumbre la había hecho demorarse demasiado. Reunió cuidadosamente las pieles donde había dormido en las cuatro noches que pasó velando el espíritu de su madre. La fogata era cenizas frías, un montón de brasas ennegrecidas. El cacharro del agua estaba vacío, y no quedaba comida.

Despacio, ayudándose con el bastón, renqueó hacia el camino que conducía al pueblo, aferrada a una pequeña esperanza de ser aún bien recibida.

Al borde del claro había unos niños jugando y correteando por el campo cubierto de musgo, con agujas de pinos pegadas al pelo y a sus cuerpos desnudos. Nora sonrió. Les conocía a todos. Estaba el hijo rubio de la amiga de su madre, nacido hacía dos veranos. Y la niña cuyo hermano gemelo había muerto; era más pequeña que el rubio, apenas había empezado a andar, pero se reía y chillaba con los otros, jugando al corre que te pillo. Los chiquillos se peleaban dándose tortas y patadas, se amenazaban con palos y se atizaban con sus puñitos. Nora recordó cómo en su infancia contemplaba a sus compañeros en aquellos juegos, que eran una preparación para las peleas reales de la vida adulta. Ella no podía participar por la pierna averiada, y miraba desde fuera con envidia.

Un niño mayorcito, de ocho o nueve años, aún lejos de la pubertad y del nombre bisílabo que entonces recibiría, estaba

aclarando la maleza y amontonando las ramitas en haces para la lumbre. La miró con su cara sucia. Nora sonrió; era Mat, amigo suyo de siempre. Mat le gustaba. Vivía en la Nava, un lugar pantanoso y desagradable; debía de ser hijo de un acarreador o un cavador. Pero corría a sus anchas por el pueblo, con sus traviesos amigos y su perro siempre detrás. Muchas veces, como aquel día, hacía recados o pequeños trabajos a cambio de unas monedas o un dulce. Nora le dio una voz. El perro golpeó el suelo con su rabo torcido, enredado de hojas y palitos, y el chico respondió con una gran sonrisa.

—¿Con que vuelves del Campu? —dijo—. ¿Cómo se está allí? ¿Te dio miedu? ¿Venían animales por las noches?

Nora negó con la cabeza y le sonrió. A los niños más pequeños, los monosílabos, no se les dejaba entrar en el Campo, así que era natural que Mat sintiera curiosidad y cierto respeto.

—Ninguno —le tranquilizó—. Tenía lumbre, y así los animales no se acercaban.

—¿Con que Catrina ya se fue de su cuerpu? —preguntó él en su dialecto. La gente de la Nava era curiosamente distinta. Se les conocía por su extraña manera de hablar y sus modales toscos, y casi todos les despreciaban. Pero Nora no. Nora le tenía mucho cariño a Mat.

—El espíritu de mi madre se ha ido —asintió—. Lo vi salir del cuerpo. Era como una neblina. Se fue por el aire.

Mat se acercó cargado con un haz de leña, y dijo pesaroso, entornando los ojos y arrugando la nariz:

—Tu barraca quedó hurrible de quemada.

Nora asintió. Suponía que habrían destruido su casa, aunque había tenido una secreta esperanza de equivocarse.

—Sí —suspiró—. ¿Y todo lo que había dentro? ¿Y mi bastidor? ¿Me han quemado el bastidor de bordar?

Mat frunció el entrecejo.

—Yo intenté salvar cosas, pero casi todo quemose. Sólo tu barraca, Nora. No como cuando hay una enfermedad grande. Esta vez fue sólo tu madre.

—Ya lo sé —y Nora volvió a suspirar. En el pasado había habido enfermedades que se extendían de una barraca a la siguiente, con muchas muertes. Cuando eso sucedía se hacía una quema enorme,

seguida de una reconstrucción que era casi una fiesta, por el ruido que hacían los constructores al tender el barro húmedo sobre las paredes de madera de la nueva edificación y golpearlo metódicamente para alisarlo. El aire seguía oliendo a quemado mientras se alzaban las barracas nuevas.

Pero aquel día no había nada de fiesta. Sólo sonaban los ruidos de siempre. La muerte de Catrina no había cambiado nada en las vidas de los demás. Catrina había estado allí y ya no estaba. Las vidas de los demás seguían.

Nora, todavía con Mat a su lado, se detuvo en el pozo para llenar el cacharro de agua. Por todas partes se oían discusiones. La discordia era un ruido de fondo constante en el pueblo: las palabras duras de los hombres que se disputaban el mando; las bravatas y los improperios agudos de las mujeres, envidiosas unas de otras, irritadas con los niños que berreaban y se les agarraban a las faldas, y que muchas veces salían despedidos de un puntapié.

Haciendo visera con la mano, Nora entornó los ojos frente al sol de la tarde y buscó con la mirada el lugar donde había estado su barraca. Respiró hondo. Habría que andar mucho para recoger ramas verdes, y sudar mucho para acarrear el barro desde la orilla del río. Los maderos para las esquinas serían pesados y difíciles de arrastrar.

—Tengo que empezar a construir —dijo a Mat, que aún sostenía un haz de ramas entre sus brazos sucios y arañados—. ¿Quieres ayudarme? Podría ser divertido hacerlo entre dos —y añadió—: Yo no te puedo pagar, pero te contaría historias nuevas.

El niño negó con la cabeza.

—Daranme de azotes si no acabu de recoger la leña.

Y se apartó. Pero tras una vacilación se volvió hacia Nora y dijo en voz baja:

—Oí lo que decían. No quieren que sigas aquí. Piensan echarte ahora que tu madre murió. Quieren ponerte en el Campu para las fieras. Diz que los acarreadores te han de llevar.

Nora sintió que el miedo le agarrotaba el estómago, pero intentó que no se le notara en la voz. Necesitaba la información que Mat pudiera darle, y el niño desconfiaría si la veía asustada.

—¿Quiénes lo dicen? —preguntó en un tono ofendido de superioridad.

—Las mujeres —respondió él—. Hablaban en el pozu cuando oílas. Yo recogía astillitas de la basura, y ni se dierun cuenta que escuchaba. Quieren tu sitiu. Quieren el sitiu donde estaba tu barraca. Han pensadu hacer ahí un corral, para encerrar a los niñus y las gallinas y no tener que andar detrás de ellus todo el ratu.

Nora le miró fijamente. Una crueldad tan gratuita era aterradora, era casi increíble. Por tener sujetos a los niños desobedientes y a los pollos, las mujeres estaban dispuestas a echarla del pueblo para que la devorasen las fieras que acechaban en el bosque y merodeaban por el Campo buscando comida.

—¿Quién fue la que habló más en contra mía? —preguntó pasado un momento.

Mat reflexionó, dando vueltas a unas ramitas entre las manos; se veía que no tenía ninguna gana de mezclarse en los problemas de Nora y que temía por lo que le pudiera ocurrir a él. Pero siempre había sido un amigo. Por fin, después de echar una ojeada en torno para comprobar que nadie más le oía, dijo el nombre de la persona con la que Nora tendría que enfrentarse.

—Vandara —susurró.

No era ninguna sorpresa. De todos modos, a Nora se le cayó el alma a los pies.

Capítulo 2

Lo primero, decidió, era hacer como si no supiera nada. Volvería al sitio de la barraca donde había vivido con su madre y empezaría a reconstruir. Quizá el mero hecho de verla allí manos a la obra fuera bastante para desalentar a las mujeres que pretendían echarla.

Apoyándose en el bastón atravesó el pueblo lleno de gente. Algunos la saludaban con la cabeza al verla pasar, pero cada cual estaba atareado en sus quehaceres de todos los días, y entretenerse en cortesías no era parte de sus costumbres.

Vio al hermano de su madre, que estaba con su hijo Dan, trabajando en la huerta junto a la barraca donde había vivido con Solora y los niños. Las malas hierbas habían crecido sin que nadie las arrancara mientras su mujer salía de cuenta, daba a luz y se moría. Después pasaron más días y se multiplicaron las hierbas mientras él estaba en el Campo con la mujer y el hijo muertos. Las estacas donde se enredaban las judías se habían tumbado, y él, malhumorado, las estaba enderezando mientras Dan trataba de ayudarle y la niña pequeña, Mar, jugaba con el barro sentada al borde de la huerta. Nora vio que el hombre daba a su hijo un manotazo fuerte en un hombro, riñéndole por no sujetar derecha la estaca.

Nora pasó por delante de ellos, hincando firmemente el bastón en el suelo con cada paso que daba, pensando saludarles con la cabeza si la veían. Pero la niña que jugaba en el barro no hacía más que lloriquear y escupir; había querido ver a qué sabían unas piedritas, como cualquier niño de su edad, y se encontró con la boca llena de tierra asquerosa. Dan miró a Nora, pero no dio señales de reconocerla ni la saludó; estaba doliéndose del golpe que le había propinado su padre. El hombre, el único hermano de su madre, no levantó los ojos de lo que estaba haciendo.

Nora suspiró. Él al menos tenía ayuda. Ella, salvo que pudiera

reclutar a su pequeño amigo Mat y algunos de sus compinches, tendría que hacer sola todo el trabajo de reconstruir y arreglar la huerta, suponiendo que la dejaran quedarse.

Le rugieron las tripas y se dio cuenta de que estaba hambrienta. Pasando una hilera de barracas pequeñas y doblando un recodo llegó hasta el negro montón de cenizas que había sido su hogar. De las cosas de la casa no quedaba nada, pero vio con alegría que la pequeña huerta se había salvado. Las plantas de su madre aún estaban en flor, y las hortalizas del verano temprano maduraban al sol. De momento, al menos, tendría algo que comer.

¿O no? Según estaba mirando, del soto inmediato salió muy presurosa una mujer, miró a Nora de reojo, y con todo descaro se puso a arrancar zanahorias de la huerta que su madre y ella habían cultivado.

—¡Quieta! ¡Son mías! —gritó Nora, avanzando a toda la velocidad que le permitía la pierna deforme que llevaba a rastras.

La mujer soltó una carcajada despectiva y se alejó tan tranquila, con las manos llenas de zanahorias embarradas.

Nora corrió a lo que quedaba de huerta, y dejando en el suelo el cacharro del agua arrancó algunos tubérculos, los limpió de tierra y se puso a comer. Su madre y ella, no teniendo en la casa a ningún cazador, no comían más carne que la de algún que otro animalillo que pudieran capturar dentro de los linderos del pueblo. Ellas no podían ir al bosque a cazar como los hombres. En el río había abundancia de peces fáciles de atrapar, y no sentían necesidad de nada más.

Pero la verdura era indispensable. Nora pensó que era una suerte que no le hubieran vaciado del todo la huerta durante los cuatro días que pasó en el Campo.

Una vez saciada el hambre, se sentó para dar descanso a la pierna y miró a su alrededor. A un lado, cerca de las cenizas, había un montón de arbolillos pelados de ramas, como preparado por alguien para ayudarla a reconstruir.

Pero Nora no se fiaba. Se levantó e intentó alcanzar uno de aquellos troncos esbeltos y flexibles.

Inmediatamente apareció Vandara saliendo del soto, y Nora comprendió que había estado espiándola desde allí. No sabía dónde vivía aquella mujer, ni quiénes podían ser su marido o sus hijos. Su

barraca no era ninguna de las cercanas. Pero era muy conocida en el pueblo. Se hablaba de ella en voz baja. Era una persona conocida y respetada. O temida.

Vandara era alta y musculosa. Llevaba el pelo, largo y enredado, echado hacia atrás y mal recogido en la nuca con una correa. Tenía los ojos oscuros, y su mirada directa acabó con la poca tranquilidad que le quedaba a Nora. La cicatriz quebrada que le cruzaba la barbilla y le bajaba por el cuello hasta el ancho hombro era la huella, se decía, de un antiguo combate con un animal del bosque. Nadie más había sobrevivido a un girón semejante, y para todos la cicatriz era un recordatorio de la valentía y la fuerza de Vandara, así como de su malevolencia. Había sido atacada y herida, se decían los niños al oído, por querer robar una cría de animal de la guarida de su madre.

Ahora, frente a Nora, se disponía una vez más a destruir a una cría ajena.

Pero, a diferencia del animal del bosque, Nora no tenía garras para luchar. Sujetó con fuerza su bastón de madera, y trató de devolver la mirada sin atisbo de temor.

—He venido a reconstruir mi barraca —dijo a Vandara.

—Ya no tienes sitio. Ahora es mío. Esos troncos me pertenecen.

—Yo buscaré los míos —concedió Nora—. Pero voy a reconstruir en este sitio. Fue el sitio de mi padre antes de que yo naciera, y el de mi madre desde que él murió. Ahora que ha muerto ella, es mío.

De las barracas circundantes salieron otras mujeres.

—Lo necesitamos nosotras —dijo una a voces—. Con esos troncos vamos a hacer un corral para los niños. Fue idea de Vandara.

Nora la miró. Tenía agarrado por un brazo de mala manera a un niño chiquito.

—Quizá sea buena idea —replicó—, si queréis tener encerrados a vuestros pequeños. Pero no en este pedazo de tierra. Podéis hacer el corral en otro sitio.

Vio que Vandara se agachaba y tomaba una piedra como un puño de niño.

—Aquí no te queremos —dijo la otra mujer—. Tú ya estás de sobra en el pueblo. No vales para nada con esa pierna. Tu madre

siempre te protegió, pero ahora ya no está. Lárgate tú también. ¿Por qué no te quedaste en el Campo?

Nora vio que estaba rodeada de mujeres hostiles que habían salido de sus barracas y miraban a Vandara como a su jefa, esperando instrucciones. Unas cuantas tenían piedras en las manos. Bastaría que cualquiera de ellas tirase la suya para que las demás la imitasen. Estaban todas esperando a ver quién la tiraba primero.

«¿Qué habría hecho mi madre?», pensó Nora desesperada, tratando de hallar consejo en el poquito del espíritu de su madre que ahora vivía en ella.

«¿O mi padre, que no me vio nacer? También su espíritu está en mí».

Se puso derecha y habló. Habló sin que le temblara la voz, procurando mirar a los ojos de cada mujer por turno. Algunas bajaron la mirada al suelo. Eso era buena señal. Quería decir que eran débiles.

—Vosotras sabéis que cuando hay un conflicto en el pueblo que pueda acabar en muerte, hay obligación de ir al Consejo de Guardianes —les recordó. Oyó algunos murmullos de asentimiento. Vandara seguía teniendo la piedra en la mano, y los hombros en tensión como para tirarla.

Nora la miraba directamente, pero hablaba para las otras, buscando su apoyo. No apelaba a su compasión porque sabía que no la tenían, sino a su miedo.

—Recordad que si un conflicto no se lleva al Consejo de Guardianes y si hay una muerte…

Oyó un murmullo. «Si hay una muerte…», oyó que repetía una mujer con voz incierta y temerosa.

Nora esperó. No podía ponerse más tiesa.

Por fin una de las mujeres del grupo completó lo que faltaba de la norma:

—El causante de muerte debe morir.

—Sí. El causante de muerte debe morir.

Otras voces lo repitieron. Una por una dejaron caer las piedras. Una por una cada mujer rehusó ser causante de muerte. Nora empezó a relajarse un poco, pero se mantenía vigilante.

Por fin sólo quedó Vandara con su piedra en la mano. Furibunda, hizo un gesto de amenaza, doblando el codo como si la

fuera a tirar. Pero también ella acabó dejándola caer al suelo, aunque en dirección a Nora.

—Está bien, yo la llevaré al Consejo de Guardianes —hizo saber a las demás—. Estoy dispuesta a ser su acusadora. Que ellos la echen —y soltó una risotada—. No hay necesidad de malgastar una vida para librarnos de ella. Cuando mañana se ponga el sol, esta tierra será nuestra y ella ya no estará. Estará en el Campo, esperando a las fieras.

Todas las mujeres miraron hacia el bosque, que ya estaba envuelto en sombras: era allí donde acechaban las fieras. Nora se contuvo para no mirar ella también.

Con la mano que antes sujetaba la piedra, Vandara se acarició la cicatriz del cuello, sonriendo cruelmente.

—Sé lo que es —dijo— ver correr tu propia sangre por el suelo. Yo sobreviví —les recordó a todas—; sobreviví porque era fuerte. Cuando mañana caiga la noche —continuó— y sienta las garras en su garganta, esta niña que nunca debió llegar a las dos sílabas deseará haberse muerto de enfermedad al lado de su madre.

Moviendo la cabeza en señal de asentimiento, las mujeres volvieron la espalda a Nora y se marcharon, riñendo y dando puntapiés a los niñitos que iban con ellas. Se estaba poniendo el sol. Era hora de ocuparse de las tareas vespertinas y preparar las cosas para cuando volvieran los hombres del pueblo, que necesitarían comida y fuego y que les curasen las heridas.

Una mujer estaba próxima a dar a luz; quizá fuera esa noche, y las otras la asistirían, sofocarían sus gritos y calcularían el valor del recién nacido. Otras se aparearían aquella noche para engendrar gente nueva, cazadores nuevos para el futuro del pueblo, porque los viejos se morían de heridas y enfermedades y vejez.

Nora no sabía cuál sería la decisión del Consejo de Guardianes. Lo único que sabía era que, tanto si se quedaba como si se iba, si volvía a construir en el pedazo de tierra de su madre o marchaba al Campo a enfrentarse con las fieras que acechaban en el bosque, estaría sola. Cansada, se sentó a esperar la noche en la tierra ennegrecida por la ceniza.

Extendió la mano a un pedazo de madera que tenía cerca y le dio vueltas, calibrando su dureza y su rectitud. Para una barraca, si le permitían quedarse, necesitaría unos cuantos largos resistentes de

madera maciza. Iría al leñador que se llamaba Martín. Había sido amigo de su madre. Negociaría con él, se ofrecería quizá a decorar una tela para su mujer, a cambio de las vigas que le hacían falta.

Para su futuro, para el trabajo con el que esperaba poder ganarse la vida, necesitaría también algunos pedazos de madera pequeños y rectos. Pensó que aquella era demasiado blanda y no serviría, y la tiró. Al día siguiente, si el Consejo de Guardianes decidía en su favor, buscaría la clase de madera que necesitaba: unos pedazos cortos y lisos que pudiera unir en cuadro. Estaba ya pensando hacerse un bastidor nuevo.

Siempre había sido mañosa. Siendo aún muy pequeña, su madre le había enseñado a usar la aguja, pasarla a través de una tela y bordar dibujos con hilos de colores. Pero de pronto, recientemente, su aptitud había pasado a ser algo más que maña. En un asombroso estallido de creatividad, su destreza había rebasado con creces las enseñanzas de su madre. Ahora, sin instrucción ni práctica, y sin titubear, sus dedos sabían retorcer y trenzar y unir con puntadas aquellos hilos especiales, creando figuras complejas y cargadas de colorido. No entendía de dónde le había llegado aquel saber. Pero lo tenía allí, en las puntas de los dedos, que en aquel momento hasta le temblaban de impaciencia por empezar. Ojalá le permitieran quedarse.

Capítulo 3

Al amanecer vino a buscarla un mensajero, aburrido y rascándose en el cuello una picadura de insecto, para decirle que al final de la mañana tenía que presentarse ante el Consejo de Guardianes. Cuando faltaba poco para que el sol llegase al mediodía, se aseó y fue allá, siguiendo fielmente las instrucciones.

El Edificio del Consejo sorprendía por su magnificencia. Se conservaba desde antes de la Ruina, desde tiempos tan remotos que aún no habían nacido ni los que ahora vivían ni sus padres ni sus abuelos. La gente sólo conocía la Ruina por el Cántico que se ejecutaba en la Reunión anual.

Se decía que el Cantor, que no tenía otro trabajo en el pueblo que la ejecución anual del Cántico, se preparaba la voz haciendo reposo durante varios días y bebiendo a sorbitos ciertos aceites. El Cántico de la Ruina era largo y agotador. Empezaba con el comienzo de los tiempos, y relataba toda la historia de la gente a lo largo de incontables siglos. Además daba miedo. La historia del pasado estaba llena de guerras y catástrofes. Daba miedo especialmente al evocar la Ruina, el final de la civilización de los antepasados. Los versos hablaban de emanaciones de humos venenosos, de grandes fracturas de la tierra, de edificios enormes desplomados y engullidos por el mar. Todos tenían la obligación de oírlo cada año, pero al llegar a la descripción de la Ruina había madres que protegían a sus hijos más pequeños tapándoles los oídos.

Muy pocas cosas sobrevivieron a la Ruina, pero el llamado Edificio del Consejo se había mantenido en pie sin que nadie supiera la razón. Su antigüedad era incalculable. Varias ventanas conservaban todavía cristales con dibujos en tonos fuertes dorados y rojos, algo asombroso, porque el conocimiento de cómo hacer un vidrio tan notable se había perdido. Otras ventanas, aquéllas donde

el cristal de colores se había roto, estaban ahora cerradas con vidrio grueso ordinario, que deformaba la vista con sus burbujas y ondas. Otras estaban simplemente cegadas con tablas, y en el interior del Edificio había partes muy sombrías. Aun así, era imponente en comparación con las barracas y las casas corrientes del pueblo.

Al mediodía, como le había ordenado el mensajero, Nora entró, y sola avanzó por un largo vestíbulo, alumbrado desde una y otra pared por las llamas que chisporroteaban en altas lámparas de aceite. Allá al fondo, al otro lado de una puerta cerrada, oyó que había una reunión: eran hombres que discutían sin levantar la voz. El bastón hacía resonar el suelo de madera, y el roce del pie de la pierna enferma en la tarima sonaba como el barrido de una escoba.

«Enorgullécete de tu dolor», le había dicho siempre su madre. «Eres más fuerte que los que no tienen ninguno».

Acordándose de aquellas palabras, trató de encontrar el orgullo que su madre le había enseñado a sentir. Enderezó sus flacos hombros y alisó los pliegues de su vestido suelto de tejido basto. Se había lavado con esmero en el agua clara del arroyo y se había limpiado las uñas con la punta de un palito. Se había desenredado el pelo con el peine de madera tallada que perteneció a su madre, y que al morir ésta añadió al saquito de sus cosas. Después se lo había trenzado, entretejiendo hábilmente los gruesos y oscuros mechones y atando el extremo de la pesada trenza con una tirita de cuero.

Respiró hondo para tranquilizarse, y tocó con los nudillos en la maciza puerta de la sala donde ya estaba reunido el Consejo de Guardianes. Se abrió una rendija y una cuña de luz se proyectó sobre las sombras del vestíbulo. Un hombre se asomó, mirándola con desconfianza. Luego abrió más la puerta y la invitó a pasar con un gesto.

—¡Está aquí la huérfana acusada Nora! —anunció el ujier, y los murmullos se acallaron. En silencio, todos los presentes se volvieron para verla entrar.

La sala era enorme. Nora ya había estado allí con su madre, en ocasiones ceremoniales como la Reunión anual. Entonces se sentaban con el gentío, en las filas de bancos, mirando hacia el escenario, donde no había más que un altar con el Objeto de Culto, aquella misteriosa construcción de dos maderos unidos en cruz. Se decía que antiguamente tuvo grandes poderes, y la gente siempre

inclinaba un momento la cabeza con gesto humilde hacia él, en señal de respeto.

Pero ahora estaba sola. No había multitudes ni ciudadanos vulgares, sino sólo el Consejo de Guardianes: doce hombres frente a ella, sentados a una mesa larga al pie del escenario. Hileras de lámparas de aceite daban claridad a la sala, y cada uno de los hombres tenía detrás su propia antorcha, que iluminaba los papeles amontonados y dispersos por la mesa. Bajo la mirada de los hombres avanzó, titubeando, por el pasillo central.

Rápidamente, recordando lo que había visto hacer en todas las ceremonias, al llegar a la mesa Nora juntó las manos en ademán de reverencia, con las puntas de los dedos bajo la barbilla, volvió los ojos con respeto hacia el Objeto de Culto del escenario. Los guardianes respondieron con gestos de aprobación. Al parecer había hecho lo que debía. Se relajó un poquito, esperando, preguntándose qué sucedería a continuación.

El ujier respondió a una segunda llamada a la puerta y anunció una segunda entrada:

—¡La acusadora, Vandara!

Así que serían ellas dos. Nora vio cómo Vandara se acercaba rápidamente a la mesa hasta colocarse a su lado, frente a los miembros del Consejo. Sintió una pequeña satisfacción al observar que Vandara venía descalza y con la cara sucia; no se había arreglado para la ocasión. Quizá no fuera necesario. Pero Nora pensó que posiblemente se había ganado un poquito de respeto, una pequeña ventaja, por ir limpia.

Vandara hizo el gesto de adoración con las manos. En eso estaban iguales. Luego Vandara se inclinó, y Nora vio con contrariedad que los Guardianes inclinaban la cabeza hacia ella.

«Debería haberme inclinado. Tengo que encontrar la ocasión de inclinarme».

—Nos hemos reunido para dictar sentencia en un conflicto —el Guardián Mayor, un hombre de pelo blanco con un nombre de cuatro sílabas que Nora nunca había conseguido aprenderse, hablaba con autoridad.

«Yo no tengo ningún conflicto. Yo sólo quiero reconstruir mi barraca y vivir mi vida».

—¿Quién es la acusadora? —preguntó el hombre de pelo blanco.

«Seguro que lo sabe», pensó Nora. Pero la pregunta parecía ceremonial, parte del procedimiento establecido. La respuesta la dio otro de los guardianes, un hombre corpulento que estaba sentado en un extremo de la mesa y tenía delante varios libros gruesos y un montón de papeles. Nora miró los volúmenes con curiosidad. Siempre había ansiado saber leer, pero a las mujeres no les estaba permitido.

—Guardián Mayor, la acusadora es la mujer Vandara.

—¿Y la acusada?

—La acusada es la huérfana Nora —el hombre echó una ojeada a los papeles, pero no parecía estar leyendo.

«¿Acusada? ¿De qué se me acusa?». Al oír repetir la palabra, Nora sintió una oleada de pánico. «Pero puede ser la ocasión de inclinarme y mostrar humildad». Agachó la cabeza y dobló ligeramente la cintura, reconociéndose como la acusada.

El hombre del pelo blanco las miró a las dos sin emoción. Nora, apoyada en el bastón, trataba de mantenerse lo más derecha posible. Era casi tan alta como su acusadora. Pero Vandara era mayor, más robusta, y no tenía otro defecto que la cicatriz, el recordatorio de haber luchado contra una fiera y haber salido con vida. Por espantosa que fuera a la vista, la cicatriz pregonaba su fortaleza. El defecto de Nora no tenía detrás ninguna historia ilustre, y ella se sentía débil, incapaz y perdida al lado de aquella mujer desfigurada y colérica.

—Que hable primero la acusadora —ordenó el Guardián Mayor.

La voz de Vandara era firme y amarga.

—Esta niña debería haber sido llevada al Campo cuando nació y aún no tenía nombre. Es lo que se hace.

—Continúa —dijo el Guardián Mayor.

—Era imperfecta. Y además no tenía padre. No debió ser conservada.

«Pero yo era fuerte. Y había viveza en mis ojos. Mi madre me lo decía. Ella no me dejó ir». Nora cambió de apoyo para dar descanso a la pierna torcida, y recordando la historia de su nacimiento se preguntó si tendría oportunidad de contarla allí. «Yo apretaba el pulgar de mi madre con tanta fuerza…».

—Todos hemos tolerado su presencia durante estos años —siguió diciendo Vandara—. Pero ella no ha contribuido. No puede

cavar ni plantar ni escardar, ni siquiera atender a los animales domésticos como otras chicas de su edad. Va arrastrando esa pierna muerta como un fardo inútil. Es lenta y come mucho.

El Consejo de Guardianes escuchaba con atención. Nora notó que se ponía colorada de vergüenza. Era verdad que comía mucho. Era verdad todo lo que estaba diciendo su acusadora.

«Puedo intentar comer menos. Puedo pasar hambre. Mentalmente iba preparando su defensa, pero sentía que sería débil y quejicosa».

—Fue conservada, en contra de las reglas, porque su abuelo vivía aún y tenía poder. Pero hace mucho tiempo que él dejó de existir, y que le sustituyó un nuevo jefe con más poder y sabiduría…

Vandara se deshizo en elogios para reforzar su caso, y Nora miró al Guardián Mayor para ver si se dejaba influir por la adulación. Pero su rostro era impasible.

—A su padre le mataron las fieras cuando ella aún no había nacido. Y ahora su madre ha muerto —prosiguió Vandara—. E incluso hay motivos para creer que su madre pudo portar una enfermedad que ponga en peligro a otros…

«¡No! ¡Ella fue la única que enfermó! ¡Miradme! ¡Yo estaba junto a ella cuando murió, y no estoy enferma!».

—…y las mujeres necesitan el lugar donde estaba su barraca. No hay sitio para esta niña inútil. No se puede casar. Nadie quiere a una tullida. Ocupa espacio y gasta comida, y causa problemas de disciplina con los niños, porque les cuenta historias y les enseña juegos, y de ese modo alborotan y molestan en el trabajo…

El Guardián Mayor hizo un gesto con la mano.

—Es suficiente —declaró.

Vandara frunció el ceño, hizo una ligera reverencia y no dijo más.

El Guardián Mayor paseó la vista por la mesa, como pidiendo comentarios o preguntas a los otros once. Uno por uno le respondieron con gestos de asentimiento, pero nadie dijo nada.

—Nora —dijo el guardián de pelo blanco—, como niña bisílaba, no tienes que defenderte.

—¿No tengo que defenderme? Pero… —Nora tenía pensado hacer otra reverencia, pero con el apuro se le olvidó. Se acordó al

momento, pero entonces le salió torpe y forzada.

Él movió la mano otra vez para indicarle que debía guardar silencio. Ella hizo un esfuerzo y le escuchó.

—Debido a tu juventud —explicó el guardián—, tienes la posibilidad de elegir. Puedes defenderte…

Nora, incapaz de reprimirse, le volvió a interrumpir:

—¡Claro que sí! Quiero defenderme…

Él se hizo el sordo.

—O nosotros nombraremos un defensor que lo haga por ti. Uno de nosotros te defenderá, valiéndose de nuestra mayor sabiduría y experiencia. Tómate un momento para pensarlo, porque tu vida puede depender de ello, Nora.

«¡Pero si no me conocéis! ¿Cómo vais a contar la historia de mi nacimiento? ¿Cómo vais a describir la viveza de mis ojos, la fuerza con que mi mano agarraba el pulgar de mi madre?».

Nora se sintió desvalida, con su futuro pendiente de un hilo. Notaba la hostilidad que tenía al lado; la respiración de Vandara era rápida y agresiva, aunque se hubiera silenciado su voz. Miró a los hombres sentados a la mesa, intentando imaginar su valor como defensores. Pero no vio en ellos ni hostilidad ni mucho interés; sólo cierta expectación por saber qué decidía.

Hecha un mar de dudas, metió las manos en los profundos bolsillos del vestido, y palpando el contorno conocido del peine de madera de su madre lo acarició para serenarse. Con el pulgar notó un cuadradito de tela decorada. En la confusión de los días anteriores, se le había olvidado aquel retazo de tela; en ese momento recordó que justamente era un dibujo que le había venido él solo a las manos, cuando estaba sentada acompañando a su madre al final.

Era mucho más joven cuando le llegó el saber de la manera más inesperada, y recordaba la cara de asombro que puso su madre al ver una tarde cómo escogía y componía los hilos con repentina seguridad. «¡Eso no te lo he enseñado yo!«, dijo su madre, atónita y riendo de alegría. »¡No habría sabido!». Tampoco Nora lo habría sabido explicar, realmente. Había sido como cosa de magia, como si los hilos le hablasen o cantasen. Y desde aquella primera vez el saber creció.

Apretó la tela, recordando la sensación de seguridad que le

había dado. En este momento no sentía la menor seguridad. En su interior no había un discurso de defensa. Tendría que ceder ese papel a uno de aquellos hombres, desconocidos todos.

Les miró con ojos asustados, y vio que uno le respondía con mirada serena, tranquilizante. Intuyó que aquel hombre era importante para ella. Intuyó algo más: comprensión, experiencia. Respiró hondo. Dentro de la mano sintió que el trapito bordado daba un calor familiar. Tembló. Pero su voz no titubeó:

—Le ruego que nombren un defensor —dijo.

El Guardián Mayor asintió.

—Jacobo —dijo con firmeza, volviéndose hacia el tercer hombre por su izquierda.

El hombre de la mirada tranquila y atenta se puso en pie para defender a Nora. Ella aguardó.

Capítulo 4

De modo que se llamaba así: Jacobo. No le sonaba aquel nombre. Eran muchos en el pueblo, y la separación entre los hombres y las mujeres era muy grande pasada la infancia.

Nora le contempló. Era un hombre alto, de cabello oscuro y más bien largo, bien peinado y recogido en la nuca con un adorno de madera tallada, en el que Nora reconoció la mano de aquel entallador joven, ¿cómo se llamaba? Tomás. Sí, exactamente: Tomás el Entallador le llamaban. Era todavía un muchacho de la edad de Nora, pero ya se había distinguido por sus grandes dotes, y las tallas que salían de sus hábiles manos eran muy solicitadas por la gente importante del pueblo. La gente corriente no usaba adornos. La madre de Nora llevaba al cuello una correa con un colgante, pero lo tenía siempre escondido debajo del vestido.

Su defensor ordenó el montón de papeles que tenía delante en la mesa; Nora se había fijado en que los marcaba cuidadosamente mientras escuchaba a la acusadora. Sus manos grandes y de dedos largos, se movían con seguridad, sin vacilación, sin incertidumbre. Vio que en la muñeca derecha llevaba una pulsera de cuero trenzado, y que más arriba su brazo era nervudo y musculoso. No era viejo. Su nombre, Jacobo, aún tenía tres sílabas, y el pelo no se le había vuelto gris. Nora calculó que estaría en la mitad de la vida; quizá fuera de la edad de su madre.

Jacobo miró el primer papel de los que tenía en las manos. Desde donde estaba, Nora veía las marcas que él estaba examinando. ¡Qué lástima no saber leer!

Entonces Jacobo tomó la palabra.

—Responderé a las acusaciones una por una —dijo, y mirando al papel repitió las mismas palabras que había dicho Vandara, aunque sin imitar su tono encolerizado—. «La niña debería haber sido llevada al Campo cuando nació y aún no tenía nombre. Es lo que se

hace».

¡Así que era eso lo que había marcado! ¡Había escrito las palabras para poder repetirlas! Aunque era doloroso volver a oír las acusaciones, Nora comprendió admirada el valor de la repetición. No podría haber discusiones, después, sobre qué se había dicho. ¡Cuántas veces surgían peleas y batallas entre los niños por el tú dijiste, yo dije, él dijo que tú habías dicho, y sus infinitas variantes!

Jacobo dejó los papeles sobre la mesa y alzó un pesado volumen encuadernado en piel verde. Nora observó que cada uno de los guardianes tenía el suyo idéntico.

Jacobo abrió el libro por una página que había señalado antes. Nora le había visto pasar las hojas mientras Vandara exponía su acusación.

—Tiene razón la acusadora al decir que es lo que se hace —dijo Jacobo dirigiéndose a los guardianes. Nora se sintió traicionada. ¿No le habían elegido para defenderla?

Jacobo estaba mostrando una página de texto apretado. Algunos de los hombres hojeaban sus libros verdes en busca del mismo pasaje. Otros se limitaron a asentir, como si lo recordaran tan bien que no tuvieran necesidad de releerlo.

Nora vio que Vandara sonreía ligeramente.

Derrotada, palpó de nuevo el cuadradito de tela de su bolsillo. Ya no daba calor. Ya no daba consuelo.

—Pasando, sin embargo —estaba diciendo Jacobo—, al tercer bloque de enmiendas…

Todos los guardianes pasaron las hojas de sus libros. Hasta aquéllos que hasta ese momento los habían tenido cerrados los abrieron y buscaron el lugar.

—Está claro que se pueden hacer excepciones.

—Se pueden hacer excepciones —repitió uno de los guardianes, leyendo las palabras mientras recorría la página con el dedo.

—De modo que podemos dejar a un lado la aseveración de que es lo que se hace —declaró Jacobo con rotundidad—. No tiene por qué ser lo que se haga siempre.

Es mi defensor. ¡Quizá encuentre la manera de que me dejen vivir!

—¿Quieres hablar? —le preguntó el defensor.

Tocando el trapito, Nora negó con la cabeza.

Él siguió adelante, consultando sus notas.

—«Era imperfecta. Y además no tenía padre. No debió ser conservada».

La segunda repetición dolía, porque era verdad. También dolía la pierna. Nora no estaba acostumbrada a estar tanto tiempo quieta de pie. Intentó variar el apoyo para aliviar de peso el lado malo.

—Estas acusaciones son ciertas —dijo Jacobo, repitiendo con su voz tranquila lo que era obvio—. La niña Nora nació imperfecta. Tenía un defecto visible e incurable.

Los guardianes la miraban fijamente. También Vandara, con desprecio. Nora estaba acostumbrada a que la gente la mirase. Durante toda su infancia la habían señalado con el dedo. Con su madre como maestra y guía, había aprendido a tener la cabeza alta. Así la tenía ahora, mirando a sus jueces a los ojos.

—«Y además no tenía padre» —continuó Jacobo.

En la memoria de Nora resonó la voz de su madre explicándoselo. Era pequeña entonces, y no entendía por qué nunca había tenido padre. «Él no volvió de la cacería. Fue antes de que tú nacieras», le dijo su madre. «Se lo llevaron las fieras».

Jacobo repitió las palabras de su pensamiento como si se las hubiera oído:

—Antes de su nacimiento, a su padre se lo llevaron las fieras —explicó.

El Guardián Mayor alzó la vista de sus papeles, y volviéndose hacia el resto de la mesa interrumpió a Jacobo:

—Su padre era Cristóbal. Fue un cazador excelente, uno de los mejores. Algunos de vosotros seguramente le recordaréis.

Varios asintieron, y también su defensor asintió:

—Yo estaba en la partida de caza aquel día —dijo—. Yo vi cómo se lo llevaron.

«¿Tú viste cómo se llevaron a mi padre?». Nora no había sabido nunca los detalles de la tragedia. Sólo sabía lo que su madre le había contado. Pero aquel hombre había conocido a su padre. ¡Aquel hombre había estado allí!

«¿Tuvo miedo? ¿Tuvo miedo mi padre?». Era una pregunta extraña, espontánea, y Nora no la hizo en voz alta. Ella sí que tenía miedo. Sintió el odio de Vandara como una presencia a su lado. Sintió como si se la llevaran las fieras, como si estuviera a punto de

morir. Se preguntó cómo habría sido ese momento para su padre.

—También aquí es de aplicación la tercera enmienda —declaró Jacobo—. A la acusación de que no debió ser conservada, yo respondo que, de conformidad con la tercera enmienda, se pueden hacer excepciones.

El Guardián Mayor asintió.

—Su padre fue un cazador excelente —volvió a decir. Los demás de la mesa, siguiendo su ejemplo, murmuraron expresiones de conformidad.

—¿Quieres hablar? —le preguntaron. De nuevo ella negó con la cabeza. De nuevo se sintió, de momento, salvada.

—«Pero ella no ha contribuido» —leyó Jacobo—. «No puede cavar ni plantar ni escardar, ni siquiera atender a los animales domésticos como otras chicas de su edad. Va arrastrando esa pierna muerta como un fardo inútil. Es lenta» —continuó, y Nora vio que se le insinuaba una sonrisa al concluir—: «y come mucho».

Calló un instante, y seguidamente dijo:

—Como defensor, voy a conceder algunas de esas afirmaciones. Está claro que no puede cavar ni plantar ni escardar ni atender a animales domésticos. Yo, sin embargo, creo que ha encontrado una manera de contribuir. Nora, ¿no es verdad que trabajas en los telares?

Nora asintió sorprendida. ¿Cómo lo sabía? Los hombres no prestaban atención al trabajo de las mujeres.

—Sí —dijo, con la voz quebrada por el nerviosismo—. Ayudo allí. No tejo, pero recojo las hilachas y ayudo a preparar las máquinas. Es un trabajo que puedo hacer con las manos y los brazos. Y soy fuerte.

Se preguntó si no debería mencionar su habilidad con los hilos, su esperanza de poder emplearla para ganarse la vida. Pero no se le ocurría ninguna manera de decirlo sin parecer vanidosa, así que no dijo nada.

—Nora —dijo Jacobo mirándola—, haz una demostración de tu defecto para el Consejo de Guardianes. Muéstranos cómo caminas. Ve hasta la puerta y vuelve.

Era una crueldad por su parte, pensó Nora. Todos sabían que tenía una pierna torcida. ¿Por qué tenía que hacer aquello delante de ellos, someterse a sus miradas humillantes? Sintió una tentación

momentánea de negarse, o por lo menos discutir. Pero era demasiado lo que arriesgaba. Esto no era un juego de niños, donde las discusiones y las peleas eran de esperar. Aquí se decidía su futuro, o su posibilidad de tener futuro. Suspiró, dio media vuelta, y apoyándose en el bastón caminó despacio hasta la puerta. Iba mordiéndose los labios, arrastrando paso a paso la pierna dolorida, y sentía clavados en la espalda los ojos desdeñosos de Vandara.

Al llegar a la puerta giró y regresó lentamente a su sitio. Le empezó un dolor en el pie que le recorría toda la pierna mala. Ansiaba sentarse.

—Es cierto que arrastra la pierna y que es lenta —señaló Jacobo innecesariamente—. Concedo esos extremos. Pero en su trabajo en los telares es competente. Acude a diario cumpliendo la jornada normal, y nunca llega tarde. Las mujeres de allí aprecian su ayuda.

—¿Come mucho? —preguntó, y se sonrió—. Yo creo que no. Miren lo delgada que está. Su peso desmiente esa acusación. Pero sospecho que ahora debe de estar hambrienta —añadió—. Yo lo estoy. Propongo que hagamos una pausa para almorzar.

El Guardián Mayor se puso en pie.

—¿Deseas hablar? —preguntó a Nora por tercera vez. Por tercera vez ella negó con la cabeza. Estaba cansadísima.

—Podéis sentaros —dijo el Guardián Mayor a Nora y Vandara—. Se os servirá un almuerzo.

Nora, agradecida, se derrumbó sobre el banco más próximo y se frotó con una mano la pierna, que le latía. Vio que Vandara, al otro lado del pasillo central, saludaba con una reverencia —«¡se me ha vuelto a olvidar! ¡Me debería haber inclinado!» — antes de sentarse con gesto impasible.

El Guardián Mayor bajó los ojos a sus papeles.

—Hay cinco cargos más —dijo—. Los examinaremos y dictaremos sentencia después de comer.

Vino el ujier con el almuerzo y puso un plato delante de Nora. Ella vio y olió pollo asado y pan recién hecho y crujiente con semillas por encima. Hacía días que sólo comía verduras crudas, y muchos meses que no probaba el pollo. Pero aún le parecía oír la voz aguda de Vandara con su venenosa acusación: «Come mucho».

Temiendo las posibles consecuencias de exteriorizar el hambre que tenía, a fuerza de voluntad se limitó a comisquear un poco del

tentador almuerzo. Después apartó el plato medio lleno y bebió agua de la taza que le habían traído. Cansada, todavía hambrienta y asustada, acarició el trapito de su bolsillo y esperó a la siguiente ronda de acusaciones.

***

Los doce guardianes habían salido por una puerta lateral, seguramente para dirigirse a un comedor privado. Al cabo de un rato los ujieres retiraron las bandejas del almuerzo y anunciaron que habría un rato de descanso. El juicio, dijeron, se reanudaría cuando la campana tocara dos veces. Vandara se levantó y salió de la sala. Nora aguardó un momento; luego se fue hasta la puerta, recorrió el largo vestíbulo y salió del Edificio del Consejo.

En el mundo no había cambiado nada. La gente iba y venía, trabajaba en sus cosas y discutía a gritos. Oyó alboroto en el mercado: las mujeres daban voces quejándose de los precios y los vendedores contestaban a voces también.

Los bebés lloraban, los niños reñían, los perros vagabundos gruñían y se amenazaban peleándose por los desperdicios.

Mat pasó corriendo con otros niños. Al ver a Nora titubeó, se detuvo y se acercó.

—Tenemos troncus para ti —bisbiseó—. Yo y otros niñus hemos hechu un montón. Luego empezamus la barraca si tú quieres —hizo una pausa, curioso—. Si te hace falta barraca, quieru decir. ¿Qué pasa ahí dentro?

Así que Mat estaba enterado del juicio. No era de extrañar; no se le escapaba nada de lo que pasaba en el pueblo. Nora se encogió de hombros aparentando indiferencia. No quería que notase que estaba muy asustada.

—Hablan y hablan —dijo.

—¿Y está ésa? ¿La de la cicatriz hurrible?

Nora sabía a quién se refería.

—Sí. Es la acusadora.

—Es dura esa Vandara. Diz que mató a su hiju. Diz que le hizo comer la adelfa. Diz que se sentó con él y le tuvo agarrada la cabeza hasta que la comió, y eso que él no quería.

Nora conocía aquella historia.

—Se averiguó que fue un accidente —recordó a Mat, aunque

ella tenía sus dudas—. También otros niños han comido adelfas. Es un peligro dejar que una planta venenosa crezca por cualquier lado. Deberían arrancarlas todas para que no estén al alcance de los niños.

Mat meneó la cabeza.

—Ha de haberlas para que aprendamus —señaló—. Mi madre diome una bofetada cuando la toqué. Pensé que partíame el cuellu, de la bofetada que me dio. Así aprendí lo de la adelfa.

—Bien, pues el Consejo de Guardianes juzgó a Vandara y dijo que no había sido culpa suya —repitió Nora.

—Pues dura sí que es. Diz que por la hurrible herida. Que el dolor hízola cruel.

«A mí el dolor me hizo orgullosa», pensó Nora, pero no lo dijo.

—¿Y cuándo acabas?

—Hoy, más tarde.

—Hemos de trabajar en tu barraca. Mis compás ayudarán.

—Gracias, Mat —dijo Nora—. Eres un buen amigo.

Él puso cara de vergüenza.

—Has de tener una barraca —y se dispuso a salir corriendo tras los otros—. Y nos contarás las historias, ya verás. Has de tener donde contarlas.

Nora, sonriendo, le vio alejarse a toda velocidad. La campana que había en lo alto del Edificio del Consejo tocó dos veces, y Nora volvió a entrar.

***

—«Fue conservada, en contra de las reglas, porque su abuelo vivía aún y tenía poder. Pero hace mucho tiempo que él dejó de existir» —Jacobo leyó la siguiente acusación de la lista.

Le habían dado permiso para estar sentada durante la sesión de la tarde, y también a Vandara le ordenaron tomar asiento. Nora lo agradeció. Si Vandara hubiese permanecido de pie, ella se habría aguantado el dolor de la pierna por estar de pie también.

Una vez más el guardián que era su defensor reiteró que se podían hacer excepciones. A esas alturas, a pesar de lo atemorizadoras que eran las acusaciones, la repetición aburría. Nora intentaba mantener la cabeza despierta. Con la mano en el bolsillo, sobaba el trapito y se imaginaba sus colores.

Las telas comunitarias eran crudas, sin color; los vestidos sueltos y los pantalones holgados que vestía todo el mundo se tejían y se cosían para dar protección frente a un chubasco imprevisto, las púas de los espinos o las bayas venenosas. La tela normal que se usaba en el pueblo no se decoraba.

Pero la madre de Nora había conocido el arte de teñir. Era de sus manos manchadas por los tintes de donde salían los hilos de colores empleados para las escasas ornamentaciones. El manto que cada año vestía el Cantor para ejecutar el Cántico de la Ruina estaba lujosamente bordado. Sus intrincadas escenas estaban allí hacía siglos, en el mismo manto, que era el que vestía cada Cantor e iba pasando de uno a otro. Una vez, muchos años antes, pidieron a Catrina que reemplazara unos cuantos hilos sueltos. Nora era entonces muy pequeña, pero se acordaba de haber estado en el rincón sombrío de la barraca cuando un guardián fue a llevar el fabuloso manto y estuvo allí esperando mientras su madre hacía la pequeña reparación. Se acordaba de haber mirado fascinada cómo su madre hacía pasar a través de la tela una aguja de hueso enhebrada con un hilo grueso de color vivo, y cómo poco a poco un dorado brillante sustituía a la parte desgastada de una de las mangas. Después se volvieron a llevar el manto.

En la Reunión de aquel año, Nora y su madre estiraban el cuello tratando de localizar el lugar del arreglo, cada vez que el Cantor gesticulaba moviendo los brazos durante el Cántico. Pero estaban sentadas demasiado lejos del escenario, y la reparación era demasiado pequeña.

Desde entonces, cada año le llevaban a su madre el antiguo manto para que lo reparase.

—Un día esto lo sabrá hacer mi hija —dijo una vez Catrina al guardián—. ¡Mire lo que ha hecho! —y le enseñó la muestra que Nora acababa de terminar, aquélla que tan mágicamente se había hecho sola entre sus dedos—. Es mucho más habilidosa que yo.

Nora había estado callada, azarada pero orgullosa, mientras el guardián examinaba su bordado. Él no hizo ningún comentario; se limitó a mover la cabeza y devolvió la muestra. Pero ella notó su interés por la manera en que le brillaron los ojos. A partir de entonces, todos los años pedía ver su labor.

Nora permanecía siempre al lado de su madre sin poner jamás

las manos en el frágil paño antiguo, siempre maravillada ante los lujosos tonos que narraban la historia del mundo: oros, rojos, pardos. Y aquí y allá, desvanecido, casi reducido a blanco, lo que en otros tiempos fue azul. Su madre le señalaba los pocos restos descoloridos que quedaban de él.

Su madre no sabía hacer azul. A veces hablaban de eso, mirando al inmenso cuenco invertido del cielo sobre el mundo. «¡Si yo supiera hacer azul!», decía su madre. «He oído que existe una planta especial no sé dónde». Y miraba su huerta, donde crecían apretadas las flores y los brotes que empleaba para crear los oros y los verdes y los rosas, y meneaba la cabeza añorando el único color que no podía hacer.

Ahora su madre había muerto.

Ahora su madre ha muerto.

Nora salió con sobresalto de sus ensoñaciones del tiempo pasado. Alguien estaba diciendo las mismas palabras. Se puso a escuchar.

—«Y ahora su madre ha muerto. E incluso hay motivos para creer que su madre pudo portar una enfermedad que ponga en peligro a otros… y las mujeres necesitan el lugar donde estaba su barraca. No hay sitio para esta niña inútil. No se puede casar. Nadie quiere a una tullida. Ocupa espacio y gasta comida, y causa problemas de disciplina con los niños, porque les cuenta historias y les enseña juegos, y de ese modo alborotan y molestan en el trabajo…».

Aquello no se acababa nunca. El defensor recitaba las acusaciones de Vandara, y una y otra vez volvía sobre la enmienda según la cual se podían hacer excepciones.

Pero Nora notó un cambio de tono. Una diferencia sutil pero palpable. Algo había ocurrido entre los miembros del Consejo cuando se retiraron para almorzar. Vio que Vandara se removía inquieta en su asiento, y dedujo que también su acusadora notaba la diferencia.

De pronto, aferrando el talismán de tela de su bolsillo, se dio cuenta de que su calor y su consuelo habían vuelto.

En sus escasos ratos libres era frecuente que Nora hiciera pequeños experimentos de bordado con colores, sintiendo una emoción en los dedos a medida que crecía su sorprendente

habilidad. Usaba trocitos de tela de los telares. No era una transgresión. Había pedido permiso para llevarse los recortes a su barraca.

A veces, satisfecha con el resultado, enseñaba la labor a su madre y recibía una sonrisa fugaz de orgullosa aprobación. Pero más a menudo sus esfuerzos eran decepcionantes, productos desiguales de una niña que todavía estaba aprendiendo; lo normal era que tirase sus experimentos.

Aquél, el que ahora tenía entre los nerviosos dedos de la mano derecha, lo había hecho durante la enfermedad de su madre. Sentada desvalidamente junto a la moribunda, se inclinaba a cada rato para acercarle agua a los labios. Le alisaba el pelo, le frotaba los pies fríos, y sostenía sus manos temblorosas, sabiendo que no podía hacer nada más. Mientras su madre dormía con sueño agitado, ordenó los hilos teñidos del cestillo y empezó a entretejerlos en aquel pedazo de tela con una aguja de hueso. Eso la serenaba y era una manera de pasar el tiempo.

Los hilos le empezaron a cantar. No era una canción con palabras ni con notas, sino un latir, un palpitar en sus manos como si estuvieran vivos. Por primera vez sus dedos no dirigían los hilos, sino que los seguían obedientes. Podía cerrar los ojos y limitarse a sentir cómo la aguja atravesaba la tela, empujada por la vibración apremiante del hilo.

Al oír que su madre murmuraba, se inclinó con el agua y le humedeció los secos labios. Hasta ese momento no bajó la vista a la pequeña franja de tela que tenía en el regazo. Era radiante. A pesar de la poca luz que había en la barraca —ya anochecía—, los oros y los rojos palpitaban como si el propio sol de la mañana hubiera enhebrado allí sus rayos. Los brillantes hilos se entrecruzaban en un dibujo intrincado de bucles y nudos que Nora no había visto nunca, que habría sido incapaz de inventar, que jamás había conocido ni le había descrito nadie.

Cuando su madre abrió los ojos por última vez, Nora le acercó el vibrante retazo de tela para que la moribunda lo viera. Catrina ya no podía decir palabra. Pero sonrió.

Ahora era como si aquel trapito, escondido en su mano, le transmitiera con su latido un mensaje silencioso. Le estaba diciendo que aún había peligro. Pero también le estaba diciendo que se iba a

salvar.

Capítulo 5

Nora observó por primera vez que detrás de los asientos del Consejo de Guardianes, en el suelo, había una caja grande.

Antes del almuerzo no estaba.

A un gesto del Guardián Mayor, uno de los ujieres subió la caja a la mesa y alzó la tapa. Bajo la mirada atenta de Nora y Vandara, el defensor, Jacobo, extrajo y desplegó algo que Nora reconoció al instante.

—¡El manto del Cantor! —exclamó encantada.

—Eso no hace al caso —murmuró Vandara, pero también ella se estiró para ver mejor.

Extendieron sobre la mesa el magnífico manto. Normalmente sólo se veía una vez al año, cuando todo el pueblo se reunía para oír el Cántico de la Ruina, la larga historia de su gente. La mayoría de los ciudadanos, apretujados en el auditorio para la ocasión, no veían el manto del Cantor sino de lejos; había empujones y codazos por poder echarle una ojeada desde más cerca.

Pero Nora lo conocía bien, porque había visto a su madre zurcirlo primorosamente cada año. Al lado, vigilante, estaba siempre un guardián. Nora, con órdenes de no tocar, miraba y se admiraba de la habilidad de su madre, de su pericia para escoger el matiz exacto que hacía falta.

¡Allí, en el hombro izquierdo! Recordó que era en aquel sitio donde el año anterior había un enganchen con unos hilos rotos, y que su madre los estuvo sacando con infinita paciencia. Después buscó hebras de rosa claro, rosa un poco más intenso y otros tonos que se iban oscureciendo hasta el carmesí, cada matiz sólo una chispa más fuerte que el anterior, y los fue poniendo en su sitio, ligando impecablemente los contornos del complicado dibujo.

Jacobo tenía los ojos puestos en Nora mientras ella recordaba. Por fin dijo:

—Tu madre te estuvo enseñando el oficio.

Nora asintió.

—Desde pequeña —reconoció en voz alta.

—Tu madre era una trabajadora experta. Sus tintes eran sólidos. No se han desvanecido.

—Era esmerada —dijo Nora— y minuciosa.

—Se nos ha dicho que tú eres más hábil que ella.

Así que lo sabían.

—Aún me queda mucho que aprender —dijo Nora.

—¿Y te enseñó a hacer la tintura además de los puntos?

Nora asintió con la cabeza porque sabía que era lo que Jacobo esperaba de ella. Pero no era exactamente así. Su madre pensaba enseñarle el arte de teñir, pero no hubo tiempo porque antes cayó enferma. Intentó ser veraz en su respuesta.

—Estaba empezando a enseñarme —dijo—. Me contaba que a ella le había enseñado una mujer llamada Anabel.

—Ahora se llama Anabela —dijo Jacobo.

Nora se quedó muy sorprendida.

—¿Vive todavía? ¿Y es tetrasílaba?

—Es muy vieja. Tiene la vista un poco disminuida. Pero todavía puede servir de ayuda.

«¿De ayuda para qué?». Pero Nora guardó silencio. Su mano sentía el calor del trapito en el bolsillo.

De repente Vandara se puso en pie.

—Solicito que continúe el procedimiento —dijo ásperamente—. Esto es una táctica dilatoria por parte del defensor.

El Guardián Mayor se levantó. En torno a él, los restantes guardianes, que habían estado cuchicheando, enmudecieron.

La voz con que el Guardián Mayor se dirigió a Vandara no era hostil.

—Puedes irte —dijo—. El procedimiento ha concluido. Hemos llegado a una decisión.

Vandara, callada, no se movió. Le miraba con gesto desafiante. El Guardián Mayor hizo una seña con la cabeza, y dos ujieres se adelantaron para conducirla fuera de la sala.

—¡Tengo derecho a conocer vuestra decisión! —gritó ella, con el rostro desencajado por la ira; y, soltándose de los ujieres que la habían tomado de los brazos, se plantó frente al Consejo.

—En realidad —dijo el Guardián Mayor con voz tranquila— no tienes ningún derecho. Pero voy a comunicarte la decisión para que no haya malentendidos. La huérfana Nora se quedará. Tendrá una nueva ocupación.

Señaló hacia el manto del Cantor, que permanecía extendido sobre la mesa.

—Nora —dijo mirándola—, continuarás la obra de tu madre. Llegarás más lejos que ella, en realidad, ya que tu habilidad es mucho mayor de lo que fue la suya. En primer lugar, repararás el manto, como siempre hizo tu madre. A continuación lo restaurarás. Será después cuando comience tu verdadera obra. Completarás el manto —al decirlo señaló a la gran extensión de tela sin decorar que caía sobre los hombros, y miró a Nora, alzando una ceja como si le hiciera una pregunta.

Ella, nerviosa, asintió con una pequeña inclinación.

—¿Y tú? —el Guardián Mayor miró de nuevo a Vandara, que permanecía con gesto hosco entre los ujieres, y le habló cortésmente —. Tú no has perdido. Pediste la tierra de la niña, y es para ti, para ti y las demás. Haced vuestro corral. Sería prudente encerrar a vuestros hijos; molestan y deberían estar más controlados. Ahora vete —ordenó.

El rostro de Vandara era una máscara de odio. Se quitó de encima las manos de los ujieres, y doblándose hacia Nora bisbiseó con voz ronca:

—Fracasarás. Entonces te matarán.

Sonrió fríamente hacia Jacobo.

—Muy bien —dijo—. Ahí os quedáis con la niña —y a paso rápido recorrió el pasillo y salió por la ancha puerta.

El Guardián Mayor y los restantes miembros del Consejo no hicieron caso de su insolencia, como si fuera un insecto molesto al que por fin se había ahuyentado. Estaban volviendo a plegar el manto del Cantor.

—Nora —dijo Jacobo—, ve a recoger lo que necesites. Todo lo que te quieras traer. Debes estar de vuelta cuando la campana toque cuatro veces. Y te llevaremos a tus nuevas habitaciones, donde vivirás a partir de ahora.

Nora, desconcertada, esperó un instante; pero no hubo más instrucciones. Los guardianes ordenaban sus papeles y recogían sus

libros y sus cosas. Parecían haberse olvidado de su presencia. Ella se levantó por fin, se enderezó apoyándose en el bastón y salió cojeando de la sala.

Al pasar del Edificio del Consejo a la luz intensa y el caos habitual de la plaza central del pueblo se dio cuenta de que aún era media tarde de un día corriente en la existencia de la gente, y que la única vida que había cambiado era la suya.

***

Aquel día de verano temprano era caluroso. Cerca de la escalinata del Edificio se había congregado una multitud para asistir a una matanza de cerdos detrás de la carnicería. Una vez vendidas las mejores partes se tiraban los desperdicios, y la gente y los perros se agolpaban para alcanzarlos. El olor de los excrementos acumulados bajo los cerdos aterrorizados y los chillidos de pánico que daban esperando la muerte le dieron náuseas. Apretó el paso para bordear el gentío y se dirigió a los telares.

—¡Saliste! ¿Cómo fue? ¿Irás al Campu? ¿A las fieras?

Era Mat, que la llamaba excitado. Nora sonrió. La enternecía su curiosidad, que no era menor que la suya; por debajo de su tosquedad tenía buen corazón, pensó. Recordó cómo había adquirido su perrillo compañero. Era un chucho inútil, sin amo y despreciado por todos, que andaba siempre buscando qué comer. Una tarde lluviosa le atropelló el carro de un asno que pasaba; el perro, malherido, quedó sangrando en el lodo, y habría muerto sin que nadie hiciera caso de él. Pero Mat lo ocultó entre las matas hasta que se le cerraron las heridas. Cada día veía Nora desde los telares cómo el niño iba con disimulo a donde yacía el animal y le llevaba comida. Ahora el perro, alegre y sano aunque el rabo se le había quedado tan torcido e inútil como la pierna de Nora, no se apartaba nunca de su lado. Él le llamaba Palo, por el trozo de palo que había utilizado para entablillarle el rabo roto.

Nora se agachó y rascó al cariñoso chucho detrás de las orejas.

—Me han soltado —dijo a Mat.

El chico abrió mucho los ojos y sonrió de oreja a oreja.

—Entonces has de seguir contándonos historias a mí y a mis compas —dijo con satisfacción—. Vi a Vandara —añadió—. Salió haciendu así.

Y corriendo a la escalinata del Edificio la bajó muy tieso y con gesto altanero. Nora se sonrió ante su imitación.

—Ahora ha de odiarte de fiju —añadió Mat alegremente.

—Bueno, le han dado mi terreno —le explicó Nora— para que las otras y ella hagan un corral para sus hijos, como querían. Espero que no hayáis empezado a hacerme la barraca nueva —añadió, recordando el ofrecimiento.

Mat sonrió.

—Aún no empezamus —dijo—. Hubiéramos empezadu enseguida, pero en mandándote a las fieras no había necesidad.

Hizo una pausa y frotó contra Palo un pie descalzo y sucio.

—¿Dónde vives, pues?

Nora se dio un manotazo en el brazo para matar a un mosquito y se restregó la gotita de sangre de la picadura.

—No sé —confesó—. Me han dicho que esté de vuelta en el Edificio cuando den las cuatro. Tengo que recoger mis cosas —y soltó una risa leve—. No es que tenga mucho que recoger. Mis cosas se quemaron.

Mat sonrió.

—Tengu yo algunas guardadas —dijo feliz—, que las mangué de tu barraca antes de que la quemaran. No te lo dije hasta ver qué pasaba contigo.

Desde el camino, más allá de la matanza de los cerdos, los compañeros de Mat le llamaban impacientes.

—Ahora nos hemos de ir, Palu y yo —dijo—, pero para las cuatru te traigu las cosas. A las escaleras, ¿vale?

—Gracias, Mat. Quedamos en la escalinata.

Sonriendo, Nora le vio correr hacia sus amigos, levantando el polvo del camino con sus piernas flacas y costrosas. A su lado trotaba Palo, meneando su resto de rabo torcido.

Nora siguió atravesando la multitud y dejó atrás los puestos de comida y el griterío de las mujeres que discutían y regateaban. Los perros ladraban, y en el camino había dos que gruñían y se enseñaban los dientes por una piltrafa caída. Cerca de ellos un niño de pelo rizado los miraba con atención, y de pronto saltó ágilmente entre los dos, echó mano a la piltrafa y se la metió en la boca. Su madre, que había estado distraída comprando, al volverse y verle entre los perros le apartó de un tirón y le propinó una sonora

bofetada. El crío sonrió malignamente, masticando con avidez lo que había recogido del camino.

El taller de tejido estaba más allá, en una agradable umbría entre árboles altos. Allí el ambiente era más silencioso y más fresco, aunque había más mosquitos. Las tejedoras, sentadas a los telares, saludaron a Nora al verla llegar. «Hay mucho que recoger», le gritó una, señalando con la cabeza mientras sus manos seguían trabajando.

Era el trabajo que Nora solía hacer, la limpieza. Todavía no se le permitía tejer, aunque siempre se había fijado atentamente en cómo se hacía y pensaba que sería capaz de hacerlo si la necesitaban.

Hacía muchos días que no iba por el taller, desde la enfermedad y la muerte de su madre. ¡Habían pasado tantas cosas! ¡Tantos cambios! Pensó que seguramente ya no iría más, ahora que su situación parecía ser otra. Pero, ya que la recibían con simpatía, recorrió el taller recogiendo las hilachas del suelo, entre el golpeteo de los telares de madera en movimiento. Uno de ellos no hacía ruido; no había nadie trabajando en él. Contó y vio que era el cuarto desde el fondo. Allí solía estar Camila.

Se detuvo junto al telar vacío y esperó a que la tejedora de al lado hiciera una pausa para ajustar la lanzadera.

—¿Dónde está Camila? —preguntó Nora con curiosidad. A veces era normal que las mujeres se ausentasen durante algunos días, para casarse, para dar a luz o porque temporalmente se les asignaba otra tarea.

La tejedora le lanzó una mirada sin dejar descansar las manos, y sus pies volvieron a mover los pedales.

—Se resbaló y tuvo una mala caída en el arroyo —dijo señalando hacia allí con la cabeza—. Estaba lavando y había musgo en las piedras.

—Sí, es un sitio resbaladizo —bien lo sabía Nora, que más de una vez se había resbalado en el lavadero del arroyo.

La mujer se encogió de hombros.

—Se rompió el brazo de muy mala manera. No tiene arreglo. No lo puede poner derecho. Ya no vale para tejer. Su marido se lo intentó estirar con todas sus fuerzas porque la necesita. Por los hijos y todo eso. Pero lo más seguro será que la lleven al Campo.

Nora se estremeció, imaginándose cómo tuvo que dolerle el

brazo roto a Camila cuando el marido intentó ponérselo derecho.

—Cinco hijos tiene Camila. Ahora ya ni puede atenderlos ni trabajar. Los darán. ¿Quieres tú uno? —la mujer sonrió mostrando los dientes. Tenía pocos.

Nora negó con la cabeza, y sonriendo lánguidamente siguió su recorrido entre los telares.

—¿Quieres su telar? —gritó la mujer a sus espaldas—. Alguien tendrá que ocuparlo. Tú ya podrás tejer.

Pero Nora volvió a menear la cabeza. Antes sí quería tejer. Las tejedoras siempre habían sido buenas con ella. Pero ahora su futuro parecía distinto.

Los telares seguían golpeteando. Desde la sombra del taller, Nora vio que el sol empezaba a bajar. No tardarían en dar las cuatro campanadas. Se despidió con la cabeza de las tejedoras, y dirigió sus pasos por el camino hacia el lugar donde había vivido con su madre, el lugar donde había estado su barraca, donde estuvo el único hogar que había conocido. Sentía la necesidad de decir adiós.

Capítulo 6

La enorme campana del Edificio del Consejo empezó a sonar en la torre. La campana regía las vidas de todos: señalaba el comienzo y el cese del trabajo, y llamaba cuando había que reunirse en asamblea, hacer los preparativos de una cacería, celebrar un acontecimiento o armarse para el peligro. Cuatro campanadas —la tercera sonaba en aquel momento— significaban que podía acabar el trabajo del día. Para Nora significaba que era hora de presentarse ante el Consejo de Guardianes. Apretó el paso hacia la plaza central, entre las multitudes de gente que salía de trabajar.

Mat la esperaba en la escalinata como había prometido. Junto a él, Palo estaba muy excitado con un gran escarabajo tornasolado, al que bloqueaba el paso con una pata cada vez que intentaba escaparse. El perro alzó los ojos y movió el rabo al oír el saludo de Nora.

—¿Qué traes? —preguntó Mat, mirando al hatillo que llevaba a la espalda.

—No mucho —Nora rió tristemente—. Unas cuantas cosas que guardé entre las matas para salvarlas de la quema. El cestillo de los hilos y algunos retales. Y mira esto, Mat —y sacó del bolsillo un objeto alargado de forma irregular—. Encontré mi jabón donde lo había dejado, sobre una piedra. Menos mal, porque ni lo sé hacer ni tengo dinero para comprarlo.

Pero se echó a reír al darse cuenta de que el mugriento y desaseado Mat no sentía ninguna necesidad de jabón. Era de suponer que Mat tuviese madre, y lo normal era que las madres restregaran a los críos de vez en cuando pero Nora jamás le había conocido limpio.

—Ahí tienes lo que yo truje —Mat indicó una pila de objetos envueltos de cualquier manera en una tela sucia que tenía en la escalinata junto a sí—. Cosas que saqué antes de la quema, para que

las tuvieras si te dejaban quedarte.

—Gracias, Mat —Nora se preguntó qué habría decidido salvar.

—Pero tú no las has de llevar, con ese andar hurrible —dijo Mat, refiriéndose a su pierna lisiada—. Yo seré el que las lleve, cuando te digan dónde has de vivir. Así me enteru yo también.

A Nora le gustó la idea de que Mat fuese con ella y supiera dónde iba a vivir. De ese modo resultaba todo menos extraño.

—Espérame aquí entonces —le dijo—. Tengo que entrar para que me digan dónde voy a vivir. Luego vendré a buscarte. Debo darme prisa, Mat, porque la campana ya ha dejado de sonar y me mandaron estar a las cuatro.

—Palu y yo esperamus. Truje una piruleta que mangué de un puestu —dijo Mat, sacándose del bolsillo un caramelo pringoso—, y Palu estará contentu en teniendo ese escarabaju tan grande para jugar.

El perro enderezó las orejas al oír su nombre, pero sus ojos no se apartaron ni por un momento del escarabajo.

Nora entró apresuradamente en el Edificio del Consejo mientras el niño se quedaba en la escalinata.

***

En el gran salón sólo la esperaba Jacobo. Nora se preguntó si por haber sido su defensor en el juicio tendría que ser ahora su tutor, y curiosamente sintió un pequeño arranque de irritación. Ya era mayor para bandearse sola. A su edad muchas chicas se preparaban para casarse. Ella siempre había sabido que no se casaría, era imposible con aquella pierna torcida; no podía ser una buena esposa, no podía cumplir los mil deberes que se les exigían; pero desde luego se las podía bandear sola. Su madre lo había hecho y le había enseñado a hacerlo.

Pero Jacobo le dio la bienvenida, y aquel asomo de irritación se disipó y pasó al olvido.

—¡Ya estás aquí! —dijo, y levantándose dobló los papeles que estaba leyendo—. Voy a enseñarte tus habitaciones. No están lejos. Es en un ala de este edificio.

Entonces la miró y vio el hatillo que llevaba a la espalda.

—¿Eso es todo lo que tienes? —preguntó.

Ella se alegró de que le hiciera esa pregunta, porque así tenía

ocasión de hablar de Mat.

—No todo —dijo—. Es que no puedo cargar mucho porque… —hizo un gesto hacia la pierna, y Jacobo asintió—. Así que tengo un niño que me ayuda. Se llama Mat. Espero que no sea molestia, pero se ha quedado en la escalinata. Él tiene el resto de mis cosas. No sé si les parecerá bien que siga siendo mi ayudante. Es un buen chico.

Jacobo frunció ligeramente el ceño; después se volvió a llamar a uno de los ujieres.

—Que venga ese niño de la escalinata —dijo.

—Esto… —interrumpió Nora. Jacobo y el ujier se volvieron. Ella habló como si tuviera que pedir disculpas, y hasta notó que se encorvaba un poco—. Tiene un perro —dijo bajando la voz—. No va a ninguna parte sin él.

—Es un perro muy pequeño —añadió en un susurro.

Jacobo la miró con impaciencia, como si de pronto se diera cuenta de la carga que iba a ser. Acabó dando un suspiro.

—Que venga también el perro —dijo al ujier.

Les condujeron a los tres por un corredor. Formaban un extraño trío: Nora iba primero, tropezando en el bastón y arrastrando la pierna con aquel ruido de escoba, suish, suish. Detrás iba Mat, callado por una vez en su vida, con los ojos como platos ante la grandiosidad del lugar. Y en último lugar, con un repiqueteo de uñitas en las baldosas del suelo, iba el perro del rabo torcido, llevando muy ufano en la boca un escarabajo que se retorcía.

Mat dejó el fardo de las cosas de Nora pasada la puerta, pero no quiso entrar en la habitación. Lo contemplaba todo solemnemente con su mirada extasiada y observadora, y él solo tomó esa decisión.

—Yo y Palu esperamus aquí —anunció—. ¿Cómo se llama esto? —preguntó, recorriendo con la vista el ancho espacio donde se encontraba.

—El corredor —le dijo Jacobo.

Mat asintió.

—Pues yo y Palu esperamus aquí en el curredor. Yo y Palu no entramus en el cuartu por los insectus.

Nora se volvió rápidamente a mirar, pero el perro ya se había tragado el escarabajo. Además, de «insectu» no tenía nada; como había dicho Mat, era un escarabajo gigante.

—¿Qué insectos? —fue Jacobo el que preguntó, con el ceño

fruncido.

—Palu tiene pulgas —explicó Mat mirando al suelo.

Jacobo meneó la cabeza; Nora vio que le temblaban los labios por contener la risa. Jacobo le hizo pasar a la habitación.

Se quedó atónita. La barraca donde había vivido toda su vida con su madre era una simple choza con el suelo de tierra. Las camas eran jergones de paja sobre una tarima. Guardaban las pertenencias y los alimentos en utensilios hechos a mano; siempre habían comido juntas en una mesa de madera que el padre de Nora hizo mucho antes de que ella naciera. Le daba pena que se hubiera quemado aquella mesa, que conservaba tantos recuerdos para su madre. Catrina le había descrito cómo su padre alisaba la madera con sus fuertes manos y redondeaba las esquinas para que el niño que iba a venir no se hiciera daño en los picos. Ahora todo eran cenizas: la madera alisada, los cantos suaves, el recuerdo de aquellas manos.

En aquella habitación había varias mesas muy bien hechas, con finos relieves. Y la cama era de madera con patas, y estaba cubierta con colchas de tejido ligero. Nora no había visto nunca una cama igual, y pensó que las patas serían para estar a resguardo de las fieras o de los insectos. Pero allí, en el Edificio del Consejo, seguro que no los había; hasta Mat lo había intuido, y no había querido que las pulgas de su perro pasaran del corredor. Había ventanas con cristales, y a través de ellas se veían las copas de los árboles; la habitación daba al bosque que había detrás del edificio.

Jacobo abrió una puerta interior, y Nora vio otro cuarto más pequeño, sin ventanas y lleno de anchos cajones.

—Aquí se guarda el manto del Cantor —dijo él. Tiró de un cajón grande, y Nora vio el manto doblado, con sus hilos de vivos colores. Jacobo lo volvió a cerrar y señaló hacia los otros cajones más pequeños.

—Ahí tienes materiales —dijo—. Todo lo que te puede hacer falta.

Volvió al dormitorio y abrió una puerta del otro lado. Nora vislumbró un suelo que a primera vista parecía de piedras planas; eran baldosas de un tono verde claro.

—Ahí tienes agua —explicó Jacobo—, para lavarte y para todas tus necesidades.

«¿Agua? ¿En un edificio?».

Jacobo se asomó a la puerta y echó una ojeada. Mat y Palo estaban allí esperando, Mat sentado en cuclillas y chupando su piruleta.

—Si quieres que el niño se quede contigo, puedes lavarle ahí. Y al perro también. Hay una bañera.

Mat le oyó, y alzó los ojos a Nora con alarma.

—No. Yo y Palu ya nos vamus —dijo. Después, con cara de preocupación, preguntó—: ¿no te tendrán presa aquí, verdad?

—No, no va a estar presa —le tranquilizó Jacobo—. ¿Por qué piensas eso? Te traerán la cena —dijo a Nora—. No estás aquí sola. El Entallador vive allá, al otro lado —y apuntó hacia una puerta cerrada.

—¿El Entallador? ¿Ese chico que se llama Tomás? —dijo Nora muy sorprendida—. ¿Él también vive aquí?

—Sí. Puedes ir a su habitación si quieres. Durante el día tenéis que trabajar los dos, pero puedes comer con el Entallador. Ahora familiarízate con tu cuarto y con tus herramientas. Descansa. Mañana veremos en qué consiste tu trabajo. Me voy acompañando al niño y el perro.

Desde la puerta abierta, Nora les vio marchar por el largo corredor: el hombre en cabeza, Mat caminando detrás con garbo y el perro a los talones de Mat. El niño se volvió a mirarla, dijo adiós con la mano y sonrió con gesto interrogante. Su rostro, con churretes del pegajoso caramelo, iba radiante de emoción. Seguro que en pocos minutos les estaría contando a sus compañeros por qué poco se había librado de que le lavaran. Y su perro también, y todas las pulgas.

Nora cerró sin hacer ruido y miró a su alrededor.

* * *

No podía dormir. ¡Todo era tan extraño!

Sólo la luna resultaba familiar. Aquella noche estaba casi llena, y a través del cristal de las ventanas bañaba de luz de plata su nueva casa. En una noche así, cuando vivía con su madre en la barraca sin ventanas, quizá se habría levantado para gozar de la luz de la luna. Había noches de luna en que madre e hija salían fuera, bajo la brisa, y defendiéndose a cachetes de los mosquitos contemplaban el paso veloz de las nubes sobre el disco luminoso, en el cielo nocturno.

Aquí la brisa de la noche y la luz de la luna entraban juntas por la ventana entreabierta. La luz resbalaba en la mesa del ángulo e iluminaba de lado a lado el suelo de madera barnizada. Nora veía las sandalias junto a la silla donde se había sentado para quitárselas. Veía el bastón apoyado en el rincón, proyectando su silueta en la pared.

Sobre la mesa veía el bulto de los objetos, las cosas que Mat le había traído envueltas. Se preguntó qué habría escogido. Quizá no hubiera tenido tiempo de escoger porque ya estaban encendiendo el fuego; quizá se limitara a agarrar lo que podía con sus manitas impetuosas y generosas.

Allí estaba su bastidor. Mentalmente dio las gracias al niño. Mat sabía lo que el bastidor significaba para ella.

Hierbas secas en una cestita. Se alegró de tenerlas; ojalá se acordase de para qué servía cada una. No era que hubieran tenido ninguna utilidad para su madre cuando llegó la enfermedad terrible; pero para las cosas pequeñas, para un dolor en un hombro o una picadura infectada e inflamada, para eso sí eran útiles las hierbas. Y se alegró de tener la cestita, porque la había hecho su madre con juncos del río.

Algunos tubérculos gruesos. Nora sonrió al imaginarse a Mat agarrando provisiones, probablemente tirando de paso un bocado. Ahora ya no los necesitaría. La cena que le habían traído en una bandeja era sustanciosa: pan recio y una sopa de carne y cebada con muchas verduras, y muy sazonada con hierbas que saboreó pero no supo reconocer. La tomó en un cuenco de loza vidriada, con una cuchara de hueso, y después se limpió la boca y las manos con un paño fino que venía doblado.

Era la primera vez que cenaba con tanta elegancia. Y con tanta soledad.

En la pequeña colección de cosas había prendas de vestir de su madre, dobladas: un chal grueso con borde de flecos, y una falda manchada de los tintes que usaba su madre, de tal manera que la tela, sencilla y lisa, parecía decorada con vetas de color. Pensando soñolienta en la falda manchada de su madre, Nora imaginó cómo podría utilizar sus hilos para ribetear aquellas vivas ráfagas de color, de modo que con habilidad —y con tiempo; llevaría tiempo— se pudiera transformarla en prenda adecuada para alguna

celebración. No porque hubiera tenido nunca nada que celebrar. Pero quizá esto: su nueva vivienda, su nuevo trabajo, haber salvado la vida.

Daba vueltas en la cama, desasosegada. Sentía un objeto en el cuello. Venía también en el envoltorio de Mat, y fue lo que más apreció de todo lo que el niño había rescatado. Era el colgante que su madre llevaba siempre, pendiente de una correílla y oculto bajo la ropa. Nora lo conocía, lo había tocado y acariciado a menudo cuando era tan pequeña que aún mamaba. Era un fragmento de piedra brillante, limpiamente partido por un lado pero salpicado de púrpura brillante por el otro, y con un agujero para pasar la correa. Sencillo pero raro, había sido un regalo del padre de Nora, y Catrina lo veneraba como si fuera un talismán. Nora se lo quitó para lavar el cuerpo febril de la enferma, y lo dejó en la repisa junto a la cestita de las hierbas. Sería allí donde lo encontró Mat.

Ahora, tras ponérselo al cuello, Nora se lo apretaba contra la mejilla, con la esperanza de recobrar una sensación de su madre, quizá su olor a hierbas y tintes y flores secas. Pero la piedrecita, inerte e inodora, no conservaba indicio ni rastro de vida.

En cambio el trapito del bolsillo, aquel que tan mágicamente se había hecho solo entre los dedos de Nora, aleteaba cerca de su cabeza. Quizá fuera la brisa nocturna que entraba por la ventana abierta lo que le hacía moverse. Al principio Nora, contemplando la luz de la luna y pensando en su madre, no se dio cuenta; luego vio que la tela temblaba ligeramente, como si estuviera viva, bajo la pálida luz. Sonrió, y se le ocurrió pensar que era como el perrillo de Mat, que alzaba los ojos, movía las orejas y meneaba su triste rabo con la esperanza de que se fijaran en él.

Extendió un brazo y tocó la tela, y sintiendo en la mano su calor cerró los ojos.

Una nube ocultó la luna y la habitación se oscureció. Por fin Nora se durmió, sin soñar; y cuando se despertó por la mañana, el trapito ya no se movía, y no era más que un pedazo arrugado de tela bonita encima de la cama.

Capítulo 7

—¡Un huevo!

Aquello era un festín. Además del huevo cocido, en la bandeja del desayuno venía más pan grueso y un tazón de leche templada con cereales. Nora bostezó y comió.

Cuando su madre y ella se despertaban, lo normal era ir al arroyo. Supuso que aquí el equivalente era ir al cuarto de las baldosas verdes. Pero aquel cuarto la ponía un poco nerviosa. La noche anterior estuvo probando las distintas manijas brillantes. De algunas salió agua caliente, que la sorprendió. Sería para guisar. Al parecer, por algún sitio de abajo debía de haber un fogón, y de alguna manera el agua caliente subía hasta allí, pero ¿para qué quería ella agua caliente? No tenía necesidad de guisar, pensó por la mañana, lo mismo que había pensado por la noche. Le traían la comida recién hecha.

Todavía sin entender muy bien, por la mañana dirigió su atención a la larga y baja bañera. Jacobo había insinuado que podía lavar allí a Mat. Había una cosa que por su aspecto y olor parecía jabón. Intentó lavarse inclinándose sobre el borde de la bañera, pero era un procedimiento incómodo y complicado; era más fácil lavarse en el arroyo. Y en el arroyo se podía lavar la ropa y tenderla en los arbustos. Allí, en aquel cuartito sin ventanas, no había donde secar nada. Ni brisa. Ni sol.

Era interesante, pensó, que hubieran descubierto la manera de llevar agua al edificio, pero no resultaba práctico ni saludable, y tampoco había ningún sitio donde enterrar la porquería. Se secó el agua fría de la cara y las manos con un paño que encontró en el cuartito embaldosado, y decidió que seguiría yendo al arroyo cada mañana para atender debidamente a sus necesidades.

Se vistió deprisa, se ató las sandalias, se pasó el peine de madera por la melena, tomó el bastón y echó a andar a paso ligero por el

corredor desierto para salir de su nuevo hogar y dar un paseo mañanero. Pero no había ido muy lejos cuando se abrió una puerta del corredor, y un chico al que reconoció salió y se dirigió a ella.

—Nora la Bordadora —dijo—. Me dijeron que habías venido.

—Tú eres el Entallador —dijo ella—. Jacobo me dijo que estabas aquí.

—Sí, soy Tomás —y le dirigió una ancha sonrisa. Parecía ser de su misma edad, bisílabo desde hacía poco, y no era feo: tenía la piel clara, los ojos alegres y el pelo espeso, castaño rojizo. Al sonreír enseñaba una mella en uno de los dientes de delante.

—Aquí es donde vivo —explicó, abriendo más la puerta para que Nora se asomara. La habitación era como la de ella, aunque ésta estaba en el lado contrario del corredor y las ventanas daban a la ancha plaza central. Nora también se fijó en que parecía estar más vivida que la suya, porque por todas partes se veían cosas de Tomás.

—También es mi taller —Nora miró hacia donde le indicaba, y vio una mesa grande con sus herramientas de tallar y pedazos de madera—. Y hay un cuarto que es el almacén de los materiales —y señaló hacia allá.

—Sí, la mía es igual —dijo Nora—. En mi almacén hay muchos cajones. Todavía no he empezado a trabajar, pero al pie de las ventanas hay una mesa con buena luz. Me figuro que será ahí donde trabaje.

Y preguntó:

—¿Y esa puerta de ahí? ¿Es ahí donde tú tienes el agua de cocinar y la bañera? ¿Tú la usas? Es una complicación, estando tan cerca el arroyo.

—Las auxiliares te enseñarán cómo funciona —explicó él.

—¿Quiénes son las auxiliares?

—La que te ha traído la comida es una auxiliar. Te ayudarán en todo lo que necesites. Y uno de los guardianes vendrá a verte todos los días.

Bien. Tomás parecía saber cómo funcionaban las cosas. Sería una ayuda, pensó Nora, porque para ella todo era tan nuevo, tan desconocido.

—¿Tú hace mucho que vives aquí? —preguntó cortésmente.

—Sí —respondió él—. Desde que era muy pequeño.

—¿Y cómo fue que viniste?

El muchacho hizo memoria frunciendo las cejas.

—Acababa de empezar a hacer talla. Era un crío muy pequeño, pero no sé cómo había descubierto que con un pedazo de madera y una herramienta afilada podía hacer dibujos. A todo el mundo le parecía portentoso —se rió—. Será que lo era.

También Nora rió, porque se estaba acordando de cuando ella, siendo muy pequeña, descubrió que en sus dedos había una especie de magia para manejar los hilos de colores, y lo asombrada que se quedó su madre y la cara que puso el guardián. Habría ocurrido lo mismo, pensó, con aquel chico.

—No sé cómo los guardianes se enteraron de lo que hacía, y vinieron a nuestra barraca y les gustó mucho.

«Todo muy parecido», pensó Nora.

—Después —continuó Tomás—, al poco tiempo, una tormenta mató a mis padres. Murieron los dos a la vez, por un rayo.

Nora se quedó atónita. Ella había oído hablar de árboles muertos por un rayo, pero no de personas. Las personas no salían cuando había tormenta.

—¿Tú estabas allí? ¿Cómo es que no te pasó nada?

—No, yo estaba solo en la barraca. Mis padres habían ido a hacer no sé qué. Recuerdo que había venido un mensajero a buscarles. Pero entonces fueron a recogerme unos guardianes y me dijeron que habían muerto. Fue una suerte que me conocieran y supieran que mi trabajo tenía valor, a pesar de que todavía era muy pequeño. Porque si no me habrían dado. En lugar de eso me trajeron aquí.

—Aquí vivo desde entonces —e hizo un gesto que abarcaba la habitación—. Estuve mucho tiempo practicando y aprendiendo. Y he hecho adornos para muchos de los guardianes. Pero ahora hago trabajo de verdad. Trabajo importante.

Señaló con la mano, y Nora vio un cayado largo apoyado en la mesa, igual que ella dejaba apoyado el bastón. Pero aquel cayado tenía una decoración muy complicada, y por las virutas que había encima de la mesa se veía que el muchacho estaba trabajando en él.

—Me han dado unas herramientas maravillosas —dijo Tomás.

Fuera sonó la campana. Nora se despistó. Cuando vivía en la barraca, el sonido de la campana significaba que era hora de ir a

trabajar.

—¿Debo volver a mi cuarto? —preguntó—. Pensaba dar un paseo hasta el arroyo.

Tomás se encogió de hombros.

—Es lo mismo. Puedes hacer lo que quieras. En realidad no hay reglas. Sólo se trata de que hagas el trabajo para el que te han traído aquí. Comprobarán lo que vas haciendo cada día. Yo ahora voy a ver a la hermana de mi madre, que ha tenido un hijo. Una niña. Mira, le llevo un juguete —metió la mano en el bolsillo y mostró a Nora un pájaro primorosamente tallado. Estaba hueco; se lo llevó a los labios y lo hizo sonar—. Lo hice ayer —explicó—. Me quitó tiempo del trabajo normal, pero no mucho. Fue fácil. Estaré de vuelta para el almuerzo —añadió—, porque esta tarde tengo que trabajar. ¿Me llevo la bandeja a tu cuarto y comemos juntos?

Nora asintió encantada.

—Mira —dijo Tomás—, aquí viene la auxiliar que recoge las bandejas del desayuno. Es muy simpática. Pregúntale… No, espera. Yo se lo digo.

Bajo la mirada curiosa de Nora, Tomás se acercó a la auxiliar y le dijo unas palabras. Ella asintió.

—Vuelve con ella a tu cuarto, Nora —dijo Tomás—. No te hace falta ir al arroyo. Ella te explicará lo del cuarto de baño. ¡Nos vemos a la hora de comer!

Se echó al bolsillo el pajarito tallado, cerró la puerta de su cuarto y se alejó por el corredor. Nora se fue por donde había venido, detrás de la auxiliar.

* * *

Jacobo fue a verla poco después del almuerzo. Tomás se había marchado inmediatamente después de comer, para reanudar su trabajo. Nora acababa de entrar en el cuartito de los cajones y abrir el que contenía el manto del Cantor, pero no lo había sacado. Nunca hasta entonces se le había permitido tocarlo, y ahora le inspiraba un respeto sacrosanto y cierto nerviosismo. Estaba contemplando el tejido suntuosamente decorado, acordándose de cómo las diestras manos de su madre manejaban la aguja de hueso, cuando oyó que llamaban a la puerta y entraba Jacobo.

—Ah —dijo—. El manto.

—Estaba pensando que tendré que ponerme enseguida a mis

obligaciones —dijo Nora—, pero casi me da miedo empezar. ¡Esto es tan nuevo para mí!

Él sacó el manto del cajón y lo llevó a la mesa de la ventana. Allí, a la luz, los colores eran aún más suntuosos, y Nora se sintió aún más inepta.

—¿Estás a gusto aquí? ¿Has dormido bien? ¿Te trajeron la comida? ¿Estaba buena?

¡Cuántas preguntas! Nora pensó si contarle lo mal que había dormido y decidió no hacerlo. Miró a ver si la ropa de la cama delataba que había estado dando vueltas, y fue entonces cuando se dio cuenta de que alguien, probablemente la auxiliar que traía y llevaba las comidas, lo había estirado todo de tal manera que ni se notaba que la cama hubiera sido usada.

—Sí —respondió—, gracias. Y he conocido a Tomás el Entallador. Vino a comer conmigo. Ha sido agradable poder hablar con alguien. Y la auxiliar me ha explicado las cosas que tenía que saber —añadió—. Yo creía que el agua caliente era para cocinar. Nunca había empleado agua caliente sólo para lavarme.

Él no prestaba atención a sus azaradas explicaciones sobre el cuarto de baño; miraba atentamente el manto, pasando la mano por el tejido.

—Tu madre hacía pequeñas reparaciones cada año. Pero ahora hay que restaurarlo todo. Ése es tu trabajo.

—Entiendo —dijo Nora, aunque la verdad era que no entendía muy bien.

—Aquí está la historia entera de nuestro mundo. Debemos conservarla intacta. Más que intacta.

Ella vio que su mano había cambiado de sitio y acariciaba la ancha extensión de tejido sin ornamentar, la parte que cubría los hombros del Cantor.

—El futuro se narrará aquí —dijo Jacobo—. Nuestro mundo depende de ese relato. ¿Tienes suficientes materiales? Hay mucho que hacer.

¿Materiales? Nora recordó que había llevado un cesto con sus hilos. Mirando ahora el espléndido manto, comprendió que su modesta colección de hilos de colores, algunos sobrantes que su madre le dejaba para hacer sus cosas, eran absolutamente insuficientes. Aun suponiendo que supiera hacerlo (y no estaba

nada segura de eso), ni por asomo podría restaurar el manto con lo que había llevado. Entonces se acordó de los cajones que estaban aún sin abrir.

—Aún no he mirado —confesó, y fue a los cajones de poco fondo que él le había señalado el día anterior. Estaban llenos de carretes de hilo blanco, de muchos grosores y texturas. Había agujas de todos los tamaños, e instrumentos de corte muy bien puestos en fila.

A Nora se le cayó el alma a los pies. Tenía la esperanza de que al menos los hilos estuvieran ya teñidos. Volviendo los ojos al manto extendido sobre la mesa, con toda su diversidad de colores, se sintió abrumada. ¡Si al menos se hubieran salvado los hilos de su madre! Pero no quedaba ni uno, todos se habían quemado.

Se mordió los labios y miró nerviosa a Jacobo.

—Están sin teñir —balbuceó.

—Dijiste que tu madre te había enseñado a teñir —le recordó él.

Nora asintió. Eso había dado a entender, pero no era enteramente cierto. Su madre tenía pensado enseñarle.

—Aún me queda mucho que aprender —confesó—. Aprendo deprisa —añadió, esperando no parecer presuntuosa.

Jacobo la miró frunciendo el entrecejo.

—Te mandaré con Anabela —dijo—. Vive lejos, en el bosque, pero el camino es seguro, y con ella podrás acabar lo que empezaste a aprender con tu madre. El Cántico de la Ruina no es hasta el otoño temprano —señaló—. Todavía faltan varios meses. El Cantor no necesitará el manto hasta entonces. Tienes mucho tiempo.

Nora asintió intranquila. Jacobo había sido su defensor. Ahora parecía ser su consejero. Nora agradecía su ayuda. De todos modos, notaba en su voz un retintín de apremio que antes no tenía.

Cuando Jacobo se marchó, después de mostrarle un cordón que salía de la pared para llamar si necesitaba algo, Nora volvió a contemplar el manto abierto sobre la mesa. ¡Tantos colores! ¡Tantos matices de cada color! Por mucho que él dijera, el otoño temprano no estaba tan lejos.

«Hoy mismo», decidió, «examinaré el manto y haré un plan. Mañana, lo primero de todo, iré en busca de Anabela y le pediré ayuda».

Capítulo 8

Mat quería ir.

—Has de necesitarnus a mí y a Palu como protectores —dijo—. El bosque está llenu de animales feroces.

Nora se echó a reír.

—¿Protectores, vosotros?

—Yo y Palitu somos durus —dijo Mat, flexionando unos músculos que no se le veían en aquellos brazos flacos—. Yo sólo soy pequeñu en apariencia.

—Jacobo ha dicho que no hay peligro mientras uno no se aparte del camino —le recordó Nora; pero para sus adentros pensó que sería divertido llevarles a los dos, niño y perro, de acompañantes.

—Pero suponte que te pierdes —dijo Mat—. Yo y Palu sabemus salir de cualquier sitiu. De fiju que nos necesitarás si te pierdes.

—Pero voy a estar fuera todo el día. Pasaréis hambre.

Mat sacó triunfalmente un gran mendrugo de pan del voluminoso bolsillo de sus calzones.

—Mangué este pan del panaderu —declaró con orgullo.

De modo que se salió con la suya, y Nora tuvo compañía para internarse en el bosque.

Era como una hora de camino. Jacobo había dicho bien: no parecía haber ningún peligro. Aunque árboles apretados sombreaban la senda, y en la espesura se oían crujidos y gritos desconocidos de pájaros raros, nada parecía amenazador. De vez en cuando Palo perseguía a un pequeño roedor o metía el hocico en un hoyo, asustando al animalillo que tuviera allí dentro su casa.

—De fiju que todo por aquí hay culebras —dijo Mat sonriendo maliciosamente.

—No me dan miedo las culebras.

—Pues a todas las chicas les dan miedu.

—A mí no. En la huerta de mi madre siempre había culebras

pequeñas. Ella decía que eran amigas de las plantas, porque se comían los insectos.

—Como Palitu. ¡Mira, cazó un saltamontes! —señaló Mat; su perro se había abalanzado sobre un pobre animalillo de largas patas —. Ha de ser un saltamontes padre porque es muy grande.

—¿Un saltamontes padre? —Nora se echó a reír, porque nunca había oído aquel razonamiento—. ¿Tú tienes padre? —preguntó al niño con curiosidad.

—No. Túvelo, pero ahora sólo tengu madre.

—¿Qué fue de tu padre?

Él se encogió de hombros.

—No sé. En la Nava —añadió— es distintu. Muchos no tienen padre. Y los que sí, le tienen miedo, porque los padres son muy pegones. Mi madre también es pegona —añadió dando un suspiro.

—Yo tuve padre. Fue un gran cazador —dijo Nora con orgullo —. Hasta Jacobo lo dijo. Pero se lo llevaron las fieras —explicó.

—Sí, oílo —Nora vio que Mat intentaba poner cara de tristeza en atención a ella, pero tenía un temperamento tan alegre que no le resultaba fácil. Ya estaba apuntando a una mariposa, entusiasmado de ver el brillante color naranja de sus alas en la penumbra del bosque.

—¿Ves esto? Me lo trajiste con las cosas de mi madre, ¿te acuerdas? —Nora se sacó el colgante de piedra de debajo del vestido.

Mat asintió.

—Es todo murado. Y reluce.

Nora se lo volvió a meter con cuidado bajo la ropa.

—Es un regalo que le hizo mi padre a mi madre.

Mat arrugó la cara, pensando.

—¿Qué es un regalu? —preguntó.

Nora se sorprendió de que no lo entendiera.

—Cuando quieres a una persona y le das algo especial, algo que esa persona apreciará mucho, eso es un regalo.

Mat se echó a reír.

—En la Nava no hay eso —dijo—. En la Nava, si darte algo especial es una patada en el traseru. Pero eso tuyo es bonitu —añadió cortésmente—. Suerte tuviste que yo lo salvara.

Fue un largo viaje para Nora, arrastrando su pierna torcida. El

bastón se le enganchaba en las raíces nudosas del camino, y de vez en cuando daba un traspiés. Pero estaba acostumbrada a la torpeza de movimientos y al dolor; llevaba toda la vida con ellos.

Mat se había adelantado corriendo con Palo, y volvió muy excitado anunciando que ya habían llegado, que era a la vuelta del recodo siguiente.

—¡Es una casita chica! —gritó—. ¡Y la vieja está fuera en el huertu, y tiene las manos engurruñadas con los colores del arcu iris!

Nora apretó el paso, y al doblar el recodo entendió lo que quería decir. Delante de una choza diminuta, una anciana encorvada, de pelo blanco, estaba atareada junto a un jardín lleno de flores. Se agachaba a un cesto que tenía en el suelo, sacaba manojos de hilos de colores vivos —distintos tonos de amarillo, desde el limón más claro hasta un castaño dorado fuerte— y los iba colgando de una cuerda tendida entre dos árboles. En la cuerda había ya otros hilos más oscuros, color ladrillo y rojos.

La mujer tenía las manos deformadas y manchadas. Alzó una a modo de saludo. Le quedaban pocos dientes y su piel estaba toda arrugada, pero en los ojos no tenía nubes. Asiendo un bastón se aproximó, sin manifestar ninguna sorpresa por aquella visita imprevista.

—Te pareces a tu madre —dijo después de mirar atentamente a Nora.

—¿Sabe usted quién soy? —preguntó Nora, extrañada. La anciana asintió.

—Mi madre ha muerto.

—Sí, ya lo sé.

«¿Lo sabe? ¿Cómo lo sabe?». Pero Nora no quiso preguntar.

—Me llamo Nora. Éste es mi amigo Mat.

Mat se adelantó, poniéndose de pronto un poco tímido.

—Traigu un pocu de pan —dijo—. Yo y mi perritu no molestaremus.

—Siéntate —dijo a Nora la anciana Anabela, sin fijarse en Mat ni en Palo, que andaba olisqueando por el jardín en busca de un sitio apropiado para levantar la patita—. Seguro que estás cansada y dolorida.

Señaló a un tocón bajo, y Nora se sentó con alivio, se frotó la pierna doliente, y desatándose las sandalias las vació de piedrecitas.

—Tienes que aprender los tintes —dijo la anciana—. A eso vienes, ¿no? Tu madre lo hizo, y te iba a enseñar.

—No hubo tiempo —suspiró Nora—. Y ahora quieren que yo lo sepa todo, y que haga el trabajo…, la reparación del manto del Cantor. ¿Sabe usted eso?

Anabela asintió, y volviendo a la cuerda acabó de tender los hilos amarillos.

—Yo te puedo dar algunos hilos —dijo— para que empieces. Pero tienes que aprender los tintes. Querrán que hagas otras cosas.

Nora volvió a pensar en la extensión vacía de la espalda y los hombros del manto. Eso era lo que querrían que hiciese, llenar aquel espacio de futuro.

—Tienes que venir todos los días. Tienes que aprender todas las plantas. Mira…

La mujer señaló al jardín, rebosante de plantas lozanas, muchas de ellas en flor.

—Galio —dijo, apuntando a una mata alta y cargada de capullos amarillos—. La raíz da un buen rojo. Pero para los rojos lo mejor es la granza. La granza la tengo atrás —apuntó nuevamente, y Nora vio un arbusto de tallos delgados y muy ramosos, sobre un lecho de tierra elevado—. Ahora es mala época para sacar las raíces de la granza. Es mejor en el otoño temprano, cuando está en reposo.

«Galio. Granza. Tengo que acordarme de esos nombres. Tengo que aprenderme esas plantas».

—Gualda —declaró la mujer, metiendo la punta del bastón en una mata de flores pequeñas—. Los brotes dan un amarillo hermoso. Pero no se la debe mover sin necesidad. A la gualda no le gusta que la trasplanten.

«Gualda. Para el amarillo».

Nora volvió una esquina del jardín detrás de Anabela, que se detuvo para apuntar con el bastón a una mata espesa de tallos tiesos y hojas pequeñas y ovaladas.

—Ésta es muy resistente —dijo casi con cariño—. Se llama hipérico. Aún no tiene flores; es pronto. Pero cuando florece se saca un pardo muy bonito de las flores. Aunque manchan las manos.

Y alzando las suyas soltó una risilla hueca. Y añadió:

—Necesitarás verdes. Para eso vale la manzanilla. Hay que regarla bien. Pero para el color verde se aprovechan sólo las hojas.

Las flores se guardan para tisana.

A Nora ya le daba vueltas la cabeza tratando de memorizar los nombres de las plantas y los colores que daba cada una, y todavía Anabela no había descrito más que una pequeña esquina del espléndido jardín. Ahora, al oír las palabras «agua» y «tisana», se dio cuenta de que estaba sedienta.

—Por favor, ¿hay aquí un pozo? ¿Podría darme un poco de agua? —preguntó.

—¿Y a Palitu también? Fue en busca de un arroyu, pero no lo halló —trinó la voz de Mat al lado de Nora, que casi se había olvidado de él.

Anabela les llevó a un pozo situado detrás de la casita, y bebieron con gratitud. Mat echó agua en el hueco de una piedra para el perro, que la tragó ávidamente y pidió más.

Por fin Nora y Anabela se sentaron juntas a la sombra, mientras Mat, mordisqueando su pan, se iba a dar un paseo con Palo.

—Tienes que venir todos los días —repitió Anabela—. Tienes que aprender todas las plantas, todos los colores. Como hizo tu madre cuando era joven.

—Lo haré. Lo prometo.

—Tu madre decía que tú tenías el saber en los dedos. Más que ella.

Nora se miró las manos, cruzadas en el regazo.

—Pasa algo cuando manejo los hilos. Es como si ellos supieran solos las cosas, y mis dedos no hicieran más que seguirles.

Anabela asintió.

—Eso es el saber. Yo lo tuve para los colores, pero para los hilos jamás. Mis manos siempre fueron demasiado torpes —y las mostró en alto, manchadas y deformadas—. Pero para utilizar el saber del bordado tienes que aprender a hacer los tonos. Cuándo hay que amortecer con la olla de hierro. Cómo se embazan los colores. Cómo se enrubian.

«Amortecer. Embazar. Enrubiar. Qué extraña colección de palabras».

—Y también los mordientes los tienes que aprender. El zumaque para algunas cosas. Las agallas de árbol son buenas. Algunos líquenes. El mejor es… Ven, ven conmigo; te lo voy a enseñar.

Con una agilidad sorprendente en una mujer tetrasílaba,

Anabela se puso en pie y llevó a Nora hasta una olla cubierta, cerca del lugar donde un caldero de agua oscura, demasiado grande para cocinar en él, pendía sobre el rescoldo de una hoguera. Nora se inclinó para ver, pero cuando Anabela levantó la tapa tuvo que echar atrás la cabeza, con una desagradable sorpresa: aquel líquido olía malísimamente. Anabela se echó a reír con picardía.

—¿Adivinas qué es?

Nora meneó la cabeza. No tenía ni idea de qué había en el maloliente cacharro ni cuál podía ser su origen. Anabela volvió a taparlo sin dejar de reír.

—Lo guardas, lo dejas que fermente bien —dijo—, y verás que viveza y qué resistencia da a los colores. ¡Es pis! —explicó con una risilla satisfecha.

Ya era tarde cuando Nora emprendió el regreso con Mat y Palo. Llevaba al hombro una bolsa llena de hilos de colores que le había dado Anabela.

—Con estos tendrás para ahora —había dicho la vieja tintorera —. Pero tienes que aprender a hacértelos tú. Repítemelos, a ver de cuáles te acuerdas.

Nora cerró los ojos, se concentró y fue diciendo:

—Granza para el rojo. Galio para el rojo también, sólo las raíces. Cabezas de tanaceto para el amarillo, y gualda para el amarillo también. Y milenrama, amarillo y oro. La malva real oscura, sólo los pétalos, para el malva.

—La hierba moquera —soltó Mat muy divertido, limpiándose la nariz en la sucia manga.

—¡Tú calla! —le dijo Nora riendo—. Ahora no hagas el tonto. Es importante que me acuerde. Retama —siguió haciendo memoria—, amarillos oro y pardos. Y el hipérico para los pardos también, pero mancha las manos. Y el hinojo, las hojas y las flores; se usan frescas, y también se comen. La manzanilla para tisanas y para verdes. Y ésas son las que recuerdo ahora mismo —dijo disculpándose. Habían sido muchas más.

Anabela manifestó su aprobación.

—Por algo se empieza —dijo.

—Ya nos tenemos que ir para que no se nos haga de noche por el camino —dijo Nora; y de pronto, al volver la vista al cielo para calcular la hora, se acordó de una cosa.

—¿Sabe usted hacer azul? —preguntó.

Pero Anabela frunció el ceño.

—Se necesita glasto —dijo—. Recoger hojas frescas de glasto del primer año. Y agua de lluvia blanda; con eso se hace el azul —meneó la cabeza—. Yo no tengo nada. Otros tienen, pero muy lejos.

—¿Qué otros? —preguntó Mat.

La anciana no le contestó. Apuntó hacia el final de su jardín, donde empezaba el bosque y parecía abrirse un estrecho sendero invadido por la maleza; luego volvió los pasos a su choza, y Nora oyó que hablaba en voz baja. «Yo nunca lo pude hacer», iba diciendo. «Pero allá hay quien tiene azul».

Capítulo 9

En el manto del Cantor sólo había unas pocas manchitas pequeñas de azul antiguo, desvanecido casi a blanco. Después de cenar, cuando ya estaban encendidas las lámparas de aceite, Nora lo examinó con atención. Extendió sobre la mesa grande sus hilos, los de su pequeña colección y los muchos otros que le había dado Anabela, sabiendo que tendría que casar los matices con mucho cuidado a la luz del día antes de empezar los arreglos. Fue entonces cuando se dio cuenta —con alivio porque no habría sabido repararlo, y con desilusión porque el color del cielo habría sido una adición muy bonita al dibujo— de que ya no quedaba nada de verdadero azul, sólo indicios de lo que hubo antaño.

Una y otra vez repetía en voz alta los nombres de las plantas, intentando componer con ellos una cantinela para fijarlos en la memoria. «Malva real y tanaceto, granza y galio…». Pero ni rimaban ni pegaban bien unos con otros.

Tomás llamó a la puerta. Nora le recibió con alegría, le enseñó el manto y los hilos y le contó su día con la anciana tintorera.

—No me acuerdo de todos los nombres —dijo contrariada—. Pero estoy pensando que si por la mañana me acerco a donde estaba mi barraca, es posible que allí sigan estando las plantas de la huerta de mi madre, las que usaba para hacer los colores. Y si las veo me entrarán mejor los nombres. Únicamente espero que Vandara…

Se interrumpió. No había hablado de su enemiga al entallador, y sólo pronunciar su nombre le daba miedo.

—¿La de la cicatriz? —preguntó Tomás.

Nora asintió.

—¿La conoces?

Él negó con la cabeza.

—Pero sé quién es —dijo—. Todo el mundo lo sabe.

Cogió una pequeña madeja de carmesí oscuro.

—¿Cómo hizo esto la tintorera? —preguntó con curiosidad.

Nora reflexionó. Granza para el rojo.

—Con granza —recordó—. Sólo las raíces.

—Granza —repitió él, y se le ocurrió una idea—. Yo te podría escribir los nombres, Nora —sugirió—. Así sería más fácil recordarlos.

—¿Tú sabes escribir? ¿Y leer?

Tomás asintió.

—Aprendí de pequeño. Los niños escogidos pueden aprender. Y algunas de las tallas que hago llevan palabras.

—Pero yo no sé. Así que aunque me escribieras los nombres no los podría leer. Y a las mujeres no se les permite aprender.

—De todos modos, yo te podría ayudar a recordarlos. Si me los dices y los escribo, después te los podré leer yo. Seguro que sería una ayuda.

Nora pensó que probablemente tenía razón. Así que Tomás llevó de su cuarto papel, tinta y una pluma, y una vez más ella repitió las palabras que recordaba. A la luz vacilante contempló cómo él las iba escribiendo cuidadosamente. Vio que las combinaciones de líneas y curvas formaban los sonidos, y que después él se los podía repetir.

Al leer Tomás la palabra hipérico marcándola con el dedo, Nora vio que era larga y que tenía varias formas redondeadas. Enseguida apartó los ojos para no aprenderla, para no ser culpable de algo que claramente tenía prohibido. Pero le hizo sonreír verla, ver cómo la pluma trazaba las formas y las formas contaban la historia de un nombre.

* * *

Por la mañana muy temprano, desayunó deprisa y se dirigió a donde había estado la huerta de los colores de su madre. A esa hora del amanecer había muy poca gente levantada. Casi contaba con encontrarse a Mat y Palo, pero los caminos estaban prácticamente vacíos y en el pueblo remaba el silencio. Aquí y allá lloraba un niño, y las gallinas cloqueaban por lo bajo, pero el alboroto estridente de la jornada aún estaba por llegar.

Al acercarse vio que el corral ya estaba construido en parte. Sólo habían transcurrido unos pocos días, pero las mujeres habían hecho

un vallado de ramas de espino alrededor de los restos de la barraca donde Nora se crió. El terreno cercado seguía estando lleno de cenizas y cascote. Muy pronto la barrera de espino lo cerraría por completo; Nora imaginó que harían algún tipo de portillo, y luego pondrían allí dentro a sus gallinas y sus críos. Había trozos de madera afilados y pedazos cortantes de cacharros rotos, y al verlos Nora dio un suspiro. Los niños se harían arañazos y heridas con los restos de su propio pasado destruido, pero ella no podía hacer nada por evitarlo. Rápidamente dejó atrás la ruina y el vallado a medio construir, y encontró los restos de la huerta de colores de su madre al borde del bosque.

Las hortalizas habían desaparecido por completo, pero las plantas de flor seguían existiendo, aunque estaban pisoteadas. Se veía que las mujeres habían pasado por allí arrastrando los espinos para el corral, pero las flores seguían abriéndose, y a Nora le impresionó ver aquella vida vibrante que todavía luchaba por crecer a pesar de tanta destrucción.

Las fue nombrando para sí, las que recordaba, y recogió lo que pudo, llenando un pañuelo grande que llevaba. Anabela le había dicho que la mayoría de las flores y hojas se podían secar para utilizarlas después. Otras no, como el hinojo: «Hay que usarlo fresco», había dicho del hinojo. También se podía comer. Nora lo dejó sin tocar, y se preguntó si las mujeres sabrían que podía servir de alimento.

Cerca ladró un perro y se oyeron voces airadas: gritos de un marido a su mujer, bofetones a un niño. El pueblo despertaba a la rutina de todos los días. Era hora de irse de allí; aquel sitio ya no le pertenecía.

Lió el pañuelo con las plantas que había recolectado y lo ató; se lo echó al hombro, agarró el bastón y se apresuró a alejarse. Dio un rodeo para no pasar por la calle central del pueblo, y en una bocacalle vio a Vandara y miró para otro lado. Vandara la llamó por su nombre con acento burlón y petulante: «¿Te gusta tu nueva vida?», y tras la pregunta soltó una risotada. Nora dobló una esquina rápidamente para no enfrentarse con ella, pero el recuerdo de la pregunta sarcástica y la risotada la acompañaron durante todo el camino.

* * *

—Necesitaré un terreno para plantar una huerta de colores —se animó a decir a Jacobo pocos días después—, y un sitio ventilado para secar las plantas. Y otro donde se pueda hacer fuego, y cacharros para los tintes —y, tras un momento más de reflexión, añadió—: y agua.

Él dijo que sí, que podía tener todas aquellas cosas.

Jacobo pasaba por su cuarto cada tarde para ver cómo marchaba el trabajo y preguntarle qué necesitaba. A Nora se le hacía raro poder pedir cosas y que se las dieran.

Pero Tomás decía que también en su caso había sido así siempre. Le había bastado pedir las distintas clases de madera, fresno, madera de corazón, nogal o arce, para tenerlas; y le habían dado toda clase de herramientas, algunas que él ni sabía que existían.

Los días, días de trabajo agotador, empezaron a correr.

Una mañana vino Tomás cuando Nora se disponía a salir hacia la choza de la tintorera.

—¿Oíste algo anoche? —le preguntó indeciso—. ¿No te despertó un ruido?

Nora meditó.

—No —dijo—. He dormido profundamente. ¿Por qué?

Él parecía perplejo, como si hiciera esfuerzos por recordar.

—A mí me pareció oír algo así como el llanto de un niño. Me pareció que me despertaba. Pero puede ser que fuera un sueño. Sí, será que lo soñé.

Entonces se le alegró la cara y dejó de pensar en el pequeño misterio.

—He hecho una cosa para ti —dijo—. La he estado haciendo por las mañanas a primera hora —explicó—, antes de ponerme a trabajar.

—¿En qué trabajas tú, Tomás? —preguntó Nora—. Lo mío es el manto, por supuesto. Pero a ti, ¿qué te han puesto a hacer?

—El báculo del Cantor. Es muy antiguo, y por el roce de sus manos (y de las manos de otros cantores en el pasado, supongo) se han desgastado los relieves de tal manera que hay que volver a tallarlos enteramente. Es una labor difícil, pero importante. El Cantor utiliza los relieves del báculo para guiarse, para acordarse de las distintas secciones del Cántico. Y en la parte de arriba hay una zona grande que no se ha tallado nunca. Con el tiempo la haré yo,

la tallaré por primera vez con mis propios dibujos —se rió—. Bueno, realmente no serán míos. Me dirán qué es lo que tengo que poner.

Tímidamente metió la mano en el bolsillo y le dio su regalo:

—Ten.

Le había hecho una cajita con su tapa, que por arriba y por los lados llevaba, talladas en finos relieves, figuras de las plantas que Nora estaba aprendiendo a distinguir. Ella la examinó embelesada. Reconoció los altos tallos de la milenrama, con sus cabezuelas apretadas, y enroscados alrededor los tallos lacios de la coreopsis, sobre una base donde aparecía esculpido el follaje oscuro y ligero de esa planta.

Al instante supo qué quería guardar en aquella caja exquisita: aquel trocito de tela decorada que llevaba en el bolsillo el día del juicio, y que había consolado su soledad a la hora de dormir. Ahora estaba escondido en uno de los cajones de material; ya no lo llevaba encima por miedo a perderlo en sus largas caminatas por el bosque y sus largas jornadas de duro trabajo con la tintorera.

Bajo la mirada atenta de Tomás, fue en busca del trapito y lo metió en la caja.

—Es muy bonito —dijo él al verlo.

Nora lo acarició antes de cerrar la tapa.

—Me habla no sé de qué manera —dijo—. Es casi como si estuviera vivo.

Y sonrió avergonzada, porque sabía que era raro lo que decía, y que él no la entendería y pensaría quizá que era una tonta. Pero Tomás la sorprendió:

—Sí —dijo—. Yo tengo una madera que hace lo mismo. Una que tallé hace mucho tiempo, cuando no era más que un crío. Y a veces todavía siento en los dedos el saber que tenía entonces.

Se volvió para irse.

«¿Que tenías entonces? ¿Ahora ya no lo tienes? ¿El saber no se conserva?». Nora se entristeció profundamente ante esa idea, pero no dijo nada a su amigo.

* * *

Aunque todavía le quedaba mucha información que recibir de Anabela, tuvo que reducir las clases en la choza de la tintorera porque era importante ponerse a trabajar en el manto del Cantor y

tenía que aprovechar la luz del día. Ahora se alegraba de tener aquel cuarto de baño enlosado que al principio le causó tanta confusión. El agua caliente y el jabón le ayudaban a quitarse las manchas de las manos, y era vital tener las manos limpias para tocar el manto.

Seguía conservando su pequeño bastidor, aquél que Mat salvó de la quema, pero no lo necesitaba. Entre el material que le facilitaron estaba un magnífico bastidor nuevo, que se desplegaba sobre unas sólidas patas de madera, de modo que ya no había que sostenerlo en el regazo. Nora lo colocaba junto a la ventana, y así podía trabajar sentada al lado en una silla.

Extendió el manto sobre la mesa grande para examinarlo cuidadosamente y decidir por dónde comenzar. Por primera vez empezó a percibir la vastedad de la que el Cantor sacaba su cántico. La historia entera del pueblo, hasta culminar en la espantosa descripción de la Ruina, estaba retratada con enorme complejidad en los voluminosos pliegues del manto.

Vio un mar verde pálido, y en su fondo peces de todas clases, algunos mayores que un hombre y que diez hombres juntos. Después el mar se fundía imperceptiblemente con anchas extensiones de tierra, sólo habitadas por figuras de animales que Nora no conocía, seres descomunales que pastaban hierbas altas de color ocre. Todo esto no era más que una esquinita del manto. Recorriéndolo con la vista descubrió que cerca de los pastos salía del pálido mar otra tierra, y en ésta aparecían hombres. Las diminutas puntadas hacían figuras de cazadores con lanzas y armas, y Nora observó que pequeños nudos de rojo (granza para el rojo, sólo las raíces) servían para señalar la sangre en las figuras de hombres caídos, los que sucumbían a las fieras.

Pensó en su padre. Pero aquella escena era de un tiempo muy remoto, mucho antes de su padre y de toda su gente. Y los hombres sin vida punteados con nuditos rojos de sangre no eran más que una parte infinitesimal del manto, un abrir y cerrar de ojos, ahora olvidado excepto en el Cántico, cuando una vez al año el Cantor les recordaba el pasado.

Mirando el manto y alisándolo con sus manos limpias, Nora suspiró; no tenía mucho tiempo para esa clase de estudios. Había trabajo importante que hacer, y Jacobo estaba cada día más

impaciente. Una y otra vez venía a su cuarto para comprobar, para cerciorarse de que estaba atenta a la labor y la iba a hacer con esmero.

En una de las mangas descubrió una zona que necesitaba arreglo urgente. Tensó aquella parte en el bastidor, y después, manejando con mucho tiento los delicados instrumentos de corte que le habían dado, fue cortando y sacando los hilos gastados. Había una pequeña mancha sobre un complicado bordado de una flor en tonos dorados, parte de un paisaje que representaba hileras de altos girasoles junto a un arroyo verde claro. Alguien en lejanos tiempos, alguien que dominaba el arte, había hecho como si el arroyo fluyera, bordando en blanco unas líneas curvas que producían un efecto de espuma. ¡Qué talento el de aquel bordador! Pero habría que reemplazar los hilos manchados.

La labor era lentísima. Su madre, aunque sus dedos no tuvieran aquel saber casi mágico que tenían los de Nora, habría sido más experta, más diestra y más rápida.

Llevó los nuevos hilos dorados a la ventana y estudió las sutiles diferencias de matiz para escoger exactamente los que necesitaba para la reparación.

* * *

Cuando la luz de la tarde empezó a disminuir, Nora suspendió el trabajo. Contempló la pequeña extensión de tela del bastidor, juzgando lo que había hecho, y decidió que estaba bien. Su madre lo habría aprobado. Jacobo lo aprobaría. Esperaba que el Cantor, cuando llegase la hora de vestir el manto, también estuviera satisfecho.

Pero le dolían los dedos. Se los frotó y dio un suspiro. Aquello no tenía nada que ver con sus bordados, con aquellas muestrecitas que había hecho durante toda su infancia. Desde luego no era como aquel bordado especial que nació por propio impulso entre sus manos junto al lecho de muerte de su madre, retorciendo y mezclando los hilos de maneras que ella no había aprendido para formar dibujos que jamás había visto. En aquellas cosas nunca se le habían cansado las manos.

Pensando en aquel trapito especial, fue a la caja tallada, lo desdobló y se lo echó al bolsillo. Allí lo sintió como algo familiar y bien recibido, como un amigo que le hiciera una visita.

Era casi la hora de la cena. Cubrió el manto extendido con una tela lisa para protegerlo, y después salió al corredor y llamó a la puerta de Tomás.

También el joven entallador estaba dando fin a la jornada. A la voz de «¡Adelante!», Nora entró y vio que estaba limpiando las hojas de sus herramientas y guardándolas. El largo báculo yacía sobre la mesa de trabajo, sujeto por una mordaza. Tomás sonrió al verla. Habían empezado a cenar juntos todas las noches.

—Escucha —dijo, señalando a las ventanas. Nora oyó ruido abajo, en la plaza central. Su cuarto, que daba al bosque, estaba siempre en silencio.

—¿Qué pasa?

—Asómate. Están preparándose para ir mañana de cacería.

Nora se acercó a la ventana y miró. Allá abajo se estaban reuniendo los hombres para el reparto de las armas. Las cacerías empezaban siempre muy temprano; los hombres salían del pueblo antes del amanecer. Aquello eran los preparativos. Nora vio que habían abierto las puertas de un almacén contiguo al Edificio del Consejo, y que de allí estaban sacando lanzas largas y amontonándolas en el centro de la plaza.

Los hombres levantaban las lanzas y las sopesaban, buscando cada uno la que le fuera mejor. Había discusiones. Vio a dos hombres tirando de la misma lanza, sin quererla soltar ninguno, dándose gritos.

En medio de aquella barahúnda, Nora vio que un pequeño personaje se metía entre los hombres y tomaba una lanza. Ninguno pareció darse cuenta; estaban cada uno a lo suyo, entre codazos y empujones. Uno ya se había hecho sangre con una punta, y estaba claro que otros acabarían hiriéndose en aquel reparto desorganizado. Nadie prestaba atención al niño. Nora, desde su puesto de observación, le vio apoderarse de una lanza despreciada y apartarse triunfal a un lado del gentío. Junto a sus pies descalzos brincaba un perro.

—¡Es Mat! —exclamó espantada—. ¡Tomás, si es sólo un crío! ¡Es muy pequeño para ir a cazar!

Tomás salió a la ventana, y siguiendo la dirección del dedo de Nora localizó por fin a Mat con su lanza. Se rió entre dientes.

—A veces los niños hacen eso —explicó—. A los hombres no les

importa. Les dejan seguirles en la cacería.

—¡Pero, Tomás, es muy peligroso para un niño!

—¿Y a ti qué más te da? —dijo Tomás, extrañado—. No son más que críos. Hay todos los que se quiera.

—¡Es mi amigo!

Entonces Tomás pareció comprender. Nora vio que le cambiaba la cara y miraba hacia el niño con gesto preocupado. Ahora Mat estaba rodeado de la pandilla de revoltosos que le solían acompañar. Blandía la lanza, y los otros le contemplaban con admiración.

Nora notó una sensación extraña, como un latido en la cadera. Se llevó la mano para frotarse, pensando que quizá se hubiera apoyado con demasiada fuerza en el marco de la ventana; pero la mano se le fue instintivamente al bolsillo, y recordó que se había guardado allí el trapito. Tocó la tela y sintió que le transmitía tensión, peligro, un aviso.

—Por favor, Tomás —dijo apremiante—, ¡ayúdame a detenerle!

Capítulo 10

No era fácil atravesar el gentío. Tomás, más alto que Nora, iba delante, abriendo paso entre los hombres que gritaban roncamente. Nora reconoció a algunos: allí estaba el carnicero, que discutía con otro soltando juramentos, y vio también al hermano de su madre, entre varios que comparaban el peso de sus armas respectivas echando bravatas.

Nora conocía poco el mundo de los hombres. Llevaban una vida muy apartada de la de las mujeres; nunca les había envidiado. Ahora, zarandeada por sus cuerpos gruesos que olían a sudor, oyéndoles gritar y mascullar airadamente, se sintió a la vez amenazada y molesta. Pero comprendió que era el comportamiento propio de la cacería, ocasión de alardear y fanfarronear, ocasión de medirse unos con otros. No era extraño que Mat, con su infantil arrogancia, quisiera tomar parte.

Un hombre de pelo claro con un brazo ensangrentado se volvió de una rebatiña y la agarró por la muñeca al pasar.

—¡Aquí hay un trofeo! —oyó que vociferaba. Pero sus compañeros estaban enfrascados en la disputa, y Nora le apartó con el bastón y se soltó de él.

—Tú no deberías estar aquí —le dijo Tomás por lo bajo cuando le alcanzó. Ya casi estaban en el lado de la plaza donde habían visto a Mat—. Aquí sólo vienen los hombres. Y en vísperas de cacería se ponen salvajes.

Eso lo sabía Nora. Por el olor, por las peleas violentas y el griterío se daba cuenta de que no era sitio para niñas ni mujeres, y marchaba con la cabeza baja y mirando al suelo, esperando que no se fijaran en ella y la volvieran a agarrar.

—¡Ahí está Palo! —exclamó apuntando al perrillo, que al reconocerla empezó a mover su escaso rabo torcido—. ¡Mat estará cerca!

Flanqueada por Tomás se abrió paso, y allí apareció Mat; seguía dando brincos con la lanza, cuya punta afilada acercaba peligrosamente a los otros críos.

—¡Mat! —le llamó con voz severa.

Él la saludó con la mano y sonrió de oreja a oreja.

—¡Ya soy Mati! —gritó.

Nora, exasperada, asió la lanza por donde el niño la sujetaba.

—Todavía te falta mucho para ser bisílabo, Mat —dijo—. Ten esto, Tomás —y soltando la lanza de la mano de Mat se la dio con cuidado al Entallador.

—¡Sí que lo soy! —dijo Mat, regocijado y ufano—. ¡Mira, mira! ¡Tengu pelus de hombre!

El niño levantó los brazos para que viera la broma. Nora miró: tenía en los sobacos una especie de pelambrera espesa.

—¿Qué es eso? —le preguntó, y arrugó la nariz—. ¡Huele fatal! —lo tocó, arrancó un trozo y se echó a reír—. ¡Mat, eso es espartina! Es una hierba asquerosa. ¿Cómo se te ha ocurrido embadurnarte de eso? —vio que también se la había pegado en el pecho.

Tomás dio la lanza a un hombre que la agarró con codicia, y bajó los ojos a Mat, que se retorcía con las manos de Nora puestas en sus hombros.

—¡Pareces un niño fiera! ¿Qué te parece, Nora? ¡Yo creo que es hora de que conozca el cuarto de baño! ¿Le quitamos la segunda sílaba de un restregón?

Al oír la palabra «baño» Mat se retorció aún más, pugnando por escapar; pero entre Tomás y Nora le sujetaron, y por fin dejó que Tomás le subiera a sus hombros y le llevara así, descollando por encima del gentío.

Una vez disipada la peligrosa fascinación de la lanza, el grupo de jóvenes admiradores de Mat se evaporó. Nora le oyó vocear desde su atalaya a los hombres que se seguían peleando: «¡Miren al niñu fiera!», pero ninguno miraba ni hacía caso. Nora descubrió a Palo bajo sus pies y le alzó del suelo para protegerle de pisotones. Cargando con él debajo del brazo libre y apoyándose con el otro en el bastón siguió a Tomás, y bordeando la multitud regresaron a la paz del Edificio.

Nora se reía oyendo los gemidos y lamentos que salían del

cuarto de baño mientras Tomás restregaba sin piedad a Mat y Palo en la bañera. «¡Mi pelu no!», protestó Mat a voz en cuello cuando Tomás echó agua sobre su enredada mata de pelo. «¡Que me ahogas!».

Por fin, con un sometido y sonrosado Mat, lavada y enjugada su aureola de pelo y envuelto su cuerpo limpio en una manta, se repartieron la cena. Palo, después de sacudirse vigorosamente como si saliera de jugar en el arroyo, se tumbó en el suelo y mordisqueó las migajas que le daban.

Mat se olió una mano con desconfianza e hizo una mueca.

—Ese jabón es hurrible —dijo—. Pero la comida me gusta —y se volvió a llenar el plato.

Después de cenar Nora le cepilló el pelo a pesar de sus ruidosas quejas. Luego le puso un espejo delante. También los espejos habían sido cosa nueva para ella cuando fue allí a vivir, y daban una imagen diferente del reflejo en el arroyo, que era hasta entonces lo único que había conocido de sí misma. Mat examinó su propia estampa con interés, arrugando la nariz y alzando las cejas. Enseñó los dientes, gruñó al espejo, y Palo, que dormía bajo la mesa, se despertó sobresaltado.

—Soy muy feroz —declaró Mat satisfecho—. Queríaisme ahogar, pero no habéis podidu porque soy muy feroz.

Por último le volvieron a vestir con su ropa andrajosa. Él se contempló, y de pronto echó mano a la correa que Nora llevaba al cuello.

—¡Dame! —dijo.

Ella se echó atrás, molesta.

—No, Mat —le dijo, desasiendo su mano de la correa—. Suelta. Cuando quieras algo, lo debes pedir.

—«Dame» es pedir —replicó él desconcertado.

—No, no lo es. Tienes que aprender modales. De cualquier modo —añadió Nora—, no es para ti. Te dije que era especial.

—Un regalu —dijo Mat.

—Sí. Un regalo de mi padre a mi madre.

—Para que le quisiera.

Nora se echó a reír.

—Quizá. Pero ya le quería.

—Yo quieru un regalu. Nunca lo tuve.

Riendo, Tomás y Nora le dieron la lisa pastilla de jabón, y él se la guardó solemnemente en el bolsillo. Entonces le soltaron. Ya los hombres y las lanzas habían desaparecido. Desde la ventana vieron cómo el pequeño personaje, seguido por su perro, cruzaba la plaza desierta y se perdía en la noche.

* * *

A solas con Tomás, Nora intentó explicarle el aviso que le había dado el trapito.

—Me produce una sensación en la mano —explicó, vacilante—. Mira.

Lo sacó del bolsillo y lo acercó a la luz, pero ahora estaba tranquilo. Notaba en él una especie de calma y silencio, nada parecido a la tensión que antes lo agitaba. Pero la decepcionó ver que no parecía más que un pedazo de tela; quería que Tomás lo comprendiese.

Dio un suspiro y dijo:

—Lo siento. Sé que parece una cosa sin vida. Pero a veces…

Tomás asintió.

—Quizá esa sensación sea para ti sola —dijo—. Mira, te voy a enseñar mi madera.

Y de una repisa que había sobre la mesa de las herramientas bajó un taco de madera clara de pino, tan pequeño que le cabía en la palma de la mano. Nora vio que estaba enteramente decorado con relieves que se entrecruzaban en curvas complicadas.

—¿Tú tallaste eso cuando eras sólo un crío? —le preguntó sorprendida, porque nunca había visto nada tan extraordinario. Las cajas y los adornos que había en la mesa de trabajo eran hermosas a su manera, pero mucho más sencillas que aquella maderita.

Tomás meneó la cabeza.

—Yo empecé a tallarlo —explicó—. Estaba aprendiendo a usar las herramientas. Me puse a probarlas en un taquito de madera inservible. Y la madera…

Titubeó, y se quedó mirando a la madera como si aún siguiera sin entenderlo.

—¿Se talló sola? —preguntó Nora.

—Exactamente. Al menos dio esa impresión.

—Lo mismo me pasó a mí con la tela.

—Por eso entiendo que la tela te hable. Igual me habla a mí la

madera. Lo noto en la mano. A veces me…

—¿Te avisa? —preguntó Nora, recordando lo tenso y tembloroso que parecía estar el trapito cuando vio a Mat con la lanza.

Tomás asintió.

—Y me tranquiliza —añadió—. Cuando vine aquí siendo tan pequeño, a veces me sentía muy solo y asustado. Pero tocar la madera me tranquilizaba.

—Sí, a mí a veces este trapito también me serena. Al principio estaba asustada, igual que tú, con tantas novedades. Pero tocar el trapito me daba ánimo.

Reflexionó un momento, tratando de imaginarse cómo tuvo que ser aquella vida en el Edificio para Tomás, llevado allí de pequeño.

—Yo creo que para mí es más fácil porque no estoy sola como estabas tú —le dijo—. Jacobo viene todos los días a ver mi trabajo. Y te tengo a ti al otro lado del corredor.

Los dos amigos permanecieron unos instantes en silencio. Luego Nora volvió a meterse la muestra en el bolsillo y se puso en pie.

—Debo ir a mi cuarto —dijo—. Hay mucho que hacer —y añadió—: gracias por ayudarme con Mat. Es todo un rebelde, ¿eh?

Tomás, devolviendo a su sitio la talla, asintió con una gran sonrisa.

—¡Hurrible de rebelde! —dijo, y los dos rieron con cariño hacia su pequeño amigo.

Capítulo 11

Nora corrió temblando al claro donde se alzaba la casita de Anabela.

Aquella mañana iba sola. Mat todavía la acompañaba algunos días, pero se aburría con la vieja tintorera y sus interminables instrucciones. Lo más frecuente era que él y su perro se fueran por ahí con los amigos a soñar aventuras. Mat seguía estando molesto por lo del baño; sus compinches se habían reído de él cuando le vieron limpio.

Así que aquella mañana Nora hizo sola el camino del bosque, y por primera vez sintió miedo.

—¿Qué ocurre?

Anabela estaba junto a la hoguera. Debía de haberse levantado antes del amanecer, porque ya el fuego crepitaba y silbaba con fuerza bajo el enorme caldero de hierro, pero apenas despuntaba el sol cuando Nora emprendió la marcha.

—Traes cara de miedo —observó la tintorera.

—Me ha seguido una fiera por el camino —explicó Nora, intentando respirar normalmente. Ya se le iba pasando el pánico, pero aún estaba tensa—. La he oído por los arbustos. La he oído moverse y a veces gruñir.

Para su sorpresa, Anabela se rió por lo bajo. La anciana siempre era amable y paciente con ella; ¿por qué se reía de sus miedos?

—Yo no puedo correr —explicó Nora— por la pierna.

—No hay necesidad de correr —dijo Anabela, y removió el agua del caldero, en cuya superficie empezaban a brotar pequeñas burbujas—. Vamos a cocer equináceas para hacer un verde parduzco —dijo—. Sólo las cabezuelas. Las hojas y los tallos dan amarillo oro —e indicó con la cabeza un saco lleno de flores que descansaba en el suelo a poca distancia.

Nora alzó el saco, y, a una señal de Anabela, que probaba el

agua con un palo, volcó la masa de flores en el caldero. Las dos contemplaron cómo empezaba a hervir la mezcla, y después la anciana dejó el palo de remover en el suelo.

—Vamos adentro —dijo—. Te daré una tisana que te tranquilice —y de otra hoguera más pequeña descolgó una tetera que pendía de su gancho y la llevó a la casita.

Nora la siguió. Sabía que las cabezuelas tendrían que cocer hasta el mediodía, y después permanecer en infusión en el agua muchas horas más. Extraer los colores era siempre un proceso lento. La tintura de las equináceas no estaría lista hasta la mañana siguiente.

A causa del fuego, el aire que rodeaba los calderos era pesado, casi asfixiante. Pero en la casita, al amparo de sus gruesos muros, se estaba fresco. De las vigas del techo colgaban plantas secas, parduzcas y frágiles. Sobre una maciza mesa arrimada a la ventana yacían montones de hilos teñidos para clasificar. Era parte del aprendizaje de Nora, nombrar los hilos y clasificarlos. Fue a la mesa, dejó el bastón apoyado en la pared y se sentó en su sitio. A sus espaldas, Anabela vertió agua de la tetera en un par de robustos jarritos donde había puesto unas hojas secas.

—Este pardo oscuro es de los brotes de la vara de oro, ¿no? —Nora sostuvo los hilos a la luz de la ventana—. Parece más claro que cuando estaba húmedo, pero sigue siendo un pardo muy bonito —pocos días atrás había ayudado a la tintorera a preparar los brotes para la tintura.

Anabela llevó los jarritos a la mesa, y mirando a las hebras que Nora tenía en la mano hizo un gesto de asentimiento.

—La vara de oro florecerá enseguida. Emplearemos los capullos frescos, no secos, para el amarillo más brillante. Los capullos se cuecen poco tiempo, no tanto como los brotes.

Más conocimientos que había que fijar y retener en la memoria. Le pediría a Tomás que lo pusiera por escrito con lo restante. Bebió un sorbo de la tisana, caliente y concentrada, y volvió a pensar en el ruido amenazador de aquello que la acechó en el bosque.

—He pasado mucho miedo al venir —confesó—. De veras, Anabela, es que no corro nada. Esta pierna es una inutilidad —bajó los ojos y miró su pierna con vergüenza.

La anciana se encogió de hombros.

—Te ha traído hasta aquí —dijo.

—Sí, y eso lo agradezco. ¡Pero me muevo tan despacio! —Nora acarició la áspera superficie del jarrito de barro, pensando: «cuando Mat y Palo vienen conmigo no me persigue nada. Quizá Mat me dejaría traerme a Palo todos los días. Bastaría un perrillo para tener a raya a las fieras».

Anabela se echó a reír.

—No hay fieras —dijo.

Nora la miró de hito en hito. Claro que no había fieras que se acercaran a aquel claro con hogueras encendidas. Y daba la impresión de que la anciana no salía nunca del claro, no hacía nunca el camino hasta el pueblo. «Todo lo que necesito está aquí», había dicho a Nora, hablando con desprecio del pueblo y su ruidosa vida. Pero de todos modos había vivido hasta las cuatro sílabas y había adquirido cuatro generaciones de sabiduría. ¿Por qué hablaba de pronto como un crío ignorante, fingiendo que no había peligro? ¡Como Mat cuando se aporreaba el pecho soltando bravatas y se pegaba espartina diciendo que eran pelos de hombre!

No por hablar así se estaba más seguro.

—La oí gruñir —dijo en voz baja.

—Nombra los hilos —ordenó Anabela.

Nora dio un suspiro.

—Milenrama —dijo, y puso un amarillo pálido al lado del pardo oscuro. La tintorera asintió.

Nora examinó a la luz otro amarillo más brillante.

—Tanaceto —decidió finalmente, y la tintorera volvió a asentir.

—Gruñía —dijo Nora otra vez.

—No hay fieras —repitió la tintorera con firmeza.

Nora siguió clasificando y nombrando los hilos.

—Granza —dijo acariciando aquel rojo intenso, que era uno de sus favoritos. Tomó un lavanda pálido y frunció el ceño—. Éste no lo conozco. Es bonito.

—Baya de saúco —dijo la anciana—. Pero no es sólido. No dura.

Nora envolvió los hilos color lavanda en la mano.

—Anabela —dijo por fin—, gruñía. De verdad.

—Entonces sería un ser humano haciendo de fiera —le dijo Anabela con voz firme y rotunda—. Alguno que ha querido asustarte para que no vengas al bosque. No hay fieras.

Entre las dos, despacio, clasificaron y nombraron los hilos.

Más tarde, al regresar a casa por el bosque silencioso, sin sonidos atemorizadores en la espesa maleza que flanqueaba el camino, Nora se preguntó qué ser humano la habría seguido y por qué.

* * *

—Tomás —le dijo mientras cenaban juntos—, ¿tú has visto alguna fiera?

—Viva no.

—¿Muerta sí?

—Todos las hemos visto. Cuando las traen los cazadores. La otra noche, ¿no te acuerdas? Las trajeron después de la cacería. Había un montón enorme en el patio del carnicero.

Nora arrugó la nariz al recordarlo.

—¡Soltaba un tufo! —dijo—. Pero, Tomás…

Él esperó a su pregunta. Esa noche, para cenar, les habían servido carne en una salsa espesa. Al lado, en el plato, venían unas patatitas asadas.

Nora apuntó a la carne de su plato.

—Esto es lo que trajeron los cazadores. Es liebre, me parece.

Tomás asintió con la cabeza.

—Todo lo que trajeron los cazadores era como esto. Conejos. Algunas aves. No había nada, en fin, que fuera muy grande.

—Había ciervos. Yo vi dos en la carnicería.

—Pero los ciervos son pacíficos, asustadizos. Los cazadores no traen nada que tenga garras ni colmillos. No cazan lo que se dice fieras.

Tomás se estremeció.

—Afortunadamente. Una fiera podría matar.

Nora pensó en su padre. Se lo habían llevado las fieras.

—Anabela dice que no existen —confesó.

—¿Que no existen? —Tomás puso cara de extrañeza.

—Eso es lo que dijo. «No hay fieras».

Siguieron comiendo en silencio, hasta que Nora volvió a preguntar:

—¿Así que tú no has visto nunca una fiera de verdad?

—No —reconoció Tomás.

—Pero conocerás a alguien que la haya visto.

Él se quedó pensando un momento, y después negó con la

cabeza.

—¿Tú sí? —preguntó.

Nora miró a la mesa. Siempre le había costado trabajo hablar de ello, incluso con su madre.

—A mi padre se lo llevaron las fieras —dijo.

—¿Tú lo viste? —preguntó él, con la voz alterada.

—No. Yo aún no había nacido.

—¿Tu madre lo vio?

Ella intentó recordar lo que contaba su madre.

—No. No lo vio. Mi padre fue a la cacería. Todos dicen que era un cazador excelente. Pero no volvió. Vinieron a decírselo a mi madre, que le habían atacado las fieras y se lo habían llevado estando en la cacería —le miró perpleja—. Pero Anabela dice que no las hay.

—¿Y ella qué sabe? —dijo Tomás escépticamente.

—Es tetrasílaba, Tomás. Los que llegan a cuatro sílabas lo saben todo.

Tomás hizo un gesto de asentimiento y bostezó. Había trabajado mucho durante todo el día. Sus herramientas yacían aún sobre la mesa, escoplos pequeños con los que retallaba meticulosamente y devolvía su forma a los lugares desgastados y lisos del lujoso báculo que utilizaba el Cantor. Era una labor muy minuciosa, que no admitía el menor descuido. Tomás le había dicho que muchas veces le dolía la cabeza, y que tenía que parar cada poco rato para no cansar la vista.

—Me voy para que descanses —le dijo Nora—. Yo tengo que recoger el trabajo antes de irme a la cama.

Regresó a su habitación y dobló el manto, que aún yacía sobre la mesa. Había estado toda la tarde remendando desde que volvió del bosque. Se lo había enseñado a Jacobo, como hacía cada día, y él había manifestado su aprobación. Ahora también Nora estaba cansada. Las largas caminatas de cada día hasta la casita de la tintorera eran agotadoras, pero al mismo tiempo el aire puro le hacía sentirse limpia y tonificada. Tomás debería tomar más el aire, pensó, y luego se rió para sus adentros, diciéndose a sí misma que parecía una madre regañona.

Después de darse un baño —¡cómo disfrutaba ahora del agua caliente!—, se puso el sencillo camisón que le traían lavado cada

día. Luego fue en busca de la caja tallada, y sacando el trapito se lo llevó consigo a la cama. Aún no se le había pasado del todo el susto del camino, y pensó en ello mientras le venía el sueño.

«¿Será verdad que no hay fieras?». Sus pensamientos enmarcaron la pregunta, y su mente respondió con un susurro, mientras en la palma de la mano yacía el trapito hecho un ovillo caliente.

«No las hay».

«¿Y entonces mi padre, que se lo llevaron las fieras?». Nora se adormeció, y de sus pensamientos cayeron resbalando las palabras. Su respiración se hizo suave y acompasada sobre la almohada, y la pregunta pasó a ser un sueño.

El trapito dio algo así como una respuesta, pero no fue más que un aleteo, como una brisa que pasó por ella y que no recordaba cuando se despertó con el alba. Le contó algo de su padre, algo importante, algo serio; pero ese conocimiento entró en su mente dormida con el temblor de un sueño, y a la mañana no supo que lo había tenido.

Capítulo 12

Cuando la campana tocó a levantarse, se despertó con la sensación de que había habido un cambio: notaba una diferencia, pero no sabía decir qué. Sentada en el borde de la cama, caviló durante unos momentos. Pero no fue capaz de descubrir qué era, y al final dejó de intentarlo. Sabía que a veces era más fácil recuperar los recuerdos perdidos y los sueños olvidados no pensando en ellos.

Afuera el tiempo estaba tormentoso. El viento sacudía los árboles y lanzaba cortinas de fuerte lluvia contra el edificio. El suelo de tierra dura se había convertido en barro durante la noche, y estaba claro que no era día de ir a la barraca de la tintorera. Mejor, pensó; había mucho que hacer en el manto, y el otoño temprano, la fecha de la Reunión, se aproximaba. Últimamente había días en que Jacobo la visitaba un par de veces para comprobar sus progresos. Parecía contento con su trabajo.

—Aquí —le había dicho dos días antes, pasando la mano por la extensión sin decorar— será donde empieces a hacer tu propia labor. Cuando pase la Reunión de este año, cuando hayas terminado la restauración, tendrás toda esta parte para trabajar durante años.

Nora tocó el lugar donde Jacobo había puesto la mano. Trató de ver si sus dedos sentían allí la magia. Pero no, sólo había vacío. Una sensación de necesidad insatisfecha.

Él, como si notara su incertidumbre, quiso tranquilizarla.

—No te preocupes —dijo—. Te explicaremos lo que queremos que representes ahí.

Nora no contestó. Aquellas palabras la inquietaron. No serían instrucciones lo que necesitase, sino que la magia acudiera a sus manos.

Recordando esa conversación, de pronto cayó en la cuenta: ¡Jacobo! ¡A él le puedo preguntar sobre las fieras! Jacobo había dicho que él iba en la cacería aquel día, que había visto la muerte

de su padre.

Y quizá le preguntase también a Mat. Con lo pequeño y salvaje que era, no cabía la menor duda de que Mat se había saltado las normas muchas veces y había ido a sitios donde no debían ir los niños. Nora rió para sí pensando en Mat y sus travesuras. Todo lo fisgaba, todo lo sabía. Si ella y Tomás no lo hubieran impedido, se habría ido a la cacería detrás de los hombres y se habría puesto en peligro. Acaso lo hubiera hecho ya alguna otra vez.

Acaso hubiera visto fieras.

Cuando vino la auxiliar con el desayuno, Nora pidió que le encendieran las luces, porque la tormenta ensombrecía la habitación incluso al lado de la ventana, donde ella se sentaba a trabajar. Por fin se instaló con el manto extendido y colocó en el bastidor la siguiente sección en espera de arreglo. Como había hecho a menudo, recorrió con la vista y con los dedos la compleja historia del mundo retratada en el manto: el punto de partida, ya remendado hacía tiempo, con el agua verde, las fieras oscuras en la orilla y los hombres ensangrentados por la cacería. Más lejos aparecían pueblos, con viviendas de todas clases: el humo de los fuegos estaba hecho con puntadas curvas de grises violáceos y mates. Era una suerte que no hubiera que repararlo, porque Nora no tenía hilos a juego. Pensaba que debían de estar teñidos con albahaca, y Anabela le había dicho lo difícil que era la albahaca y cómo manchaba las manos.

Después, ráfagas de fuego complejas y arremolinadas: naranjas, rojos, amarillos. Esos fuegos salpicaban el manto por unos sitios y otros; era un motivo repetido de ruina, y Nora, dentro de los intrincados dibujos que formaban los brillantes y destructivos hilos de fuego, veía retratadas figuras humanas: gentes aniquiladas cuyos pueblecitos se derrumbaban, y más tarde ciudades todavía mayores y mucho más espléndidas, quemadas y arrasadas por la destrucción ardiente. En algunos sectores del manto se intuía el final de mundos enteros. Pero siempre, a poca distancia, surgía nueva vida. Nuevas gentes.

Ruina. Reconstrucción. Ruina otra vez. Renacer. Conforme Nora iba siguiendo las escenas con la mano, mayores eran las ciudades que aparecían y mayor la destrucción. Era un ciclo tan regular que su desarrollo adoptaba una forma clara, un movimiento de sube y

baja como una ola. Desde la esquina diminuta donde empezaba, donde se producía la primera ruina, iba agrandándose progresivamente. Los incendios crecían a medida que crecían los pueblos. Todos seguían siendo muy pequeños, creados con los más minúsculos puntos y combinaciones de puntos, pero se veía una pauta de aumento, y que cada vez la ruina era peor y la reconstrucción más difícil.

Pero las secciones tranquilas eran exquisitas. Flores en miniatura, de infinitos colores, florecían en prados veteados de hilos de sol dorado. Las figuras humanas se abrazaban. El dibujo de los tiempos pacíficos transmitía una inmensa calma en comparación con el caos torturado de los otros.

Siguiendo con el dedo el perfil de las nubes blancas con visos rosados sobre cielos pálidos grises o verdes, Nora volvió a añorar el azul. El color de la calma. «¿Qué era lo que había dicho Anabela, que allá tenían azul? ¿Qué quería decir eso? ¿Quiénes lo tenían, y dónde era allá?».

Más preguntas sin respuesta.

Los cortinones de lluvia que azotaban la ventana la distrajeron. Suspirando, Nora contempló cómo el viento agitaba y doblaba los árboles. Los truenos sonaban en la lejanía.

Se preguntó dónde estaría Mat y qué haría con aquel tiempo. Sabía que la gente normal, los que vivían por donde su madre y ella tuvieron la barraca, estarían hoy sin salir de casa, los hombres malhumorados y tensos, las mujeres quejosas porque el mal tiempo les impedía atender a sus quehaceres. Los niños, encerrados, estarían peleándose y berreando por las bofetadas que les propinaban sus madres.

Su vida, con una madre viuda que hablaba con dulzura, había sido distinta. Pero también la había apartado de los demás, y había provocado la hostilidad de gente como Vandara.

—¡Nora! —oyó que Tomás llamaba a la puerta.

—Pasa.

Él entró y se puso a mirar la lluvia por la ventana.

—Estaba pensando qué hará Mat con este tiempo —dijo Nora.

Tomás se echó a reír.

—Eso te lo digo yo. Se está terminando mi desayuno. Llegó esta mañana pronto, calado y diciendo que su madre le había echado de

casa por alborotar y dar guerra. Yo creo que más bien era que quería desayunar.

—¿Y Palo también?

—Palo también, naturalmente.

Como si les hubiera oído, en el corredor sonaron las pisaditas del perro, y Palo apareció en la puerta, ladeando la cabeza con las orejas tiesas y meneando furiosamente el rabo torcido. Nora se arrodilló y le rascó la nuca.

—Nora —Tomás seguía viendo llover por la ventana.

—¿Qué? —Nora levantó los ojos del perro.

—Esta noche lo he vuelto a oír. Ahora estoy seguro. Era el llanto de un niño. Parecía venir del piso de abajo.

Ella le miró y vio que estaba preocupado.

—Nora —dijo él titubeando—, ¿te atreverías a ir conmigo a explorar un poco? A lo mejor no era más que el sonido del viento.

Era verdad que afuera el viento soplaba sin tregua. Las ramas de los árboles azotaban el edificio y las hojas arrancadas volaban por el aire. Pero el ruido que hacía la tormenta no se parecía en nada al llanto de un niño.

—¿Quizá un animal? —sugirió Nora—. Yo he oído a los gatos maullar como si fueran niños con dolor de tripas.

—¿Gatos? —repitió Tomás dudoso—. Pudiera ser.

—¿O un cabrito? Hacen así como si llorasen.

Tomás meneó la cabeza.

—No era un cabrito.

—Bueno, nadie nos ha dicho que no podamos explorar —comentó Nora—. A mí, por lo menos, no me lo han dicho.

—A mí tampoco.

—Pues vale, voy contigo. Además, esta mañana no hay buena luz para trabajar —se levantó; Palo no cabía en sí de excitación—. ¿Qué hacemos con Mat? Tendríamos que llevarle.

—¿Dónde habéis de llevarme? —Mat apareció en la puerta, descalzo, con el pelo mojado, migas en la barbilla, bigotes de mermelada y una camisa tejida de Tomás que le quedaba grande—. ¿Vamus de aventuras?

—¡Mat! —Nora recordó su intención de preguntarle—. ¿Tú has visto alguna vez una fiera? ¿Una fiera de verdad?

La cara de Mat se iluminó.

—¡Millones y millones! —y poniendo cara de fiera enseñó los dientes, rugió, y su perro se apartó de él asustado.

Nora puso los ojos en blanco y miró a Tomás.

—Ven acá, Palitu —Mat, abandonando su papel de fiera, se acuclilló junto al perro, que se acercó a olfatearle—. Puedes lamer —y con una gran sonrisa dejó que el perro le lamiera de la cara los restos del desayuno.

—Sí, vamos de aventuras —le dijo Nora, tendiendo sobre el manto la tela protectora—. Se nos ha ocurrido ir a explorar un poco. No hemos estado nunca en el piso de abajo.

A Mat la idea de la exploración le hizo abrir los ojos con embeleso.

—Yo oí un ruido anoche —explicó Tomás—. Probablemente no era nada, pero hemos pensado ir a echar un vistazo.

—Un ruidu no puede no ser nada —señaló Mat; y con toda razón, pensó Nora.

—Quiero decir que probablemente no era nada importante —corrigió Tomás.

—¡Pero a lo mejor es interesante! —dijo Mat entusiasmado.

Y los tres, con el perro detrás, echaron a andar por el corredor hacia la escalera.

Capítulo 13

Normalmente Palito iba brincando de acá para allá, adelantándose y volviendo después sobre sus pasos, pero aquella mañana, más cauteloso, marchaba a la cola. Afuera aún tronaba, y el vestíbulo estaba poco iluminado. Tomás marchaba el primero. Las uñas del perro repicaban en las baldosas. A su lado Mat se movía en silencio con sus pies descalzos. El único otro ruido lo hacía Nora, con un golpe seco del bastón a cada paso y el arrastre de su pierna torcida.

Como el piso de arriba, donde vivían, también éste era sencillamente un corredor vacío con puertas de madera cerradas.

Tomás dobló un recodo, y enseguida dio un paso atrás como si algo le hubiera sobresaltado. Los demás, incluido el perro, se quedaron petrificados.

—Shhh —Tomás pidió silencio llevándose un dedo a los labios.

Allá delante, al otro lado del recodo, sonaron pasos; después una llamada a una puerta, la puerta que se abría y una voz. A Nora le resultaron conocidas la voz y su inflexión, aunque las palabras no se entendieron.

—Es Jacobo —indicó con los labios a Tomás, y él asintió y se estiró para mirar.

En ese momento se le ocurrió a Nora que Jacobo había sido su defensor, que era el responsable de que ella estuviera allí, en aquella nueva vida. Así que realmente no había razón para esconderse de él en las sombras de un pasillo. Pero sentía un miedo extraño.

Se adelantó de puntillas y se inclinó junto a Tomás. Se veía que estaba abierta una de las puertas. De dentro salía un murmullo indistinto de voces. Una voz era la de Jacobo. La otra era la voz de una niña.

La niña lloró un poco.

Jacobo habló.

Entonces la niña, sorprendentemente, se puso a cantar.

Su voz clara y aguda se elevó sin palabras: era sólo la voz, cristalina, casi como un instrumento musical. Se alzó hasta una nota aguda y la sostuvo largamente.

Nora sintió un tirón en la ropa, y al bajar la mirada vio a su lado a Mat, que le tiraba de la falda con los ojos muy abiertos. Por señas le mandó guardar silencio.

Entonces el canto cesó bruscamente y la niña volvió a llorar.

Se oyó la voz de Jacobo, que ahora era áspera. Nora no le había oído nunca hablar así.

La puerta se cerró de golpe y las voces se amortiguaron.

Mat seguía dando tirones, y Nora se inclinó para que le dijera al oído lo que le quería decir.

—Es amiga mía —dijo él muy excitado—. Bueno, no es amiga del todo porque a mí y a mis compas no nos gustan las niñas. Pero la conozcu. Vivía en la Nava.

También Tomás le escuchaba.

—¿La que ha cantado? —preguntó.

Mat asintió con vehemencia.

—Se llama Lol. En la Nava andaba siempre cantandu. Nunca oíla llorar así.

—¡Shhh! —Nora intentó moderar a Mat, pero no había manera de que hablara en voz baja—. Volvamos —sugirió—. Podemos hablar en mi habitación.

Esta vez fue Palo el que se puso a la cabeza, feliz de dar marcha atrás e ilusionado con la esperanza de encontrar más restos del desayuno. Sigilosamente subieron la escalera.

Ya a salvo en el cuarto de Nora, Mat se sentó en la cama con los pies descalzos colgando y les contó lo de la niña que cantaba.

—Es más pequeña que yo —dijo, y saltando al suelo se puso una mano a la altura de los hombros—. Es así como esto. Y todus los de la Nava se alegraban en oyéndola cantar.

Se encaramó de nuevo a la cama, y Palo se subió junto a él y se hizo una rosca sobre la almohada de Nora.

—Pero ¿por qué está aquí? —preguntó Nora extrañada.

Mat se encogió de hombros ostentosamente.

—Es huérfana. Murierun sus padres —explicó.

—¿Los dos? ¿A la vez? —Nora y Tomás se miraron. Los dos conocían esa pérdida. Pero, ¿había vuelto a ocurrir? ¿A otro niño?

Mat asintió, dándose importancia. Le gustaba ser el mensajero, la fuente de información.

—Enfermó su madre primeru, y lleváronsela los acarreadores al Campu. Y fue su padre a velar el espíritu.

Nora y Tomás asintieron.

—Y fue que —continuó Mat, poniendo una cara de tristeza dramática— su padre se pusu tan triste, estandu allí sentadu en el Campu, que agarró un palu grande en punta y clavóselo en el corazón. Eso dijeron todus, por lo menos —añadió, viendo los gestos de asombro que había producido su relato.

—¡Pero si tenía una hija! ¡Tenía una niña! —dijo Nora, juzgando increíble que un padre hiciera tal cosa.

Mat volvió a encogerse de hombros y reflexionó.

—Será que no la quería nada —sugirió, pero tras un instante añadió frunciendo el ceño—: pero ¿cómo no la iba a querer nada, cantandu así de bien?

—¿Y cómo ha llegado hasta aquí? —preguntó Tomás—. ¿Qué hace aquí?

—Dijéronme que se la dieron a alguien que quería tener más niñus —dijo Mat.

Nora asintió.

—A los huérfanos siempre los dan a otros padres.

—A menos que… —dijo Tomás despacio.

—¿Qué? —preguntaron a la vez Nora y Mat.

Él se quedó pensando.

—A menos que canten —dijo por fin.

* * *

Más tarde Jacobo fue a la habitación de Nora como todos los días. Afuera seguía lloviendo. Mat, impertérrito, se había ido con su perro en busca de sus compinches, dondequiera que pudieran estar con semejante tiempo. Tomás había regresado a su cuarto para trabajar, y también Nora, con más lámparas que encendió la auxiliar, se aplicó a su tarea y cosió con esmero durante toda la tarde. Se alegró de la interrupción cuando Jacobo llamó a su puerta. La auxiliar les sirvió un té, y los dos se sentaron amigablemente mientras la lluvia salpicaba las ventanas.

Como de costumbre, Jacobo contempló la labor detenidamente. Su cara era la misma, surcada de arrugas y agradable, que Nora conocía ya desde hacía muchas semanas. Su voz era amable y cordial mientras examinaban juntos los pliegues del manto extendido.

Pero Nora, recordando la dureza con que la misma voz mascullaba en la habitación de abajo, no le preguntó por la niña cantora.

—Tu trabajo es muy fino —dijo Jacobo; se había inclinado para escudriñar la parte recién terminada, donde Nora había igualado meticulosamente las diferencias sutiles de varios tonos de amarillo y llenado una porción del fondo con puntitos de nudo que formaban una textura—. Mejor que el de tu madre, aunque el suyo era excelente —añadió—. ¿Fue ella quien te enseñó los puntos?

—Sí, casi todos —Nora, por no parecer presuntuosa, no le dijo que otros sencillamente se le habían ocurrido a ella sin que nadie le enseñara—. Y Anabela los tintes —añadió—. Todavía sigo empleando muchos de sus hilos, pero ahora estoy empezando a hacer los míos cuando voy a su casa.

—Esa anciana lo sabe todo —dijo Jacobo, y miró con preocupación a la pierna de Nora—. ¿La caminata no es excesiva para ti? Un día tendrás aquí el fuego y los cacharros. Estoy pensando preparar un sitio ahí abajo —señaló a la ventana, indicando el terreno entre el edificio y el comienzo del bosque.

—No. Soy fuerte. Pero… —titubeó ella.

—¿Qué?

—Algunas veces he pasado miedo por el camino —le dijo—. ¡El bosque de alrededor es tan cerrado!

—No hay nada que temer.

—Yo sí temo a las fieras —confesó Nora.

—Como es lógico. Tú no te alejes nunca del camino. Las fieras no se acercan al camino.

Su voz era tan tranquilizadora como en el día del juicio.

—Una vez oí rugidos —le confió ella, estremeciéndose un poco al recordarlo.

—No hay nada que temer mientras no te alejes.

—Anabela me dijo lo mismo. Me dijo que no hay nada que temer.

—Habla con la sabiduría de las cuatro sílabas.

—Pero, Jacobo… —por alguna razón no se atrevía a decírselo. Tal vez por no poner en duda el saber de la anciana. Pero al fin, animada por el interés y la solicitud de Jacobo, le repitió aquello sorprendente que la vieja tintorera había declarado con tanta seguridad—. Ella dijo que no hay fieras.

Él la miró con una expresión extraña, que parecía una mezcla de asombro y cólera.

—¿Que no hay fieras? ¿Ha dicho eso?

—«No hay fieras» —repitió Nora—. Lo dijo con esas palabras, varias veces.

Jacobo dejó sobre la mesa la parte del manto que estaba examinando.

—Es muy vieja —dijo rotundamente—. Es peligroso para ella hablar así. Su mente empieza a fallar.

Nora le miró con incredulidad. Hacía semanas que trabajaba con la tintorera. Las listas de plantas, las muchas características de cada una, los detalles de los procedimientos de tintura, tanto saber complicado, todo era claro y completo. Ella no había advertido la menor señal, el menor indicio de fallo en aquella mente.

¿Sería posible que la anciana supiera algo que no sabía nadie más, ni siquiera alguien tan importante como Jacobo?

—¿Usted ha visto fieras? —le preguntó vacilante.

—Muchísimas veces. Los bosques están llenos —dijo Jacobo—. Tú no te alejes nunca de los límites del pueblo. Y no se te ocurra salir del camino.

Nora le miró. Su expresión era difícil de interpretar, pero su voz sonaba firme y segura.

—No olvides, Nora —prosiguió—, que yo vi cómo a tu padre se lo llevaban las fieras. Fue algo espantoso. Terrible.

Suspiró y le dio unas palmaditas de condolencia en la mano. Luego se volvió para marcharse.

—Estás haciendo un gran trabajo —dijo otra vez con admiración.

—Gracias —murmuró Nora. Se metió en el bolsillo la mano, donde aún notaba el tacto de la de él. Allí estaba doblado su trapito especial. No notó que irradiase calor. Cuando la puerta se cerró detrás de Jacobo, acarició la tela buscando su consuelo; pero

parecía huir de sus dedos, como si intentase avisarla de algo.

La lluvia seguía cayendo. A través de ella, por un instante le pareció oír que la niña sollozaba en el piso de abajo.

Capítulo 14

A la mañana siguiente brillaba el sol, pero Nora había dormido mal y se despertó atontada. Desayunó enseguida y se ató cuidadosamente las sandalias para la caminata hasta la casa de Anabela. Quizá el aire limpio y fresco después de la lluvia la espabilara un poco y le hiciera sentirse mejor. Le dolía la cabeza.

Tomás tenía la puerta cerrada. Probablemente dormía aún. Tampoco llegaba ningún sonido del piso de abajo. Nora salió al exterior y sintió con placer la brisa que la tormenta había dejado tras de sí. Olía a pino, porque venía de los árboles que aún relucían mojados. La brisa le apartaba el pelo de la cara, y el malestar de una noche de insomnio se empezó a disipar.

Apoyándose en el bastón llegó hasta el lugar donde solía apartarse del pueblo para tomar el camino del bosque. Estaba muy cerca del taller de tejido.

—¡Nora! —oyó que una voz de mujer la llamaba desde los telares. Vio que era Marlena, que a esa hora ya estaba trabajando.

Nora agitó la mano, y sonriendo dio un rodeo para saludarla.

—¡Te echamos de menos! Los niños que ahora nos hacen la limpieza son un desastre. ¡Hurribles de perezosos! Y ayer uno robóme la comida.

Marlena no cabía en sí de indignada. Aflojó los pies sobre los pedales, y Nora vio que estaba deseando charlar y cotillear un rato.

—¡Mírale, ahí está el muy sinvergüenza!

Nora sintió en un tobillo la humedad de un hocico conocido. Se agachó para rascar a Palo, y vio que Mat la miraba, con una sonrisa de oreja a oreja, desde detrás de la esquina del taller.

—¡Eh, tú! —gritó Marlena iracunda, y Mat desapareció.

—Marlena —dijo Nora, acordándose de que la tejedora vivía en la Nava—, ¿tú has conocido a una niña llamada Lol?

—¿Lol? —Marlena seguía con los ojos fijos en la esquina,

esperando captar un atisbo de Mat para regañarle—. ¡Eh, tú! —volvió a gritar, pero Mat era lo bastante listo y astuto para no contestar.

—Sí. Una que cantaba.

—¡Ah, la niña cantora! Sí que la conocí. No sabía cómo se llamaba. Pero cómo cantaba, ¡eso todos lo hemos conocido! Como un pájaro, ya lo creo.

—¿Qué fue de ella?

Marlena se encogió de hombros, y sus pies volvieron a pedalear despacio.

—Lleváronsela. Daríanla a alguien. Quedóse huérfana, oí decir.

E inclinándose hacia delante dijo en voz baja:

—Decían algunos que aprendía las canciones por arte de magia. Que no le enseñaba nadie. Que veníanle solas las canciones.

Paró los pies, hizo seña de que Nora se le acercase más y añadió furtivamente:

—Yo oí que en esas canciones había saberes. Era sólo una cría, ¿sabes? ¡Pero en cantando tenía saberes de cosas que ni han ocurrido aún! Yo no lo oí, pero me lo contaron.

Marlena se echó a reír, y sus pies reanudaron el rápido pedaleo que impulsaba el movimiento rítmico del telar. Nora se despidió y dirigió sus pasos hacia el camino.

Allí le salió al encuentro Mat desde detrás de un árbol donde se había escondido. Nora volvió la vista, pero Marlena estaba atareada en el telar y ya no se acordaba de ninguno de los dos.

—¿Vienes conmigo esta mañana? —preguntó a Mat—. Creí que te aburrías en casa de la tintorera.

—Hoy no has de ir —dijo Mat solemnemente. Luego miró a su perro y empezó a reír—. ¡Mírale! ¡El buenu de Palu, queriendu cazar una lagartija!

Nora miró y se rió también. Palo había perseguido a una lagartija hasta un árbol, y ahora veía con fastidio que se le escapaba reptando por el tronco arriba. El perro, alzado sobre en las patas traseras, manoteaba en el aire con las de delante, y la lagartija le miraba sacando y metiendo su fina lengua brillante. Nora los observó risueña durante unos momentos, y después se volvió nuevamente a Mat.

—¿Qué quieres decir con que no he de ir? Ayer falté por la

lluvia. Me estará esperando.

Mat se puso serio.

—No espera a nadie. Fuese al Campu al salir el sol. Lleváronla los acarreadores. Yo lo vi.

—¿Al Campo? ¿De qué hablas, Mat? ¡No puede ir al Campo desde su casa! ¡Está muy lejos! ¡Es demasiado vieja! Además, ¿para qué iba a querer ir?

Mat puso los ojos en blanco.

—¡Yo no dije que quisiera ir! ¡Dije que lleváronla! ¡Está muerta!

—¿Muerta? ¿Anabela? ¿Cómo puede ser eso? —Nora se quedó anonadada. Había visto a la anciana dos días antes. Habían tomado té juntas.

Mat se tomó la pregunta literalmente.

—Es así —replicó, y tirándose al suelo se tumbó boca arriba con los brazos en cruz y los ojos muy abiertos, mirando al vacío. Palo, curioso, le topó en el cuello con el hocico, pero Mat no se movió.

Nora contempló con espanto su grotesca pero veraz imitación de la muerte.

—No hagas eso, Mat —dijo por fin—. Levántate. No hagas eso.

Mat se sentó, abrazó al perro, y ladeando la cabeza miró a Nora con curiosidad.

—De fiju te darán a ti sus cosas —anunció.

—¿Estás seguro de que era Anabela?

—Vile la cara cuando la llevaban al Campu —y por un instante volvió a poner la cara de muerto con los ojos en blanco.

Nora se mordió los labios y se apartó del camino. Mat tenía razón, ahora no debía ir al bosque. Pero no sabía dónde ir. Pensó despertar a Tomás, pero ¿para qué? Tomás no había conocido a la anciana tintorera.

Por fin dio media vuelta y regresó al gran Edificio del Consejo, que era también su casa. La puerta que utilizaba para entrar y salir estaba en el ala lateral. La puerta principal de delante era por donde había entrado el día de su juicio, hacía tantas semanas. No era de suponer que el Consejo de Guardianes estuviera ese día reunido en la gran sala donde fue el juicio, pero Jacobo estaría en alguna parte, y decidió ir en su busca. Él sabría qué había pasado y le diría qué hacer.

—No, Mat —dijo cuando el niño empezó a seguirla.

A él se le nubló la cara, porque había presentido una aventura.

—Ve a despertar a Tomás —le dijo Nora—. Dile lo que ha pasado. Cuéntale que Anabela ha muerto y que yo he ido a buscar a Jacobo.

—¿Jacobu? ¿Quién es?

A Nora le sorprendió su ignorancia. De tal modo Jacobo había llegado a ser parte de su vida, que no había caído en que el niño no conocía su nombre.

—Es el guardián que me llevó a mi habitación el primer día, ¿no te acuerdas? —explicó—. Uno muy alto, de pelo oscuro. Tú estabas con nosotros aquel día.

Y añadió:

—Lleva siempre un adorno tallado por Tomás: uno muy bonito con la silueta de un árbol.

Mat asintió al oír esto.

—¡Vile! —afirmó con energía.

—¿Dónde? —Nora miró alrededor. Si Jacobo estaba cerca, si podía encontrarle en alguna de las dependencias, no tendría que buscar por todo el Edificio del Consejo.

—Iba allí vigilandu, andandu con ellus, cuando los acarreadores llevaban al Campu a la vieja tintorera —dijo Mat.

Así que Jacobo ya lo sabía.

* * *

Los corredores estaban, como siempre, silenciosos y en penumbra. Al principio tuvo la sensación de estar haciendo algo furtivo y clandestino, como si sus pisadas debieran sonar lo menos posible, cosa difícil con el bastón y la pierna a rastras. Después se dijo que ni se estaba ocultando ni estaba en peligro. Simplemente iba en busca del hombre que venía siendo su mentor desde que murió su madre. Podía incluso, si quería, llamarle a voz en grito con la esperanza de que la oyese y respondiera. Pero no le parecía correcto gritar, y siguió recorriendo el vestíbulo en silencio.

Como esperaba, la sala grande estaba vacía. Sabía que sólo se utilizaba en ocasiones especiales: la Reunión anual, juicios como el suyo y otras ceremonias que no había visto nunca. Empujó la enorme puerta, miró por la rendija y dio media vuelta para seguir buscando.

Llamó tímidamente a varias puertas. Por fin, en una contestó

una voz con un hosco «¿Sí?», y empujándola vio a un auxiliar, un hombre al que no conocía, trabajando sentado a una mesa.

—Busco a Jacobo —explicó.

El auxiliar se encogió de hombros.

—No está aquí.

Eso ya lo veía ella.

—¿Sabe usted dónde puede estar? —preguntó cortésmente.

—En el ala, probablemente —el auxiliar se enfrascó de nuevo en su trabajo. Parecía estar clasificando papeles.

Nora sabía que «el ala» era donde estaba su habitación. Era lógico; probablemente Jacobo la estaba buscando para darle la noticia de la muerte de la anciana. Aquella mañana Nora había salido mucho antes de lo habitual, para recuperar la jornada perdida la víspera por culpa de la lluvia. Si hubiera esperado, Jacobo habría podido encontrarla, decírselo y explicárselo, y ahora no se sentiría tan afectada y tan sola.

—Disculpe, pero ¿puedo ir al ala desde aquí sin tener que volver a salir?

El auxiliar, irritado, señaló hacia la izquierda.

—Por la puerta del fondo —dijo.

Nora le dio las gracias, cerró la puerta del despacho tras de sí y caminó hasta el fondo del largo vestíbulo. Aquella puerta no estaba cerrada con llave, y al abrirla vio una escalera conocida, la misma por donde había bajado de puntillas con Tomás y Mat el día anterior, durante la tormenta. Sabía que por la escalera llegaría al corredor de arriba, donde estaban su habitación y la de Tomás.

Se detuvo a escuchar. El auxiliar había dicho que Jacobo debía de estar en el ala, pero no se oía ningún ruido.

En lugar de subir a su habitación, se le antojó echar a andar por el primer piso. Llegó a la esquina donde el día anterior se habían escondido Tomás y ella, la misma en la que se asomaron a ver de dónde salía el llanto. En aquel desierto silencioso, dobló la esquina y se acercó a la puerta que el día anterior estaba abierta.

Se inclinó y pegó la oreja a la madera. No se oía nada, ni lloros ni cantos.

Pasado un momento probó el pomo, pero la puerta estaba cerrada con llave. Por fin, muy suavemente, tocó con los nudillos.

Dentro oyó un crujido, y después el sonido amortiguado de unas

pisaditas en el suelo.

Volvió a tocar suavemente.

Oyó un gemido.

Nora se arrodilló junto a la puerta. No era fácil, con la pierna tullida. Pero se agachó hasta poner la boca junto al ojo de la cerradura, y llamó bajito:

—¡Lol!

—Estoy siendo buena —respondió una vocecita asustada y temblorosa—. Estoy practicando.

—Sé quién eres —dijo Nora por la cerradura. Oyó unos sollozos ahogados, estremecidos—. Soy amiga tuya, Lol. Me llamo Nora.

—Por favor, quiero que venga mi mamá —suplicó la niña. Por la voz parecía muy pequeña.

Nora, sin saber por qué, pensó en el vallado que habían hecho en el lugar de su antigua barraca. Ahora había niños allí encerrados, rodeados de espinos. Parecía cruel, pero al menos no estaban aislados. Se hacían compañía unos a otros, y podían atisbar a través del espeso ramaje y ver la vida del pueblo alrededor.

¿Qué hacía aquella niñita encerrada a solas en una habitación?

—Volveré —susurró a través de la puerta.

—¿Traerás a mi mamá? —la vocecita sonaba junto a la cerradura; Nora casi sentía su aliento.

Mat había dicho que el padre y la madre de la niña habían muerto.

—Volveré —repitió Nora—. ¡Lol! Escúchame.

La niña gimoteaba. Lejos, en el piso de arriba, se abrió una puerta.

—Tengo que irme —susurró Nora con decisión—. Pero escucha, Lol: te ayudaré, te lo prometo. Ahora cállate. No le digas a nadie que he estado aquí.

Rápidamente se levantó, y asiendo el bastón volvió a la escalera. Cuando llegó al segundo piso y dobló la esquina, vio que Jacobo estaba en la puerta abierta de su habitación. Él salió a su encuentro, la saludó afablemente y le dio la noticia de la muerte de Anabela.

Nora, recelosa de pronto, no le dijo nada de la niña de abajo.

Capítulo 15

—¡Mira! Me están haciendo un taller para los tintes.

Era mediodía. Nora apuntaba a una pequeña franja de terreno entre el Edificio y el comienzo del bosque. Tomás se acercó a la ventana y miró. Los obreros habían construido lo que evidentemente iba a ser un cobertizo: bajo la techumbre ya estaban puestos unos travesaños largos para secar las madejas y los hilos teñidos.

—Anabela no tuvo nunca nada igual —murmuró Nora, acordándose de la anciana con nostalgia—. La voy a echar de menos —añadió.

Todo se había sucedido muy deprisa: la muerte de Anabela, tan de repente, y un día después ya estaban en marcha las obras de la nueva tintorería.

—¿Qué es aquello? —señaló Tomás. A un lado los obreros estaban cavando un hoyo poco profundo, y junto a él afianzaban un soporte para colgar los calderos.

—Eso será para la lumbre. Hay que tener siempre encendida una lumbre muy fuerte para cocer los tintes. ¡Ay, Tomás! —suspiró Nora, apartándose de la ventana—. No voy a ser capaz de acordarme de todo.

—Sí lo serás. Yo tengo escrito todo lo que me dijiste. Vamos a repetirlo una y mil veces. Mira, ¿qué es eso que traen?

Nora volvió a mirar, y vio que estaban apilando haces de plantas secas al lado del nuevo cobertizo.

—Será que han traído todas las plantas que Anabela tenía colgadas de las vigas. Así al menos tendré para empezar. Creo que sabré cómo se llaman, si no las han revuelto todas por descuido.

Y se rió al ver que uno de los trabajadores dejaba en el suelo un cacharro tapado y apartaba la cara con repugnancia.

—Es el mordiente —explicó—. Huele muy mal.

No quiso decirle a Tomás aquella palabra ordinaria, pero era lo que Anabela llamaba la olla del pis, y su contenido era un ingrediente sorprendentemente necesario para preparar los tintes.

Los obreros, cargados con los calderos, las plantas y el equipo, habían empezado a llegar muy de mañana, cuando Jacobo estaba aún en la habitación de Nora describiéndole los sucesos de la víspera. Una muerte súbita, había explicado, como era muchas veces la de las personas de edad avanzada. Se durmió una siesta, Anabela, aquel día lluvioso, y ya no despertó. Eso era todo. No había ningún misterio.

Quizá sintiera acabada su misión al enseñar a Nora, apuntó Jacobo solemnemente. A veces, dijo, era así como llegaba la muerte: como un eclipsarse cuando uno había cumplido su misión.

—Y no hay necesidad de quemar la casa —añadió—, porque no hubo enfermedad. Así que se quedará como está. Algún día podrás vivir allí si quieres, cuando hayas terminado tu trabajo aquí.

Nora asintió, aceptando sus palabras. Entonces pensó que el espíritu de la mujer estaría todavía en su cuerpo.

—Habrá que velarla —recordó a Jacobo—. ¿Puedo ir a estar con ella? Lo hice con mi madre.

Pero Jacobo dijo que no. El tiempo apremiaba. La Reunión estaba próxima. No se podían perder cuatro días. Nora debía trabajar en el manto; otros se encargarían de velar a la anciana tintorera.

Así que Nora la lloró sola.

Cuando Jacobo se fue, se sentó en silencio a recordar lo solitaria que había sido la vida de Anabela, la poca relación que había tenido con el pueblo. Y fue entonces cuando se le ocurrió preguntarse: ¿Quién la encontró? ¿Cómo es que fueron a ver?

* * *

—Tomás, deja ya la ventana. Tengo que decirte una cosa.

Tomás se acercó desganadamente a la mesa donde ella estaba sentada, aunque se le notaba en la cara que seguía atento a los ruidos de la obra de abajo. Cómo son los chicos, pensó Nora; siempre les interesan esa clase de cosas.

Si Mat estuviera cerca, andaría por allí en medio, metiéndose entre los pies con la pretensión de ayudar.

—Esta mañana… —empezó, pero él seguía distraído—. ¡Tomás!

¡Atiende!

Él se volvió muy sonriente y escuchó.

—Fui al cuarto de abajo, donde oímos que lloraba la niña.

—Y cantaba —le recordó Tomás.

—Sí, y cantaba.

—Se llama Lol, según Mat —dijo Tomás—. ¿Lo ves? Estoy atendiendo. ¿A qué fuiste?

—Al principio iba buscando a Jacobo —explicó Nora—, y me encontré en ese piso. Entonces me acerqué a la puerta, pensando echar una ojeada y ver si la niña estaba bien. ¡Pero estaba cerrada con llave!

Tomás asintió sin dar muestras de sorpresa.

—Mi puerta no la han cerrado nunca con llave, Tomás —dijo.

—No, porque tú ya habías crecido, ya eras bisílaba cuando viniste. Pero yo era pequeño; yo aún me llamaba Tom cuando llegué —dijo—. A mí sí me echaban la llave.

—¿Te tenían preso?

Él hizo memoria, con el ceño fruncido.

—No exactamente. Era para protegerme, creo. Y para que me aplicara. Yo era pequeño y no me apetecía estar siempre trabajando —sonrió—. Era un poco como Mat, creo. Travieso.

—¿Te trataban con dureza? —preguntó Nora, recordando el tono de Jacobo al hablar a la niña.

Él meditó.

—Con severidad —dijo finalmente.

—Pero, Tomás, la niña de abajo…, Lol…, estaba llorando. Sollozando. Quería estar con su mamá, decía.

—Mat nos dijo que su madre ha muerto.

—Pues no parece que ella lo sepa.

Tomás trató de recordar su propio caso.

—Yo creo que me dijeron lo de mis padres, pero quizá no fuera en el momento. Ha pasado mucho tiempo. Recuerdo que alguien me trajo aquí y me enseñó dónde estaba cada cosa, y cómo funcionaba…

—El cuarto de baño y el agua caliente —dijo Nora con una sonrisa irónica.

—Sí, eso. Y todas las herramientas. Yo ya era un entallador. Llevaba mucho tiempo haciendo talla…

—Como yo hacía antes los bordados. Y como esa niña, Lol…

—Sí —dijo Tomás—. Mat dijo que ya antes era cantante.

Nora, pensativa, se alisó la falda.

—Así que cada uno de nosotros —dijo lentamente— era ya… no sé cómo llamarlo.

—¿Artista? —sugirió Tomás—. Es una palabra que yo no he oído emplear a nadie, pero la he visto en algunos libros. Quiere decir algo así como persona que es capaz de hacer algo bonito. ¿Podría ser esa la palabra?

—Sí, podría ser. La niña hace sus cantos, y son bonitos.

—Cuando no está llorando —señaló Tomás.

—Así que todos somos artistas, y todos huérfanos, y a todos nos han traído aquí. No sé por qué. Y hay otra cosa, Tomás. Una cosa rara.

Él la escuchaba.

—Esta mañana hablé con Marlena, una mujer a la que conozco de los telares. Vive en la Nava, y se acordaba de Lol, aunque no sabía su nombre. Recordaba a una niña cantora.

—Todos los de la Nava se acordarían de una niña así.

Nora hizo un gesto de asentimiento.

—Dijo…, ¿cómo lo dijo? —trató de recordar la descripción de Marlena—. Dijo que al parecer la niña tenía saberes.

—¿Saberes?

—Ésa fue la palabra que empleó.

—¿Qué quería decir?

—Dijo que al parecer la niña sabía cosas que no habían ocurrido todavía. Que la gente de la Nava pensaba que era magia. Parecía como si le diera un poco de miedo hablar del asunto. Y, Tomás…

—¿Qué? —preguntó él.

Nora vaciló.

—Me hizo pensar en lo que pasa a veces con mi trapito. Éste —abrió la caja que le había hecho Tomás y sacó el pedacito de tela para recordárselo—. Te conté que parece como si me hablara. Y recuerdo que tú me dijiste que tienes una madera que también da esa impresión…

—Sí. Desde que era pequeño y empezaba a tallar. La de la repisa. Te la he enseñado.

—¿Podría ser lo mismo? —preguntó Nora con timidez—.

¿Podría ser lo que Marlena llamó saberes?

Tomás la miró y miró al pedazo de tela que yacía inmóvil en su mano. Y arrugó la frente.

—¿Pero por qué? —preguntó al fin.

Nora no sabía la respuesta.

—Quizá sea algo que tienen los artistas —dijo, porque le gustaba el sonido de la palabra que acababa de aprender—. Una clase especial de saber mágico.

Tomás asintió y se encogió de hombros.

—Bueno, tampoco importa mucho, ¿no te parece? Ahora todos vivimos bien. Tenemos mejores herramientas que antes. Buena comida. Trabajo que hacer.

—Pero, ¿y la niña de abajo? No para de sollozar. Y no le dejan salir de la habitación —Nora recordó su promesa—. Tomás, yo le dije que volvería. Y que la ayudaría.

Él puso cara de duda.

—No creo que les gustara a los guardianes.

Nora recordó nuevamente la aspereza que había oído en la voz de Jacobo, y cómo la puerta se cerró de golpe.

—No, yo tampoco lo creo —convino—. Iré de noche. Bajaré entonces sin hacer ruido, cuando crean que todos estamos durmiendo. Claro que… —y su cara se ensombreció.

—¿Claro que qué?

—Que está cerrado con llave. No tendré modo de entrar.

—Sí tendrás —dijo Tomás.

—¿Cómo?

—Con una llave que tengo yo —dijo él.

* * *

Era verdad. Fueron a su habitación y se la enseñó.

—Fue hace mucho tiempo —explicó—. Yo estaba aquí encerrado, con todas estas magníficas herramientas, y me hice una llave. La verdad es que fue muy fácil. Es una cerradura sencilla.

—Además —añadió, pasando los dedos por el complejo perfil de la llave de madera—, sirve para cualquier puerta. Todas las cerraduras son iguales. Lo sé porque las he probado. Salía por las noches y me recorría los pasillos abriendo puertas. Entonces todas las habitaciones estaban vacías.

Nora sacudió la cabeza.

—Eras bastante travieso, ¿eh?

Tomás sonrió de oreja a oreja.

—Ya te lo he dicho. Como Mat.

—Esta noche —dijo Nora, poniéndose seria de repente—. ¿Vendrás conmigo?

Tomás asintió.

—De acuerdo. Esta noche.

Capítulo 16

Atardecía. Nora, en el cuarto de Tomás, contemplaba desde la ventana la miseria del pueblo y escuchaba el caótico guirigay de los trabajadores que remataban las últimas tareas en los distintos talleres. Siguiendo la línea de la calle vio al carnicero vaciar un cacharro de agua sobre el umbral de piedra de su barraca, un gesto inútil para limpiar la suciedad incrustada. Más acá, las mujeres salían de los telares donde Nora había pasado una parte tan grande de su infancia trabajando como ayudante.

Se preguntó, sonriendo, si Mat habría estado allí durante la jornada que acababa de concluir. Asignado a tareas de limpieza, probablemente habría estado metiéndose por en medio con sus compinches, enredando y robando comida del almuerzo de las mujeres. Desde el observatorio de la ventana no se veía el menor rastro de él ni de su perro. Nora no les había visto en todo el día.

Esperó junto a Tomás hasta que se hizo de noche y las auxiliares pasaron a recoger las bandejas de la cena. Por fin todo el edificio quedó en silencio, y también los sonidos del pueblo se apagaron.

—Tomás —sugirió Nora—, lleva tu madera. La especial. Yo llevo mi trapito.

—Bien, pero ¿por qué?

—No lo sé exactamente. Siento que debemos hacerlo.

Tomás tomó de la repisa la piececita tallada y se la echó al bolsillo. En el otro llevaba la llave de madera.

Juntos recorrieron el sombrío corredor hacia la escalera. Tomás, que iba delante, susurró:

—¡Shhh!

—Lo siento —susurró Nora a su vez—. El bastón hace ruido, pero no puedo andar sin él.

—Espera un momento.

Se detuvieron junto a una de las antorchas de la pared. Tomás

arrancó una tira de tela del borde de su camisa, y diestramente la ató alrededor de la contera del bastón. La tela amortiguó el sonido de la madera en las baldosas.

Rápidamente bajaron las escaleras y se dirigieron a la habitación donde dormía Lol. Delante de la puerta se pararon a escuchar. No se oía nada. La mano de Nora, en el bolsillo, no sintió ninguna advertencia del trapito. Hizo seña a Tomás con la cabeza, y él introdujo la llave sin hacer ruido y la giró para abrir la puerta.

Nora contuvo el aliento, porque temía que una auxiliar pudiera dormir en la misma habitación para cuidar de la niña por las noches. Pero en la habitación, sólo iluminada por la pálida luz de luna que entraba por la ventana, no había más que una camita y una niña profundamente dormida.

—Yo me quedo en la puerta vigilando —murmuró Tomás—. A ti te conoce, o por lo menos conoce tu voz. Despiértala tú.

Nora se acercó a la cama y se sentó en el borde, apoyando a su lado el bastón. Tocó a la niña en un hombro con suavidad, y dijo en voz baja:

—¡Lol!

La cabecita, de larga melena enredada, se revolvió inquieta. Pasado un instante, la niña abrió los ojos con cara de susto.

—¡No, vete! —exclamó, apartando la mano de Nora.

—Shhh —susurró Nora—. Soy yo. ¿No te acuerdas de que hablamos a través de la puerta? No tengas miedo.

—¡Quiero a mi mamá! —gimió la niña.

Era muy pequeña, mucho más pequeña que Mat. Apenas había empezado a crecer. Nora recordó la potencia de la voz cantante que había oído, y se maravilló de que saliera de aquella cosita diminuta y asustada.

La tomó en sus brazos y la acunó.

—Shhh —dijo—. Shhh. No pasa nada. Soy tu amiga. ¿Ves a ése de ahí? Se llama Tomás. Es tu amigo también.

Poco a poco la niña se tranquilizó. Abrió los ojos de par en par, se metió el pulgar en la boca, y habló sin dejar de chuparlo.

—Oíte por el agujeru —recordó.

—Sí, por el ojo de la cerradura. Nos hablamos bajito.

—¿Tú conoces a mi mamá? ¿Puedes traerla?

Nora meneó la cabeza.

—No, me parece que no. Pero yo estaré aquí. Vivo justo en el piso de arriba. Y Tomás también.

Tomás se acercó y se arrodilló junto a la cama. La niña le miró con desconfianza y se agarró a Nora. Tomás apuntó al techo.

—Vivo justo encima de ti —dijo en tono cariñoso—, y te oigo.

—¿Oyes mis canciones?

Él sonrió.

—Sí. Tus canciones son muy bonitas.

La niña frunció el ceño.

—Todo el ratu me hacen aprender otras.

—¿Otras canciones? —preguntó Nora.

Lol asintió tristemente.

—Venga a aprender. Tengu que acordarme de todo. Mis canciones de antes me salían porque sí. Pero ahora me meten cosas nuevas y mi pobre cabeza duele hurrible —la niña se frotó el pelo enredado y dio un suspiro; un suspiro que sonó extrañamente a persona mayor, y que hizo que Nora sonriese con comprensión.

Tomás estaba mirando por el cuarto, que tenía muchos muebles exactamente iguales a los de los cuartos de arriba: una cama, una cómoda alta, una mesa, dos sillas.

—Lol —dijo de pronto—, ¿se te da bien trepar?

Ella frunció las cejas y se sacó el pulgar de la boca.

—A veces trepu a los árboles en la Nava. Pero mi mamá me pega si trepu porque dice que si rómpome las piernas me llevarán al Campu.

Tomás asintió muy serio.

—Sí, seguramente es verdad, y tu madre no quiere que te hagas daño.

—Si te llevan los acarreadores al Campu, ya no vuelves nunca. Te comen las fieras —el pulgar regresó a la boca.

—Pero mira, Lol. Si pudieras subirte aquí… —Tomás señaló a lo alto de la cómoda.

Los ojos muy abiertos siguieron la dirección de su dedo, y la niña asintió.

—Si te empinases desde ahí, y tuvieras algún instrumento, podrías dar golpes en el techo y yo te oiría.

La niña sonrió encantada ante la idea.

—No se trata de que lo hagas para divertirte —se apresuró a

añadir Tomás—. Sólo si verdaderamente nos necesitaras.

—¿Puedu probar? —preguntó Lol ansiosa.

Nora la bajó al suelo. Con la agilidad de un animal, la niña se encaramó de la silla a la mesa y de ésta a lo alto de la cómoda. Allí se irguió triunfante. Bajo su camisón tejido lucía desnudas un par de piernas flacas.

—Necesitamos un instrumento —murmuró Tomás, buscando con la vista.

Nora, recordando algo de su habitación, fue al cuarto de baño. Tal como suponía, en el estante del lavabo había un cepillo del pelo con mango de madera.

—Prueba con esto —dijo, y se lo acercó a la niña.

Con una gran sonrisa, la pequeña cantora se estiró y golpeó el techo con el mango del cepillo.

Tomás la bajó y la metió otra vez en la cama.

—Pues ya está —dijo—. Si nos necesitas, ésa es la señal, Lol. Pero no se te ocurra hacerlo para divertirte. Sólo si necesitas ayuda.

—Y también vendremos a verte aunque no llames —añadió Nora—. Después de que se hayan ido las auxiliares —la arropó—. Ten, Tomás: ¿quieres devolver esto a su sitio?

Y le dio el cepillo.

—Nos tenemos que ir ya —dijo a Lol—. ¿Te sientes mejor ahora que sabes que tienes amigos arriba?

La niña asintió y se metió el húmedo pulgar en la boca. Nora alisó la manta.

—Buenas noches, pues.

Por un instante permaneció sentada en la cama, con un vago recuerdo de que algo más había que hacer. Algo de cuando ella era una niña así de pequeña y la acostaban.

Instintivamente se inclinó hacia la niña. ¿Qué era lo que hacía su madre cuando ella era pequeña? Puso los labios en la frente de Lol. Era un gesto que no le resultaba familiar, pero parecía ser algo así.

La niña hizo un ruidillo de contento con sus propios labios contra la cara de Nora.

—Un besitu —susurró—. Como mi mamá.

* * *

Nora y Tomás se despidieron en el corredor de arriba y se fueron

cada uno a su cuarto. Era tarde, y a la mañana siguiente tendrían que trabajar como siempre: había que dormir.

Mientras Nora se disponía a acostarse, pensó en la niña sola y asustada de abajo. ¿Qué cánticos serían los que la estaban obligando a aprender? ¿Por qué estaba allí? Lo normal era que una niña huérfana fuera entregada a otra familia.

Era la misma pregunta que ella y Tomás habían discutido el día anterior. Y la respuesta parecía ser la conclusión a la que habían llegado: eran artistas los tres. Hacedores de cantos, de maderas, de dibujos bordados. Por ser artistas, tenían algún valor que Nora no alcanzaba a comprender. Debido a ese valor estaban los tres allí, bien alimentados, bien alojados y atendidos.

Se cepilló el pelo y los dientes y se fue a la cama. Por la ventana abierta entraba la brisa. Abajo vio las construcciones a medio hacer que pronto serían su huerta de colores, su fogón y su taller. Al otro lado de la habitación, a través de la oscuridad, plegado y cubierto encima de la mesa de trabajo, veía un bulto: el manto del Cantor.

De pronto Nora comprendió que, aunque su puerta no estuviera cerrada con llave, no por eso era libre. Su vida estaba limitada a aquellas cosas y aquel trabajo. Estaba perdiendo la alegría que en otro tiempo sentía cuando los hilos de alegres colores tomaban forma en sus manos, cuando se le ocurrían los dibujos y eran suyos. El manto no le pertenecía, aunque a través del trabajo estaba aprendiendo lo que contaba. Casi sería capaz de relatar la historia ahora que había pasado entre sus dedos, ahora que durante tantos días la había estado examinando de cerca. Pero no era lo que sus manos, o su corazón, ansiaban hacer.

Tomás, aunque nunca se quejaba de nada, había hablado de los dolores de cabeza que le producía el trabajar muchas horas. También la pequeña cantora de abajo. «Ahora me meten cosas nuevas», había gimoteado. Ella quería ser libre para cantar sus canciones como antes.

Nora también. Quería que sus manos se librasen del manto para poder hacer sus propios dibujos otra vez. De pronto deseó poder abandonar aquel sitio, a pesar de sus comodidades, y volver a la vida que había conocido.

Enterró la cara en las sábanas, y por primera vez lloró de desesperación.

Capítulo 17

—Tomás, he trabajado mucho durante toda la mañana y tú también. ¿Te animas a dar un paseo? Quiero ir a ver una cosa.

Era mediodía y los dos habían comido ya.

—¿Quieres bajar a ver lo que están haciendo los obreros? Voy contigo.

Tomás dejó la herramienta que tenía en sus manos. Una vez más Nora observó con admiración lo complicada que era la tarea del largo báculo del Cantor. Tomás pulía las asperezas producidas por el desgaste en la antigua talla, y volvía a dar forma a las infinitesimales aristas y curvas. Era muy parecido a la tarea que se le había asignado a Nora, la reparación del manto del Cantor. Y toda la parte alta del báculo estaba sin decorar: era de madera lisa, lo mismo que toda la parte de los hombros del manto era de tela lisa. La labor de Nora se iba aproximando a aquella zona sin adorno. Y también, observó, se aproximaba la de Tomás.

—¿Qué vas a tallar ahí? —le preguntó indicando la zona desornamentada.

—No lo sé. Me han dicho que ya me lo dirán.

Nora le miró mientras él depositaba cuidadosamente el báculo sobre la mesa.

—En realidad —le dijo—, si tú quieres ver lo que están haciendo los obreros, yo iré a verlo contigo después. No era a eso a lo que me refería. ¿Me acompañas antes a donde yo quiero ir?

Tomás asintió bondadosamente.

—¿Y eso dónde es? —preguntó.

—En la Nava —dijo Nora.

Él la miró con expresión burlona.

—¿A ese sitio asqueroso? ¿Y por qué quieres ir?

—No he estado nunca. Quiero ver dónde vivía Lol, Tomás.

—Y donde vive todavía Mat.

—Sí, también Mat. Me pregunto dónde andará, Tomás —Nora estaba intranquila—. Hace dos días que no le veo, ¿y tú?

Tomás negó con la cabeza.

—Habrá encontrado otra fuente de alimentación —sugirió riendo.

—Mat nos podría decir dónde vivía Lol. Tal vez podríamos incluso traerle alguna cosa. Tal vez tuviera juguetes. ¿A ti te dejaron traer cosas cuando viniste aquí, Tomás?

—Sólo mis maderas. No querían que me distrajera.

Nora suspiró.

—Ella es muy pequeña. Debería tener un juguete. ¿Tú no le podrías tallar una muñeca? Y yo le cosería un vestidito.

—Podría, supongo —asintió Tomás, y le entregó el bastón—. Vámonos —dijo—. Lo más probable será que encontremos a Mat por el camino. O que él nos encuentre a nosotros.

Salieron del Edificio, cruzaron la plaza y bajaron por la calle llena de gente. Al pasar por los telares, Nora se paró a saludar a las mujeres y preguntó por Mat.

—¡No se le ha visto! —respondió una de las trabajadoras—. ¡Ni ganas que tenemos de verle a ese bribón!

—¿Cuándo vuelves por aquí, Nora? —dijo otra—. Bien que nos vendría tu ayuda. ¡Y ya tienes edad de ponerte al telar! ¡Ahora que no tienes a tu madre, te hará falta el trabajo!

Pero otra mujer soltó una carcajada y señaló la ropa nueva y limpia que vestía Nora.

—¡Ahora ya no nos necesita!

El golpeteo de los telares en movimiento empezó otra vez. Nora se fue.

A poca distancia oyó un sonido extrañamente conocido y extrañamente atemorizante. Un rugido sordo. Rápidamente miró en torno, esperando ver un perro amenazador o algo peor. Pero el sonido procedía de un corrillo de mujeres que había cerca de la carnicería. Rompieron a reír cuando vieron que miraba, y en medio de ellas vio a Vandara. La mujer de la cicatriz le volvió la espalda, y otra vez oyó el rugido: la imitación humana de una fiera.

Nora agachó la cabeza y se alejó renqueando, sin hacer caso de la risa cruel.

Tomás se había adelantado y estaba ya mucho más allá de la

carnicería. Se había parado junto a un grupo de chicos que jugaban en el barro.

—¡No sé! —estaba diciendo uno de ellos cuando llegó Nora—. ¡Dame dinero y a lo mejor le encuentro!

—Les he preguntado por Mat —explicó Tomás—, pero dicen que no le han visto.

—¿Estará enfermo? —preguntó Nora preocupada—. Siempre se le está cayendo el moco. Quizá no deberíamos haberle bañado. Estaba acostumbrado a aquella costra de mugre.

Los chicos, chapoteando descalzos en el barro, escuchaban.

—¡Mat es el más fuerte de los fuertes! —dijo uno—. ¡Nunca está enfermo!

Otro más pequeño se limpió los mocos con el dorso de la mano.

—Su madre le gritó. Yo la oí. ¡Y le tiró una piedra, y él se echó a reír y se escapó!

—¿Cuándo? —preguntó Nora al mocoso.

—No sé —dijo él—. Hará dos días.

—¡Sí, es eso! —terció otro—. ¡Hace dos días! Yo también lo vi. ¡Su madre le tiró una piedra por robar comida! ¡Él dijo que se iba de viaje!

—Estará perfectamente, Nora —la tranquilizó Tomás, y siguieron andando—. Mat sabe cuidarse mejor que muchos adultos. A ver, creo que es por aquí donde hay que torcer.

Nora le siguió por una callejuela desconocida. Allí las chozas estaban más apretadas, y en sombra por la proximidad del bosque; olía a humedad y a podredumbre. Llegaron a un arroyo maloliente, con un puente de troncos primitivo y resbaladizo. Tomás agarró la mano de Nora para ayudarla a pasar; era difícil, con su pierna mala, y Nora temió caer a la corriente, que era poco profunda pero iba muy sucia.

Al otro lado del arroyo, más allá de las espesas matas de adelfas venenosas que eran un peligro tan grande para los niños, se extendía la zona conocida como la Nava. En algunos aspectos era semejante a lo que para Nora había sido su hogar: las barracas pequeñas y apiñadas, el lloro incesante de los niños, el tufo de hogueras humeantes, comida en descomposición y seres humanos desaseados. Pero allí el aire era más oscuro por la espesura de la alta arboleda, y estaba cargado de humedad y de un olor insalubre.

—¿Por qué tiene que haber un lugar tan horrible? —susurró Nora a Tomás—. ¿Por qué la gente tiene que vivir así?

—Así es el mundo —replicó él, frunciendo el ceño—. Así ha sido siempre.

En la mente de Nora se deslizó una visión repentina. El manto. El manto narraba cómo había sido el mundo, y lo que acababa de decir Tomás no era verdad. Había habido épocas —épocas muy remotas, sí— en que las vidas de las personas eran doradas y verdes. ¿Por qué no podían volver épocas así? Empezó a decírselo.

—Tomás —dijo—, tú y yo somos los que tenemos que llenar los espacios vacíos. Quizá podamos hacer que el mundo cambie.

Pero vio cómo la miraba Tomás: con cara de escepticismo y de burla.

—¿De qué hablas? —Tomás no la entendía. Quizá no la entendería nunca.

—De nada —dijo Nora, meneando la cabeza.

Mientras iban andando se hizo un silencio inquietante. Nora notó que les observaban: mujeres, desde la sombra de las puertas, les miraban con desconfianza. Nora, renqueando trabajosamente para sortear los charcos llenos de inmundicias que se sucedían en el camino, sentía sus miradas hostiles. No tenía sentido, pensó, andar sin rumbo por aquel lugar desconocido e inhóspito.

—Tomás —murmuró—, debemos preguntar a alguien.

Él se detuvo, y ella se detuvo a su lado, desorientados los dos en mitad del camino.

—¿Qué buscáis? —gritó una voz ronca desde una ventana. Nora miró, y vio que un lagarto se escurría entre las enredaderas del alféizar; por detrás de las temblorosas hojas húmedas se asomaba una mujer de cara demacrada con un niño en brazos. No parecía haber ningún hombre por aquellos alrededores. Nora pensó que los hombres, en su mayoría acarreadores y cavadores, se habrían ido a trabajar, y sintió alivio, porque recordaba cómo le habían echado mano el día de las armas.

Atravesando la maleza espinosa se acercó a la ventana. Dentro se veía el interior oscuro de la barraca: otros niños, semidesnudos, la contemplaban desde allí con miradas sin brillo y caras de susto.

—Busco a un niño llamado Mat —dijo amablemente a la mujer —. ¿Sabe usted dónde vive?

—¿Qué me das por decírtelu?

—¿Qué le doy? —dijo Nora, asombrada ante la pregunta—. Lo siento, pero no tengo nada que darle.

—¿Ni comida?

—No, lo siento —Nora extendió las manos para que se viera que no llevaba nada.

—Yo tengo una manzana —Tomás se acercó, y Nora vio con sorpresa que sacaba una manzana roja del bolsillo—. La guardé del desayuno —le explicó él en voz baja, y se la tendió a la mujer.

Ella sacó por la ventana un brazo flaco, agarró la fruta, le dio un mordisco y se metió.

—¡Espere! —dijo Nora—. ¡La barraca donde vive Mat! ¿Puede decírnoslo, por favor?

La mujer se volvió con la boca llena.

—Más abajo —dijo masticando ruidosamente. El niño que tenía en brazos quiso morder la manzana, y ella le apartó las manos mientras indicaba con la cabeza—. Enfrente de un árbol partidu.

Nora asintió.

—Una cosa más, por favor —suplicó—. ¿Qué puede usted decirnos de una niña que se llama Lol?

En la cara de la mujer hubo un cambio de expresión que Nora no supo cómo interpretar: por un instante aquellas facciones flacas, amargadas, se iluminaron con un breve destello de alegría, a la que inmediatamente sucedió la desesperanza.

—La niña cantora —dijo la mujer, con una voz que era un susurro ronco—. Lleváronla. Lleváronla de aquí.

Y, volviendo la espalda bruscamente, desapareció en el interior sombrío de la barraca mientras sus hijos empezaban a berrear y a arañarla pidiendo de comer.

* * *

El retorcido árbol se moría, partido casi hasta el suelo y podrido. Quizá en otro tiempo hubiera dado fruto. Pero ahora sus ramas estaban rotas, colgando en ángulos extraños, puntuadas aquí y allá por briznas de hojas pardas.

También la pequeña barraca que había detrás tenía aspecto de ruina y abandono. Pero se oían voces en su interior: una mujer hablaba con aspereza y un niño descarado respondía en tono irritado y despectivo.

Tomás llamó a la puerta. Cesaron las voces, y por fin se abrió una rendija en la puerta.

—¿Quiénes sois? —preguntó la mujer a bocajarro.

—Somos amigos de Mat —dijo Tomás—. ¿Está en casa? ¿Se encuentra bien?

—¿Quién es, madre? —se oyó entonces la voz del niño.

La mujer miró a Tomás y a Nora en silencio, sin responder. Por fin Tomás preguntó, dirigiéndose al niño:

—¿Está en casa Mat?

—¿Qué hizu esta vez? ¿Para qué le queréis? —preguntó la mujer, con un brillo de desconfianza en los ojos.

—¡Escapó! ¡Y llevóse comida! —gritó el niño, asomando junto a la mujer una cabeza de pelo espeso y desgreñado. El niño abrió más la puerta.

Nora contempló con dolor el interior oscuro de la barraca. Encima de una mesa había un jarro volcado, y alrededor un charco de líquido espeso por donde corrían insectos. El niño de la puerta se metió el dedo en la nariz mientras se rascaba con la otra mano y les miraba sin pestañear. Su madre carraspeó y escupió al suelo.

—¿Saben ustedes dónde ha ido? —preguntó Nora, intentando disimular la impresión que le causaba el estado de aquella gente.

La mujer negó con la cabeza y volvió a toser.

—Bien idu está —dijo, y apartando al niño de un empellón cerró la pesada puerta de madera.

Nora y Tomás esperaron un instante, y después volvieron sobre sus pasos. Entonces oyeron que la puerta se abría a sus espaldas.

—¡Señorita! Yo sé dónde fue Mat —dijo la voz infantil, y su dueño salió de la barraca desafiando las amenazas de su madre y vino hacia ellos. Se veía que era hermano de Mat: tenía la misma mirada viva y traviesa.

Le esperaron.

—¿Qué me dais? —y volvió a meterse el dedo en la nariz.

Nora suspiró. Al parecer, en la Nava se vivía a base de toma y daca. No era extraño que Mat fuera tan listo y persuasivo como negociante. Miró desolada a Tomás.

—No tenemos nada que darte —explicó al niño.

Él la miró de pies a cabeza.

—¿Y eso? —sugirió apuntando al cuello de Nora. Ella se llevó la

mano a la correa de la que pendía la piedra pulimentada.

—No —le respondió, cerrando los dedos sobre la piedra con ademán protector—. Esto era de mi madre. No te lo puedo dar.

Para su sorpresa, el niño asintió como si eso tuviera sentido para él.

—¿Y eso otru? —señaló a su pelo. Esa mañana Nora se lo había atado, como hacía a menudo, con una simple correa que no valía nada. Rápidamente la desató y se la ofreció.

El niño la agarró y se la echó al bolsillo. Al parecer, era un trato justo.

—Madre le dio a Mat una paliza tan fuerte que le hizu sangrar hurrible, y por eso él y Palitu se fueron de viaje y no han de volver a la Nava —declaró el niño—. Mat tiene amigus que le cuidan bien, ¡y que no le pegan nunca! Y que además le dan de comer.

Tomás se echó a reír.

—¡Y que le bañan! —añadió; pero el niño se le quedó mirando sin entender aquella palabra.

—¡Se refería a nosotros! —señaló Nora—. ¡Nosotros somos esos amigos! —se alarmó—. Si quiso venirse con nosotros, ¿dónde está? Hace dos días que se marchó de aquí, y nadie le ha visto desde entonces. Sabía ir a…

El hermano de Mat la interrumpió.

—Él y Palitu iban antes a otru sitiu. Iba a buscar un regalitu para sus amigus. ¿Es usted, señorita? ¿Y usted? —añadió mirando a Tomás.

Los dos asintieron.

—Dice Mat que con un regalitu es como más te quieren las personas.

Nora suspiró exasperada.

—No, no es así. Un regalo… —pero renunció a seguir—. Es igual. Dinos dónde fue.

—¡Fue a buscarles azul!

—¿Azul? ¿Qué quieres decir?

—No lo sé, señorita. Es lo que diju Mat. Diju que allá tenían azul, y que iba a buscar azul para ustedes.

La mujer reapareció en la puerta abierta, y llamó con voz aguda y airada al niño, que se metió en casa. Tomás y Nora empezaron a desandar el recorrido por el camino enlodado hacia el pueblo. En

las puertas seguía habiendo observadoras silenciosas. El aire maloliente seguía estando húmedo.

Nora susurró a Tomás:

—Cuando Mat desapareció, pensé que a lo mejor también a él le habrían recogido como a Lol.

—Si le hubieran recogido —argumentó Tomás— sabríamos su paradero. Estaría con nosotros en el Edificio del Consejo.

Nora asintió.

—Y con Lol. Aunque quizá le tendrían encerrado como a ella. Eso él no lo podría soportar.

—Mat daría con la manera de escaparse —señaló Tomás—. De todos modos —añadió, ayudando a Nora a rodear un charco donde había una rata muerta—, mucho me temo que a Mat no le quisieran. Sólo nos quieren por nuestras habilidades, y él no tiene ninguna.

Nora pensó en el travieso chiquillo, en su generosidad y sus risas, en su amor a su perrillo. Le imaginó en aquel momento, quién sabía dónde, en busca de un regalo que llevar a sus amigos.

—¡Sí la tiene, Tomás! —dijo—. Tiene la habilidad de alegrarnos y hacernos reír.

En aquel lugar terrible no parecía haber sonado jamás la risa. Atravesando aquella miseria, Nora recordó las carcajadas contagiosas de Mat. Recordó también la voz clara y pura de la pequeña cantora, y pensó que aquellos niños debían de haber sido las dos únicas notas de alegría en la Nava. Ahora a Lol se la habían llevado, y Mat tampoco estaba ya.

Nora se preguntó dónde habría ido, sin otra compañía que la del perro, en busca de azul.

Capítulo 18

Se aproximaba el día de la Reunión. En el pueblo se palpaba su cercanía; se remataban proyectos y se aplazaba el inicio de otros nuevos. Nora observó que en los telares se plegaban y almacenaban los paños pero no se volvían a montar los telares.

El nivel de ruido bajó, como si la gente, entretenida en los preparativos, no quisiera perder tiempo con las peleas de costumbre.

Algunos se lavaban.

Tomás, en su cuarto, sacaba brillo al báculo del Cantor una y otra vez, meticulosamente; le daba aceites espesos y lo frotaba con un paño suave. La madera, dorada y pulida, empezó a tomar lustre y fragancia.

Habían pasado muchos días de la desaparición de Mat, y seguía sin volver. De noche, antes de dormir, Nora se aferraba al trapito que tantas veces había aquietado sus miedos, que incluso había respondido a sus preguntas, y envolviendo los dedos en él concentraba sus pensamientos en Mat: imaginaba su figura risueña, y trataba de sentir dónde podía estar y si estaba a salvo. El trapito daba una sensación de tranquilidad, de sosiego, pero ninguna respuesta.

Durante el día Tomás y ella oían de vez en cuando la voz de Lol, la pequeña cantora. Ya no lloraba. Casi siempre era un canto repetitivo de las mismas frases, pero a veces, como si se le permitiera un momento de asueto, la voz, aguda y lírica, se alzaba en melodías impresionantes, que Nora escuchaba sin respirar.

Por las noches, llave en mano, se escurría al piso de abajo para visitar a la niña. Lol ya no preguntaba por su madre, pero se abrazaba a Nora en la oscuridad. Una a otra se contaban historias y hacían bromas en voz baja, y Nora le cepillaba el pelo.

—Podría llamar con el cepillu si me hiciera falta —le recordó

Lol, alzando los ojos al techo.

—Sí, y vendríamos —Nora acarició la suave mejilla de la pequeña.

—¿Quieres que te haga una canción? —preguntó Lol.

—Algún día —dijo Nora—. Ahora no. De noche no debemos hacer ruido. Tiene que ser secreto que yo vengo aquí.

—Yo inventaré una canción y algún día te la cantaré hurrible de fuerte —dijo Lol.

—¡Estupendo! —respondió Nora riendo.

—La Reunión será pronto —dijo Lol con aire de importancia.

—Sí, ya lo sé.

—Diz que yo estaré en primera fila.

—¡Qué bien! Así podrás verlo todo. Podrás ver el bonito manto del Cantor. Yo he estado trabajando en él —le contó Nora—. Tiene unos colores maravillosos.

—Cuando yo sea la Cantora —le confió la niña—, podré volver a hacer mis canciones. Cuando tenga bien aprendidas las de antes.

* * *

Cuando Jacobo fue a su habitación, Nora le enseñó que la reparación del manto ya estaba acabada. Él se mostró muy satisfecho de la labor. Juntos extendieron el manto sobre la mesa y lo examinaron por un lado y por otro, abriendo los pliegues y volviendo los puños, estudiando los intrincados puntos y las escenas que formaban.

—Has hecho un gran trabajo, Nora —dijo Jacobo—. Sobre todo aquí.

El lugar que señaló había sido difícil. Aunque su extensión era diminuta, como la de todas las escenas, era una complicada representación de edificios altos en colores grises, que se derrumbaban sobre un fondo de explosiones ardientes. Nora había combinado distintos tonos de naranja y rojo y había buscado los diversos grises del humo y de los edificios. Pero la dificultad del bordado había estado en que no tenía idea de qué eran aquellos edificios. Nunca había visto nada parecido. El Edificio del Consejo, donde ahora vivía y trabajaba, era el único de gran tamaño que conocía, y comparado con aquéllos era pequeño. Parecía como si aquéllos, antes de caerse, se hubieran elevado hacia el cielo hasta alturas asombrosas, mucho más allá del árbol más alto.

—Esa parte fue la peor —explicó—. Fue muy complicada. Quizá, si hubiera sabido más cosas sobre los edificios, sobre lo que pasó…

Se azaró.

—Debería haber puesto más atención en el Cántico de la Ruina cada año —confesó—. Siempre me interesaba mucho al empezar, pero luego me distraía, y no siempre escuchaba con atención.

—Eras una niña —le recordó Jacobo—, y el Cántico es muy largo. No hay nadie que escuche con atención todas las partes, y menos los niños.

—¡Este año lo haré! —dijo Nora—. Este año pondré especial atención por lo bien que conozco las escenas. Atenderé sobre todo a esta parte de la caída de los edificios.

Jacobo cerró los ojos y movió los labios en silencio. Después empezó a tararear, y Nora reconoció una melodía que se repetía en una sección del Cántico. Él cantó en voz alta:

«Arde, mundo azotado,
horno devorador,
impuro infierno…».

—Creo que es eso —dijo, abriendo los ojos—. Es a partir de ahí, muy largo; no recuerdo la continuación, pero creo que es en esa parte donde se derrumban los edificios. Date cuenta de que yo he oído el Cántico muchas más veces que tú.

—Yo no sé cómo se lo puede saber el Cantor —dijo Nora, y por un instante se le ocurrió preguntar por la niña cautiva de abajo, la Cantora del futuro, que estaba siendo obligada a aprenderse el interminable Cántico. Pero vaciló y perdió la ocasión.

—Piensa que tiene el báculo como guía —dijo Jacobo—, y empezó a aprenderlo de pequeño, hace mucho tiempo. Y ensaya continuamente. Mientras tú preparabas el manto, él preparaba el Cántico de este año. Claro que el texto siempre es el mismo, pero yo creo que cada año él decide poner más acento en unas partes que en otras. Se pasa el año estudiando, pensando y ensayando la ejecución.

—¿Dónde?

—Tiene unas habitaciones especiales en otra zona del Edificio.

—Yo nunca le he visto más que en el Cántico.

—No. Vive apartado.

Volvieron al manto y lo recorrieron palmo a palmo para

comprobar que a Nora no se le había pasado nada inadvertido. Una auxiliar trajo el té, y se sentaron a hablar del manto y sus escenas, de la historia que narraba, del tiempo anterior a la Ruina. Otra vez Jacobo cerró los ojos y recitó:

«Devastación
de Bogo Torón,
de Tímor Narada,
de Totu asolada…».

Nora reconoció los versos, que estaban entre sus preferidos, aunque no los entendía. De pequeña aquellas rimas la sacaban del aburrimiento que sentía en muchos ratos a lo largo del interminable Cántico. «De Bogo Torón, de Tímor Narada», cantaba para sí a veces.

—¿Qué quiere decir esa parte? —preguntó a Jacobo.

—Creo que son nombres de lugares desaparecidos —explicó él.

—¿Cómo serían? Tímor Narada. Me gusta cómo suenan esos nombres.

—Eso es parte de tu trabajo —le recordó Jacobo—. Tú utilizas los hilos para recordarnos cómo eran.

Nora asintió y volvió a alisar el manto, contemplando las trágicas ciudades destruidas y las praderas de suave verdor que las separaban.

Jacobo dejó su taza en la mesa y fue a asomarse a la ventana:

—Los obreros han acabado. En cuanto pasen la Reunión y el Cántico de este año podrás ponerte a teñir hilos nuevos para el manto.

Ella le miró consternada, con la esperanza de ver en su gesto que hablaba en broma. Pero Jacobo estaba muy serio. Nora había supuesto que una vez que terminara aquel trabajo podría dedicarse a sus proyectos propios, a algunos de aquellos dibujos complicados que sentía y veía mentalmente. A veces le temblaban los dedos de ganas de hacer esas cosas.

—¿Tanto se estropeará el manto durante el Cántico que habrá que volver a repararlo? —preguntó, intentando disimular lo penosa que le resultaba la idea. Quería dar gusto a Jacobo. Era su protector. Pero no quería seguir haciendo aquello toda la vida.

—No, no —la tranquilizó él—. Tu madre fue arreglando los pequeños desperfectos de cada año, y ahora tú has rehecho con

suma habilidad las partes que necesitaban restauración. Seguramente después del Cántico de este año sólo te quedarán algunos hilos rotos que reparar.

—¿Entonces… ? —Nora no comprendía.

Jacobo alargó la mano hacia el manto e indicó con un gesto la parte de los hombros, vacía de ornamentación.

—Aquí está el futuro —dijo—. Y ahora tú nos lo vas a contar, con tus dedos y tus hilos. En sus ojos había una mirada penetrante, excitada.

Nora trató de ocultar su susto.

—¿Tan pronto? —murmuró. No era la primera vez que Jacobo aludía a aquella enorme tarea; pero ella había pensado que sería cuando tuviese más años, más destreza, más conocimiento…

—Te hemos estado esperando mucho tiempo —dijo él, y la miró sin pestañear, como retándola a negarse.

Capítulo 19

Comenzó temprano. Ya al amanecer llegó hasta Nora el rumor del gentío que empezaba a congregarse, a pesar de que su cuarto estaba en el otro lado del edificio. Rápidamente se acabó de vestir, se pasó el cepillo por el pelo y corrió al cuarto de Tomás. Desde allí se veía la plaza donde tenían lugar las grandes asambleas.

Al contrario que cuando la cacería, la multitud estaba pacífica. Hasta los niños pequeños, normalmente tan rebeldes, esperaban tranquilos sin soltarse de la mano de su madre. El rumor que despertó a Nora no era de gritos y empellones, sino simplemente del paso de la gente que afluía de las calles estrechas a unirse a la multitud que esperaba para entrar en el edificio. Del camino de la Nava llegaba una corriente ininterrumpida de ciudadanos silenciosos con sus hijos. De la dirección opuesta, la zona donde Nora había vivido con su madre, venían otros, antiguos vecinos suyos a los que reconoció. Vio al hermano viudo de su madre con su hijo Dan, pero la niña, Mar, no iba con ellos; quizá se la hubieran dado a otros.

En un día normal las familias estaban dispersas y separadas, los niños campando a su aire, los mayores trabajando, pero aquel día los maridos acompañaban a sus mujeres y los niños a sus padres. Todos estaban serios, expectantes.

—¿Dónde está el báculo? —preguntó Nora, buscándolo con la mirada por la habitación.

—Ayer se lo llevaron.

También el manto se lo habían llevado el día anterior. Y, a pesar de lo cansada del trabajo que estaba Nora, la habitación sin él le había parecido más pequeña.

—¿Vamos abajo? —preguntó a Tomás, aunque no le apetecía meterse en el gentío.

—No, han dicho que vendrán a buscarnos. Le pregunté a la

auxiliar que trajo el desayuno. ¡Mira! —señaló—. Allá al fondo, junto al árbol que hay delante de los telares: ¿no es ésa la madre de Mat?

Nora siguió la dirección del dedo de Tomás y descubrió a la misma mujer flaca que les había mirado con desconfianza desde la miseria de la barraca. Ahora venía limpia y aseada, y tenía de la mano al niño que se parecía tanto a Mat. Allí estaban esperando los dos, como una familia; pero sin el otro hijo. Ni sombra de Mat. A Nora la embargó una oleada de dolor, una sensación de pérdida.

Mirando aquel mar de cabezas, reconocía algunas aquí y allá: las tejedoras, cada una por su lado con su marido y sus hijos; el carnicero, limpio por una vez en la vida, con su corpulenta mujer y sus dos mocetones. Ya estaba congregado el pueblo entero, y sólo unos cuantos rezagados se apresuraban aún por las calles.

Se inició entonces un leve movimiento, y Nora vio que la gente se adelantaba lentamente, como las olitas que hacía el agua del río en la orilla al pasar un tronco flotando.

—Han debido abrir las puertas —dijo Tomás, estirándose para mirar.

Uno por uno fueron entrando en el edificio todos los habitantes del pueblo. Por fin, cuando fuera ya no quedaba casi nadie y el murmullo de voces y el rumor de pasos se oía en el piso de abajo, una auxiliar los llamó desde la puerta:

—Es la hora —dijo.

* * *

Salvo una ojeada rápida por la rendija aquella tarde en que iba buscando a Jacobo, Nora no había vuelto a ver la sala del Consejo de Guardianes desde el día de su juicio, hacía muchos meses. Entonces las circunstancias eran muy distintas, cuando entró en aquel recinto cavernoso, cojeando por el pasillo central, hambrienta, sola y temiendo por su vida.

Seguía apoyándose en su bastón, lo mismo que aquel día. Pero ahora estaba limpia, tenía salud y no tenía miedo. Ella y Tomás entraron por una puerta lateral cercana al escenario, viendo cómo les miraban las caras de todo el pueblo.

La auxiliar que iba con ellos les indicó una fila de tres sillas de madera vueltas hacia el público, al pie del escenario en el lado izquierdo. Nora vio que en el lado contrario había otra fila de sillas

más larga, y sentados allí reconoció a los miembros del Consejo de Guardianes. Entre ellos estaba Jacobo.

Rápidamente, acordándose de la costumbre, inclinó la cabeza hacia el Objeto de Culto del escenario. Luego siguió a Tomás y tomaron asiento en dos de las sillas. Por el público corrió un murmullo, y Nora notó que se ponía colorada. No le gustaba llamar la atención. No le gustaba tener que estar sentada allí delante. Recordó la voz burlona con que, sólo unos días antes, una de las tejedoras había dicho: «¡Ésta ya no nos necesita!».

«No es verdad. Os necesito a todos. Nos necesitamos los unos a los otros».

Mirando al público compacto, recordó las muchas veces que en los años pasados había acudido obedientemente con su madre a la Reunión. Siempre se sentaban al fondo, donde ella ni veía ni oía y aguantaba el acontecimiento aburrida e inquieta, poniéndose a veces de rodillas en el asiento para mirar por encima de los hombros de los espectadores, tratando de ver al Cantor. Su madre estaba siempre muy atenta, y la sujetaba suavemente cuando ella se removía. La Reunión y el Cántico eran largos y pesados para los niños.

El público apiñado, que hasta entonces se mantenía respetuoso pero se movía en los asientos y cuchicheaba, enmudeció cuando Nora y Tomás entraron a ocupar sus sitios. Todo el mundo quedó a la espera. Por fin, en medio del silencio, el Guardián Mayor, el tetrasílabo al que Nora no había vuelto a ver desde el juicio y cuyo nombre seguía sin aprenderse (¿era Bartolomé?), se levantó de su silla al otro lado, y colocándose delante del escenario inició el rito con que se abría siempre la ceremonia.

—Da comienzo la Reunión —declaró.

—Adoramos al Objeto —dijo, y señalando al escenario hizo una reverencia. Todas las cabezas se inclinaron con respeto hacia la pequeña construcción de madera en forma de cruz.

—Presento al Consejo de Guardianes —dijo seguidamente, indicando con la cabeza a la hilera de hombres entre los que estaba Jacobo. Todos a una se pusieron en pie. Nora pasó un momento de nerviosismo, porque no recordaba si había que aplaudir. Pero el silencio era general, aunque algunas cabezas parecían inclinarse hacia el Consejo de Guardianes en señal de respeto.

—Por primera vez presento al Entallador del futuro —y el Guardián Mayor hizo un gesto hacia Tomás, que no supo cómo reaccionar.

—Ponte de pie —susurró Nora, intuyendo que era lo correcto. Tomás se levantó, y aguantó unos instantes torpemente, apoyándose en uno y otro pie, mientras las cabezas volvían a inclinarse con respeto. Después se sentó otra vez.

Nora sabía que la siguiente era ella, y alargó la mano al bastón, que había dejado apoyado en la silla.

—Por primera vez presento a la Bordadora del manto, la diseñadora del futuro.

Nora se levantó, y tan derecha como pudo respondió a las inclinaciones que se le hacían. Luego se volvió a sentar.

—Por primera vez presento a la Cantora del futuro, que en su día vestirá el manto.

Todos los ojos se dirigieron a la puerta lateral, que acababa de abrirse. Nora vio que dos auxiliares hacían salir a Lol, indicándole la silla vacía. La niña, envuelta en un vestido nuevo pero sencillo y sin adornos, parecía confusa e insegura, pero su mirada se encontró con la de Nora, que le hacía señas sonriente, y entonces se le iluminó la cara de contento y corrió a la silla.

—No te sientes aún —susurró Nora—. Quédate de pie mirando a la gente. Con orgullo.

Con una sonrisa tímida, frotándose nerviosamente un tobillo con el otro pie, la Cantora del futuro miró a la multitud. Su sonrisa, vacilante al principio, enseguida se hizo segura y contagiosa, y Nora vio que la gente se la devolvía.

—Ya te puedes sentar —bisbiseó.

—Espera —bisbiseó Lol a su vez, y levantando una mano movió los deditos hacia el público. Una oleada de risas simpáticas recorrió el gentío.

Entonces Lol se dio media vuelta, y poniendo primero las rodillas izó su personita sobre la silla.

—Les mandé un saluditu —explicó a Nora.

—Finalmente presento a nuestro Cantor, que viste el manto —anunció el Guardián Mayor cuando renació el silencio.

Por el otro lateral entró el Cantor, vistiendo el espléndido manto y llevando el báculo tallado en la mano derecha. Del público entero

brotó una exclamación de asombro. Todos los años le habían visto con el manto; pero este año era diferente, por la labor que había hecho Nora en el bordado antiguo. Cuando el Cantor avanzó hacia el escenario, los pliegues del manto centellearon a la luz de las antorchas, y los colores de las escenas bordadas brillaron con toda su sutileza. Oros, amarillos claros que se oscurecían hasta un naranja vibrante, rojos desde el rosa más pálido hasta el más oscuro carmín, verdes, todos los tonos, entretejidos en sus intrincados dibujos, contaban la historia del mundo y su Ruina. Cuando el Cantor se volvió para subir los pocos peldaños del escenario, Nora vio la ancha extensión de tela vacía que le caía sobre los hombros y por la espalda, el vacío que ella llenaría, pues para ello había sido escogida. El futuro que ella crearía, pues para ello había sido elegida.

—¿Qué es eso que suena? —murmuró Tomás.

Nora estaba distraída en su admiración y sus reflexiones sobre el manto y todo lo que el manto significaba, pero en aquel momento también ella lo oyó: era un ruido metálico, sordo e intermitente, apagado. Cesó de pronto. Y se oyó otra vez: el arrastre de algo metálico.

—No lo sé —respondió en voz baja.

En el centro del escenario, el Cantor hizo una ligera inclinación hacia el Objeto de Culto y se volvió al público. Palpó el báculo como si fuera un talismán, aunque todavía no necesitaba servirse de él. Su rostro era impasible e inexpresivo. Cerró los ojos y empezó a respirar hondo.

El sonido misterioso se había extinguido. Nora aguzó el oído, pero el roce sordo ya no sonaba. Miró a Tomás, se encogió de hombros y se puso cómoda para escuchar. Al mirar a Lol vio que también la niña había cerrado los ojos, y que sus labios formaban las primeras palabras en silencio.

El Cantor alzó un brazo, y Nora, con su conocimiento del manto, supo que estaba mostrando a la vista la manga que llevaba la escena del origen del mundo: la separación de la tierra y el mar, la aparición de los peces y las aves, todo ello en las puntadas más diminutas alrededor de la bocamanga izquierda, ahora sostenida en alto por el brazo extendido. Notó la admiración reverente del público al ver el manto desplegado por primera vez en un año, y se

sintió orgullosa del trabajo que había hecho.

El Cantor arrancó con una voz de barítono fuerte y profunda. En realidad, aún no cantaba. El Cántico empezaba con una recitación. Poco a poco, recordaba Nora, iban surgiendo melodías: frases líricas que se alzaban lentas, seguidas por otras más duras de ritmo rápido y palpitante. Pero se iban haciendo despacio, como el mundo. El Cántico empezaba por el origen del mundo, hacía muchísimos siglos:

«En el principio…».

Capítulo 20

Tomás le dio un codazo y señaló con la cabeza. Nora volvió los ojos, y se sonrió al ver que Lol, antes tan ansiosa e inquieta, dormía profundamente en la ancha silla.

Era cerca del mediodía; llevaban ya varias horas de cántico. Probablemente muchos de los niños presentes en la gran sala dormitaban igual que Lol.

Nora estaba extrañada de no sentir sueño ni aburrimiento. Pero para ella el Cántico era también un viaje por la tela dibujada, y, según iba cantando el Cantor y alzando las secciones correspondientes, se acordaba de cada escena y de las jornadas de trabajo, de la búsqueda de los matices exactos entre los hilos de Anabela. Aunque no dejaba de prestar atención, a ratos su mente divagaba en la tarea que tenía por delante. Ahora que ya casi se habían agotado los hilos de la vieja tintorera, ahora que ella tampoco existía, a Nora le preocupaba mucho acordarse de cómo se hacían los tintes. Tomás le tomaba la lección una y otra vez con sus hojas escritas.

No se lo había dicho a nadie, ni siquiera a Tomás, pero últimamente se había dado cuenta, con gran sorpresa, de que sabía leer muchas de las palabras. Un día, viendo a Tomás pasar el dedo por la hoja, se fijó en que granza y gualda empezaban igual, con una curva cerrada hacia abajo. Y también acababan igual, con una especie de rabito hacia arriba. Era como un juego descubrir las marcas que formaban los sonidos. Un juego prohibido, desde luego; pero Nora se embebía muchas veces en aquel rompecabezas cuando Tomás no miraba, y había empezado a comprender el sentido de las piezas.

El Cantor había llegado a una sección tranquila, una de aquellas épocas que seguían a un gran desastre mundial en el que el hielo —láminas blancas y grises de hielo, hechas con puntadas pequeñas de

modo que no tuvieran relieve sino una lisura extraña, reluciente— se había tragado los pueblos. Nora veía hielo muy rara vez, sólo en algunos días de los meses más fríos, cuando las heladas quebraban las ramas de los árboles y el río se helaba cerca de las orillas. Pero al trabajar en aquella sección había recordado lo temible y destructivo que era, y se había alegrado de que más allá de los bordes de la helada catastrófica reapareciera el verde y diera paso a una época tranquila y fructífera.

Ahora el Cantor se embarcaba ya en la parte verde, melódica y apaciguante, un alivio después de la frígida destrucción que había contado con voz agria y severa.

Tomás se inclinó hacia ella y le dio otro codazo. Nora miró hacia Lol, pero la niña no se había movido.

—Mira a la derecha del pasillo —susurró Tomás.

Nora miró y no vio nada.

—Sigue mirando —murmuró él.

El Cantor continuaba. Nora observó atentamente el pasillo lateral. De pronto lo vio: algo se movía furtivamente, despacio, con paradas y esperas.

Las cabezas de la gente le tapaban la vista. Se ladeó un poco hacia la derecha, tratando de ver más allá sin que el Consejo de Guardianes se diera cuenta de que algo anormal estaba pasando. Pero no, todos tenían la atención clavada en el Cantor.

Aquello volvió a moverse en la sombra, y entonces Nora vio que era un ser humano, un ser humano pequeño, que caminaba a cuatro patas como un animal al acecho. También las personas sentadas junto al pasillo empezaban a darse cuenta, aunque seguían mirando al escenario. Hubo un revuelo muy leve: hombros que giraban un poco, ojeadas rápidas, gestos de sorpresa. El pequeño ser humano siguió reptando a hurtadillas, cada vez más cerca de la primera fila.

Según se iba acercando era más fácil para Nora observarle sin cambiar de postura, ya que estaba sentada de espaldas al escenario y de cara al público. Por fin, al llegar al extremo de la primera fila, el intruso dejó de gatear, se sentó en cuclillas y miró hacia el escenario —hacia Nora, Lol y Tomás— con una ancha sonrisa. A Nora le dio un vuelco el corazón.

¡Mat! No se atrevió a pronunciar su nombre en voz alta, pero lo dijo en silencio con los labios.

Él saludó moviendo los dedos.

El Cantor trasladó los suyos a un punto más alto del báculo, buscando el lugar exacto, y continuó.

Mat sonrió de oreja a oreja y abrió una mano mostrando algo. Pero había poca luz, y Nora no reconoció lo que era. Lo sostenía entre el pulgar y el índice, enseñándoselo con gesto de importancia. Ella meneó levemente la cabeza para indicarle que no sabía lo que era. Después, sintiéndose culpable por la falta de atención, se volvió otra vez hacia el escenario y el Cantor. Sabía que pronto habría un descanso, una pausa para almorzar. Entonces vería la manera de encontrarse con el niño y examinar y admirar aquello, lo que fuese, que le traía.

Atendió a la voz del Cantor, que cantaba la serena melodía de cosechas abundantes y celebraciones festivas. Esa parte del Cántico coincidía con su estado de ánimo en aquel momento. Sentía un alivio y una alegría inmensos porque Mat había vuelto y estaba bien.

Cuando miró otra vez, nuevamente había desaparecido y el pasillo estaba vacío.

* * *

—¿Puede la pequeña Cantora tomar el almuerzo con Tomás y conmigo?

Era la pausa de mediodía en la Reunión, una larga interrupción para comer y descansar. La auxiliar reflexionó sobre lo que le preguntaba Nora y dijo que sí. Saliendo por la misma puerta lateral por donde habían entrado, Nora y Tomás, acompañados por Lol, que iba dando bostezos, subieron al cuarto de Nora y esperaron la llegada del almuerzo. Afuera, en la plaza, la gente estaría tomando la comida que había llevado y comentando el Cántico. Pensarían en la sección siguiente, una época de guerras, conflictos y muerte. Nora la recordaba: salpicaduras brillantes de sangre en hilo carmesí. Pero en esos momentos la apartó de su mente.

Mientras Tomás y Lol empezaban a despachar el copioso almuerzo que venía en la bandeja, Nora se fue rápidamente al cuarto de Tomás para mirar por la ventana y buscar entre la multitud a un niño de cara sucia y un perro con el rabo torcido.

Pero no hubo necesidad de mirar por la ventana, porque en el cuarto de Tomás la estaban esperando.

—¡Mat! —exclamó Nora, y dejando el bastón se sentó en la cama y le tomó entre sus brazos. Palo brincaba a sus pies y le humedecía los tobillos con su hocico cariñoso y sus lametones.

—Hice un viaje hurrible de largu —dijo Mat con orgullo.

Nora le olfateó y sonrió.

—Y no te has lavado ni una sola vez desde que te fuiste.

—No tuve tiempu de lavarme —dijo él con sorna; y añadió, con los ojos bailando de excitación—: te truje un regalitu.

—¿Qué era lo que me enseñabas en la Reunión? No conseguí verlo.

—Te truje dos cosas, una grande y otra pequeña. La grande está todavía viniendu, pero la pequeña la tengu aquí en el bolsillitu —metió la mano hasta el fondo del bolsillo y sacó un puñado de bellotas y un saltamontes muerto.

—Esto no es. Estará en el otro bolsillu.

Puso el saltamontes en el suelo para Palo, que lo agarró con los dientes y se lo comió con un crujido que a Nora le dio escalofríos. Las bellotas rodaron bajo la cama. Mat metió la mano en el bolsillo del lado contrario, y sacando una cosa se la entregó con gesto triunfal:

—¡Para ti!

Era algo que venía doblado. Nora lo tomó con curiosidad y le quitó los trozos de hoja seca y el barro que traía pegados. Después, mientras Mat la miraba rebosante de gozo y orgullo, lo desdobló y lo sostuvo a la luz de la ventana. Era un cuadrado de tela mugrienta y arrugada, nada más. Pero lo era todo.

—¡Mat! —la emoción empañó la voz de Nora—. ¡Has encontrado azul!

Él la miraba radiante.

—Estaba allí donde diju ella.

—¿Donde dijo quién?

—Ella. La vieja que hacía los colores. Diju que allá tenían azul —Mat no podía parar de nerviosismo.

—¿Anabela? Sí, me acuerdo. Sí que lo dijo —Nora estiró la tela sobre la mesa y la examinó. Era de un azul profundo, intenso y homogéneo; del color del cielo y de la paz—. Pero, ¿tú cómo sabías dónde, Mat? ¿Cómo supiste dónde había que ir?

Él se encogió de hombros, sonriendo de oreja a oreja.

—Me acordaba de que apuntó. No hice más que ir a donde apuntó. Hay un caminu. Pero es hurrible de lejos.

—¡Y será peligroso, Mat! ¡Habrá que atravesar el bosque!

—No hay nada malu en el bosque.

No hay fieras, había dicho Anabela.

—Estuvimos andandu días y días, yo y Palitu. Palitu comía insectus. Y yo llevaba comida que había mangado…

—De tu madre.

Él asintió con aire de culpabilidad.

—Pero no era bastante. Cuando la acabé comí sobre todo bellotas. Habría podidu comer insectus si hubiera hechu falta —añadió fanfarroneando.

Nora escuchó a medias su relato mientras seguía alisando la tela. ¡Había anhelado tanto el azul! Y ahora lo tenía allí, en la mano.

—Hasta que, cuando llegué al sitiu, la gente diome de comer. Tenían comida a montones.

—Pero no tenían baño —dijo Nora guasona.

Mat se rascó con dignidad una de sus sucias rodillas e hizo como si no la oyera.

—Se quedaron hurribles de sorprendidus de verme llegar. Pero me dieron cantidad de comida. A Palitu también. Palitu les gustó.

Nora bajó los ojos al perro, que se había dormido a sus pies, y le rozó cariñosamente con la punta de la sandalia.

—Pues claro que sí. A todo el mundo le cae bien Palo. Pero, Mat…

—¿Qué?

—¿Quiénes son? ¿Qué gente es ésa que tiene azul?

Él alzó sus flacos hombros y arrugó la frente con expresión de ignorancia.

—No sé —dijo—. Están todos rotus. Pero hay comida a montones. Y se está tranquilu, y bien.

—¿Cómo que están rotos?

Él señaló a su pierna torcida.

—Como tú. Unos no andan bien. Otros están rotus de otras maneras. No todos. Pero muchos. ¿Tú crees que serán tranquilus y buenus por estar rotus?

Perpleja ante aquella descripción, Nora no respondió. El dolor te hace fuerte, le había dicho su madre. No había dicho tranquila, ni

buena.

—El casu —continuó Mat— es que tienen azul, eso de fiju seguru.

—De fijo seguro —repitió Nora.

—Ahora me querrás más, ¿a que sí? —el niño la miró sonriente, y ella se echó a reír y le dijo que le quería muchísimo.

Mat se apartó de ella y fue a la ventana, y empinándose miró hacia abajo y luego de frente. La muchedumbre seguía allí, pero él parecía buscar otra cosa, y frunció el ceño.

—¿Te gusta el azul? —preguntó.

—Mat —dijo ella con pasión—, me encanta el azul. Gracias.

—Ése es el regalu pequeñu. El grande ha de llegar enseguida —dijo el niño, que seguía mirando por la ventana—. Pero todavía no.

Se volvió hacia ella.

—¿Tienes algo de comer? —preguntó—. ¿Si me lavu?

* * *

Cuando les llamaron para la sesión de tarde de la Reunión dejaron a Mat y Palo en el cuarto de Tomás. Esta vez entraron y ocuparon sus asientos con menos solemnidad; ya no era necesario que el Guardián Mayor hiciera sus presentaciones para la gente del pueblo.

Pero el Cantor, que parecía haber cobrado nuevas fuerzas con el almuerzo y el descanso, volvió a hacer una entrada ceremoniosa. Al pie del escenario se detuvo asiendo el báculo, y el público agradeció con aplausos su notable actuación de la mañana. Su expresión no cambió. No había cambiado en todo el día. No mostraba ninguna sonrisa de orgullo. Se limitó a mirar intensamente a la multitud, a aquella gente para la que el Cántico era la historia entera, la crónica de sus trastornos, sus fracasos y sus errores, así como el relato de nuevos intentos y esperanzas. Nora y Tomás aplaudieron también, y Lol, atenta a lo que hacían para imitarles, palmoteó con entusiasmo.

En medio del fragor de los aplausos, cuando el Cantor volvió la espalda y subió los peldaños del escenario, Nora echó una ojeada a Tomás. Él también lo había oído, el sonido apagado de algo metálico a rastras. El mismo que oyeron por la mañana antes de empezar el Cántico.

Nora miró a su alrededor, perpleja. Nadie más parecía haber notado aquel ruido abrupto y sordo. La gente del pueblo estaba

pendiente del Cantor, que se preparaba respirando con fuerza. Se situó en el centro del escenario, cerró los ojos y palpó el báculo en busca del lugar. Se balanceó ligeramente.

¡Otra vez! Nora lo había vuelto a oír. Entonces, casi de casualidad, por un instante, lo vio. De pronto se dio cuenta con horror de qué era lo que sonaba. Pero ya todo estaba en silencio. Y empezó el Cántico.

Capítulo 21

—¿Qué pasa, Nora? ¡Dime!

Tomás la seguía por la escalera. La Reunión había acabado por fin. A Lol se la habían llevado los auxiliares, pero no sin que antes tuviera un momento esplendoroso de triunfo.

Al final de la larga tarde, cuando el público puesto en pie cantaba a coro con el Cantor el magnífico «Amén» con el que siempre se cerraba el Cántico, el propio Cantor hizo señas a la pequeña Lol. La niña, que había aguantado aquellas horas interminables a ratos revolviéndose inquieta y a ratos dormitando, alzó los ojos hacia él con viveza, y, cuando no hubo duda de que el Cantor la llamaba a reunirse con él, bajó presurosa de la silla y corrió feliz al escenario. Erguida a su lado y radiante de satisfacción, saludó agitando en el aire uno de sus bracitos, mientras la gente, liberada ya de toda solemnidad, silbaba y pateaba para manifestar su regocijo.

Nora miraba inmóvil y callada, abrumada por su descubrimiento, sintiendo una mezcla de miedo y enorme dolor.

Aquel temor y aquella tristeza aún la afligían mientras subía trabajosamente la escalera y Tomás la apremiaba a explicarse. Nora respiró hondo y se dispuso a decirle lo que sabía.

Pero en lo alto de la escalera se interrumpieron al ver a Mat en el pasillo. Estaba junto a la puerta abierta de Nora, con una sonrisa de oreja a oreja y balanceándose impaciente sobre los pies.

—¡Está aquí! —gritó—. ¡El regalitu grande!

* * *

Nora entró en el cuarto, pero no pasó de la puerta; sus ojos se quedaron clavados en el desconocido que estaba sentado en su silla con gesto de cansancio. Por la longitud de sus piernas se veía que era un hombre muy alto. Tenía canas, aunque no era viejo; trisílabo, pensó Nora, tratando de situarle en alguna categoría que

quizá explicase su presencia. Sí, tres sílabas, más o menos como Jacobo; quizá la edad del hermano de su madre, decidió.

Dio un codazo a Tomás.

—Mira —susurró, indicando el color de la camisa suelta que vestía el hombre—. Azul.

El intruso se puso en pie y se volvió hacia ella al oír su voz y las continuas exclamaciones de Mat, que no cabía en sí de emoción. Por un instante Nora se preguntó por qué no se había levantado al verla entrar. Habría sido lo correcto hasta para el forastero más grosero u hostil, y aquel hombre parecía afable y educado. Sonreía levemente. Entonces Nora vio con mucha pena que era ciego. Tenía la cara desfigurada por cicatrices sinuosas que le cruzaban la frente y una de las mejillas, y no había mirada en sus ojos opacos. Era la primera vez que Nora veía a alguien que hubiera perdido la vista, aunque había oído contar que podía ocurrir por accidente o enfermedad. Pero las personas disminuidas no servían para nada; siempre se las llevaba al Campo.

«¿Por qué estaba vivo aquel hombre sin vista? ¿Dónde le había encontrado Mat?».

¿Y qué hacía allí?

Mat seguía dando brincos de impaciencia.

—¡Yo le truje! —declaró exultante, y le tocó una mano pidiendo su confirmación—. ¿Verdad que yo te truje?

—Verdad —dijo el hombre, y la voz con que se dirigió al niño era cariñosa—. Has sido un guía excelente. Me trajiste durante casi todo el camino.

—¡Le truje todo el caminu desde allá! —dijo Mat volviéndose hacia Nora y Tomás—. Pero al final quiso probar a venir él solu. Yo dije que se quedase con Palitu de ayudante, pero quería hacerlu él solu. Por eso me dio el trozu para el primer regalitu. ¿Ves?

Y tirando de la camisa del hombre enseñó a Nora el lugar, en el faldón de la espalda, de donde había arrancado el pedazo de tela.

—Lo siento —dijo Nora al hombre con cortesía. Se sentía incómoda e insegura en su presencia—. Le ha echado a perder la camisa.

—Tengo otras —dijo el hombre sonriendo—. ¡Estaba tan ilusionado con mostrarte el regalo! Y yo sentía la necesidad de encontrar solo el camino. Estuve antes aquí, pero hace mucho

tiempo.

—¡Y mira! —Mat no paraba un momento, excitado como un niño chico o un cachorro. Levantó del suelo una bolsa que había junto a la silla y la abrió aflojando los cordones—. Ahora necesitan agua —dijo, sacando con cuidado varios tallos marchitos—, pero no les pasa nada. Se han de poner muy tiesitas en cuanto les demus de beber.

Y, volviéndose de nuevo al ciego, le dijo, tirándole de la manga para asegurarse su atención:

—¡Ahora una cosa que ni te la imaginas!

—¿Qué? —el hombre le escuchaba divertido.

—¡Tiene agua aquí dentru! ¡Pensarías que habíamos de llevar las plantas al ríu! ¡Pues aquí, yo abru esta puerta, y tienes agua que sale a chorru!

Así diciendo, brincó a la puerta y la abrió.

—Pues lleva ahí las plantas, Mat —sugirió el hombre—, y dales de beber.

Se dirigió a Nora, y ella se dio cuenta de que notaba su presencia aunque no la viera.

—Es glasto lo que te hemos traído —explicó—. Es la planta que emplea la gente de mi tierra para hacer el tinte azul.

—Su camisa es tan bonita —murmuró ella, y él sonrió nuevamente.

—Mat me decía que es del mismo color que el cielo en una mañana soleada de verano temprano —dijo.

—Sí —asintió Nora—. ¡Es exactamente igual!

—Más o menos como el azul de las campánulas, diría yo —dijo el hombre.

—¡Es verdad! ¿Pero cómo…

—Yo no he sido ciego siempre. Me acuerdo de esas cosas.

Se oía correr el agua.

—¡Mat! ¡No las ahogues! —gritó el hombre—. ¡Es un viaje muy largo para tener que traer más!

Y añadió, dirigiéndose a Nora:

—Yo estaría encantado de traer más, por supuesto. Pero no creo que haga falta.

—Por favor, siéntese —dijo Nora—. Y vamos a pedir algo de comer. En realidad, ya es la hora de la cena.

En medio de su confusión, Nora intentaba recordar las normas elementales de la hospitalidad. Aquel hombre le había traído un regalo de gran valor. De por qué lo había hecho no tenía la menor idea. Ni podía imaginar lo duro que tenía que haber sido recorrer una gran distancia sin ver, y sin más guía que un niño alegre y un perro con el rabo torcido.

Y al final del viaje, mientras Mat se adelantaba con su preciado retazo de azul, el ciego había venido solo. ¿Cómo era posible?

—Voy a llamar a las auxiliares para decírselo —dijo Tomás.

El hombre hizo un gesto de sorpresa y preocupación.

—¿Quién es? —preguntó, porque hasta entonces no había oído la voz de Tomás.

—Vivo al otro lado del pasillo —explicó Tomás—. Yo he tallado el báculo del Cantor mientras Nora cosía el manto. Usted no tiene por qué estar enterado de la Reunión, pero acaba de terminar, y es realmente importante.

—Estoy enterado de todo —dijo el hombre—. Estoy enterado de todo. Por favor. No pidan comida —añadió con firmeza—. Nadie debe saber que estoy aquí.

—¿Comida? —preguntó Mat, saliendo del cuarto de baño.

—Les diré que lleven nuestras cenas a mi cuarto, y nadie lo sabrá —sugirió Tomás—. Repartiremos. Siempre sobra.

Nora asintió con la cabeza, y Tomás se fue en busca de las auxiliares. Tras él salió trotando Mat, siempre interesado por lo que significara comer.

Nora se encontró a solas con el desconocido de la camisa azul. Por su postura se veía que estaba muy cansado. Se sentó frente a él en el borde de la cama, y trató de pensar qué debía decirle, qué sería correcto preguntarle.

—Mat es un buen chico —dijo tras un momento de silencio—, pero con la emoción se le olvidan algunas cosas importantes. No le ha dicho mi nombre. Me llamo Nora.

El ciego asintió con la cabeza.

—Lo sé. Me lo ha contado todo acerca de ti.

Ella esperó, y por fin rompió el silencio para decir:

—A mí no me ha dicho quién es usted.

El hombre fijó sus ojos ciegos en la habitación, más allá de donde estaba sentada Nora. Hizo como si fuera a hablar, titubeó,

tomó aire y no dijo nada.

—Empieza a oscurecer —dijo por fin—. Estoy frente a la ventana y noto cómo cambia la luz.

—Sí.

—Así es como me orienté hasta aquí después de que Mat me dejara a la entrada del pueblo. Habíamos pensado esperar a la noche, para entrar al amparo de la oscuridad. Pero, como no había nadie por las calles, se podía entrar a la luz del día sin peligro. Mat se dio cuenta de que hoy era la Reunión.

—Sí —dijo Nora—. Empezó por la mañana temprano.

«No va a responder a mi pregunta», pensó.

—Yo me acuerdo de las Reuniones. Y recordaba el camino. Claro que los árboles han crecido, pero sentía las sombras. He podido venir por el centro del camino guiándome por la inclinación del sol.

Sonrió con picardía.

—He olido la barraca del carnicero.

Nora se rió.

—Y al pasar por el taller de tejido he notado el olor de los paños doblados, y hasta el de la madera de los telares. Si hubieran estado las mujeres trabajando habría reconocido los sonidos.

Con la punta de la lengua en el paladar hizo el chasquido repetitivo de la lanzadera, y luego el siseo con que los hilos se iban convirtiendo en paño.

—Y así he venido solo hasta aquí. Aquí salió a recibirme Mat y me trajo a tu habitación.

Nora aguardó. Después preguntó:

—¿Por qué?

Él se llevó la mano a la cara. Se la pasó por las cicatrices, palpando los bordes; después siguió la piel irregular por la mejilla abajo hasta el cuello. Por último se metió la mano debajo de la camisa y se sacó una correílla de cuero. Nora vio que en la palma de la mano tenía la media piedra pulida que casaba con la suya.

—Nora —dijo, pero ahora ya no hacía falta que se lo dijera porque ella lo sabía—, me llamo Cristóbal. Soy tu padre.

Ella le miraba atónita. Y mirando sus ojos inútiles vio que todavía podían llorar.

Capítulo 22

En algún lugar oculto donde Mat le había llevado por la noche, su padre dormía. Pero antes de irse a dormir había contado su historia a Nora.

—No, no fueron las fieras —dijo en respuesta a sus primeras preguntas—. Fueron los hombres. Allí no hay fieras.

Su voz era tan firme como había sido la de Anabela. No hay fieras.

—Pero… —le empezó a interrumpir Nora, para decirle lo que Jacobo le había contado: «yo vi cómo a tu padre se lo llevaban las fieras». Pero calló y siguió escuchando.

—Hay animales salvajes en el bosque, por supuesto. Los cazábamos para comer. Aún los cazamos. Ciervos, ardillas, conejos —suspiró—. Aquel día se hacía una gran cacería. Los hombres nos habíamos reunido para repartirnos las armas. Yo llevaba una lanza y una bolsa con comida que me había preparado Catrina. Siempre lo hacía así.

—Sí, lo sé —dijo Nora en voz baja.

Él no dio muestras de oírla. Parecía estar mirando al pasado con sus ojos vacíos.

—Catrina esperaba un hijo —dijo sonriendo, y con la mano trazó una curva en el aire, por encima de su vientre. Nora, como en un sueño, se sintió pequeñita dentro de la curva que hacían sus dedos arqueados, dentro del recuerdo de su madre.

—Marchamos como de costumbre: primero juntos en grupos, después separados por parejas, y finalmente cada uno por su lado, internándose cada vez más en el bosque detrás de una pista o un ruido.

—¿Tenías miedo? —preguntó Nora.

Él se sacudió el lento discurso medido de sus recuerdos y sonrió.

—No, no. No había ningún peligro. Yo era un cazador experto.

Uno de los mejores. Nunca tuve miedo en el bosque.

Entonces frunció la frente.

—Pero debería haber tomado precauciones. Sabía que tenía enemigos. Había envidias, siempre, y rivalidades. Aquí era lo normal. Tal vez lo siga siendo.

Nora hizo un gesto de asentimiento, pero recordó que él no la veía.

—Sí —dijo—, lo sigue siendo.

—Yo estaba a punto de ingresar en el Consejo de Guardianes —continuó él—. Era una posición de mucho poder. Había otros que querían el puesto. Supongo que esa fue la razón. ¿Quién sabe? Aquí había siempre hostilidad. Malas palabras. Hace mucho tiempo que no pienso en ello, pero ahora recuerdo las discusiones y los enfrentamientos…, aquella misma mañana, cuando se distribuyeron las armas…

—Hace poco volvió a ocurrir al comienzo de una cacería —dijo Nora—. Yo lo vi. Hubo peleas y malos modos. Siempre pasa. Es lo normal entre los hombres.

Él se encogió de hombros.

—Así que no ha cambiado.

—¿Cómo iba a cambiar? Es así. Es lo que se enseña a los niños, a luchar y disputar. Es la única manera de que cada uno consiga lo que quiere. A mí me habrían enseñado a hacer lo mismo, si no fuera por esta pierna —dijo Nora.

—¿Qué te pasa en la pierna?

No lo sabía. ¿Cómo lo iba a saber?

Nora se avergonzó de tener que decírselo.

—Tengo una pierna torcida. De nacimiento. Querían llevarme al Campo pero mi madre se negó.

—¿Se enfrentó a ellos? ¿Catrina? —su cara se iluminó con una sonrisa—. ¡Y se salió con la suya!

—Su padre vivía todavía, y era un hombre muy importante, según me decía. Por eso pudo quedarse conmigo. Pensarían que me iba a morir de todas maneras.

—Pero tú eras fuerte.

—Sí. Mi madre decía que el dolor me hacía fuerte —al decírselo ya no sentía vergüenza sino orgullo, y quería que él también se enorgulleciera.

Él le tendió la mano, y ella la estrechó.

Quería seguir oyéndole. Tenía que saber qué había ocurrido. Esperó.

—Yo no sé con seguridad quién fue —dijo él, reanudando la explicación—. Pero me lo imagino. Sabía que me tenía una envidia atroz. Aparentemente se me acercó sin hacer ruido, cuando yo estaba parado al acecho de un ciervo que iba siguiendo, y me atacó por la espalda: primero me dio un mazazo en la cabeza que me hizo perder el sentido, y después me apuñaló con un cuchillo. Me dejó por muerto.

—Pero tú viviste. Eras fuerte —Nora le apretó la mano.

—Me desperté en el Campo. Me imagino que me llevarían allí los acarreadores, como es habitual. ¿Tú has estado en el Campo?

Nora asintió con la cabeza, y al recordar nuevamente que era ciego lo dijo en voz alta:

—Sí.

Tendría que contarle cuándo y por qué, pero todavía no.

—Allí me habría muerto, como estaba previsto. No me podía mover, no veía. Estaba aturdido y tenía grandes dolores. Quería morir.

Hizo una pausa y prosiguió:

—Pero esa noche fueron al Campo unos desconocidos. Al principio pensé que eran cavadores, y traté de decirles que aún estaba vivo. Pero al oírles hablar noté que eran de fuera. Hablaban nuestra lengua, pero con un acento distinto, con otro son. Aunque estaba muy malherido, noté la diferencia. Y sus voces eran suaves, sedantes. Me acercaron a la boca una bebida de hierbas, que me alivió el dolor y me dio sueño. Me subieron a unas angarillas que habían hecho con troncos…

—¿Quiénes eran? —Nora, fascinada, no pudo por menos de interrumpirle.

—Yo no lo sabía. No les veía. Tenía los ojos destrozados y casi deliraba de dolor. Pero oía sus voces de consuelo. Así que bebí aquel líquido y me confié a sus cuidados.

Nora le escuchaba con asombro. En toda su vida no había conocido nunca a una persona del pueblo que hubiera hecho una cosa así. No conocía a nadie que estuviera dispuesto a apaciguar ni a consolar ni a ayudar a un ser muy malherido. Ni que supiera

hacerlo.

Excepto Mat, pensó, acordándose de que el niño había cuidado a su perrito herido hasta devolverle a la vida.

—Me llevaron muy lejos a través del bosque —siguió diciendo su padre—. El viaje duró varios días. Yo me dormía, me despertaba, me volvía a dormir. Cada vez que me despertaba, ellos me hablaban, me lavaban, me daban a beber agua y aquella medicina que mitigaba el dolor. Todo era borroso. No recordaba lo que había pasado ni por qué. Pero ellos me curaron, hasta donde era posible curarme, y me dijeron la verdad: que no volvería a ver. Pero también me dijeron que ellos me ayudarían a vivir sin vista.

—¿Pero quiénes eran? —volvió a preguntar Nora.

—Quiénes son, deberías decir —dijo él con dulzura—, porque siguen existiendo. Y ahora yo soy uno de ellos. Eran personas, simplemente. Pero personas como yo, disminuidas. Personas que habían sido abandonadas a morir.

—¿Llevadas de nuestro pueblo al Campo?

Su padre sonrió.

—No sólo de aquí. Hay otros sitios. Gente de aquí y de allá, herida no sólo en el cuerpo sino también de otras maneras. Algunos habían recorrido enormes distancias. Es asombroso oírles contar las odiseas que han pasado. En cuanto a éstos que habían llegado al lugar donde yo me encontré, habían formado su propia comunidad. Que ahora es también la mía…

Nora recordó lo que había dicho Mat de un lugar donde vivía gente rota.

—Se ayudan mutuamente —explicó su padre con sencillez—. Nos ayudamos mutuamente. Los que ven me guían a mí. Nunca me faltan unos ojos que me ayuden. Los que no pueden andar tienen quien les lleve.

Inconscientemente, Nora se frotó la pierna mala.

—Siempre hay alguien en quien apoyarse —añadió su padre—. O un par de brazos fuertes para los que no los tienen.

Y siguió explicando:

—El pueblo de los recuperados existe hace mucho tiempo. Aún siguen llegando heridos. Pero ahora empieza a cambiar, porque han nacido niños que van creciendo. De esa manera, ahora hay entre nosotros gente joven, fuerte y sana. Y tenemos otros que nos

encontraron y se quedaron con nosotros porque querían compartir nuestro modo de vida.

Nora intentaba imaginárselo.

—¿Así que es un pueblo como éste?

—Más o menos. Tenemos jardines. Casas. Familias. Pero es mucho más tranquilo que este pueblo. No hay peleas.

La gente comparte lo que tiene y se ayuda entre sí. Es raro que los niños lloren. Se quiere mucho a los hijos.

Nora miró al colgante de piedra que pendía sobre su camisa azul, y se llevó la mano al suyo.

—¿Tienes familia allí? —preguntó tímidamente.

—El pueblo entero es como una familia para mí, Nora —respondió él—. Pero no tengo mujer ni hijos. ¿Es a eso a lo que te refieres?

—Sí.

—Mi familia se quedó aquí. Catrina y el hijo que iba a venir —sonrió—. Tú.

Había llegado el momento de decírselo.

—Catrina… —empezó Nora.

—Lo sé. Tu madre ha muerto. Mat me lo dijo.

Nora asintió con la cabeza, y por primera vez en muchos meses lloró su pérdida. No había llorado cuando murió su madre; entonces se había dicho que tenía que ser fuerte, decidir lo que tenía que hacer y hacerlo. Ahora por la cara le corrieron lágrimas ardientes y se la cubrió con las manos. Los sollozos la estremecían. Su padre abrió los brazos para acogerla, pero ella se apartó.

—¿Por qué no volviste? —preguntó por fin, atragantándose con las palabras mientras intentaba dejar de llorar.

Mirándole a través del antifaz que se había hecho con las manos, vio que esa pregunta le dolía.

—Durante mucho tiempo —dijo él al cabo de unos instantes— no me acordé de nada. Los golpes que recibí en la cabeza pretendían matarme, aunque no lo consiguieran.

Pero me dejaron sin memoria. ¿Quién era yo, por qué estaba allí? ¿Tenía mujer, tenía casa? No sabía nada.

—Después, muy despacio, a medida que fui sanando, empecé a recordar. Pequeñas cosas del pasado. La voz de tu madre. Una canción que cantaba: «La noche viene, el color se va; se apaga el

cielo, porque el azul no dura…».

Sorprendida por la aparición imprevista de aquella nana de siempre, Nora musitó la letra con él.

—Sí —dijo en voz baja—. Yo también la recuerdo.

—Hasta que, muy poco a poco, me fue viniendo todo. Pero no podía volver. No habría sabido encontrar el camino. Estaba ciego y debilitado. Y si hubiera sabido encontrar el camino, habría sido venir a la muerte. Porque los que me querían muerto seguían estando aquí.

Y siguió explicando:

—Al final, simplemente me quedé. Lloraba mis pérdidas. Pero me quedé y rehice allí mi vida, sin tu madre. Sin ti.

Después su cara se iluminó.

—Hasta que, al cabo de tantos años, apareció el niño. Estaba exhausto cuando llegó, y hambriento.

—Hambriento está siempre —dijo Nora con una leve sonrisa.

—Dijo que había ido hasta allá porque había oído que nosotros teníamos azul. Quería azul para su mejor amiga, que había aprendido a hacer todos los demás colores. Cuando me habló de ti, Nora, comprendí que tenías que ser mi hija. Y supe que tenía que venir con él.

Se estiró levemente y bostezó.

—El niño me buscará un lugar seguro para dormir cuando vuelva.

Nora le tomó una mano y la retuvo. Vio que incluso en la mano tenía cicatrices.

—Padre —dijo, empleando con timidez aquella palabra que nunca hasta entonces había pronunciado—, ahora no te harán daño.

—No, oculto estaré a salvo. Y cuando haya descansado nos iremos tú y yo sin decir nada a nadie. El niño nos ayudará a reunir provisiones para el viaje. Tú serás mis ojos para volver a casa. Y yo seré las piernas fuertes en las que tú te apoyes.

—¡No, padre! —dijo Nora, ahora excitada—. ¡Mira! —y con un brazo señaló las comodidades de la habitación, pero se detuvo avergonzada—. Lo siento. Sé que no puedes mirar. Pero puedes sentir lo cómodo que se está aquí. Hay otras habitaciones como ésta a lo largo del pasillo, todas vacías menos las que ocupamos Tomás y yo. Una puede ser para ti.

Él estaba meneando la cabeza.

—No —dijo.

—Tú no comprendes, padre, porque no has estado aquí, pero yo tengo un papel especial en el pueblo. Y debido a eso tengo un amigo especial en el Consejo de Guardianes. ¡Él me salvó la vida! Y cuida de mí. Sería largo de explicar, y sé que estás cansado; pero, padre, no hace mucho tiempo yo estuve en un gran peligro. Una mujer que se llama Vandara quería que me llevasen al Campo. Hubo un juicio. Y…

—¿Vandara? La recuerdo. ¿La de la cicatriz?

—Sí, la misma —respondió Nora.

—Fue una herida terrible. Me acuerdo. Ella le echaba la culpa al niño. Él resbaló al pisar una piedra mojada, se agarró a sus faldas y la tiró, y ella al caer se rajó la cara y el cuello con el filo de una roca.

—Pero yo creía que…

—El niño era muy pequeño, pero ella le echaba la culpa. Después, cuando murió envenenado con adelfas, se hicieron cábalas. Hubo quien sospechó… —hizo una pausa y dio un suspiro —. Pero no había pruebas contra ella.

—De todos modos, es una mujer cruel —añadió—. ¿Dices que arremetió contra ti? ¿Y que hubo un juicio?

—Sí, pero me dejaron quedarme. Me dieron incluso un puesto de honor. Tuve un defensor, un guardián llamado Jacobo. Y ahora él cuida de mí, padre, y supervisa mi trabajo. ¡Seguro que encontrará un sitio para ti!

Alegremente Nora apretó la mano de su padre, pensando en el futuro que iban a vivir juntos. Pero fue como si el aire de la habitación temblara. Las facciones de su padre se endurecieron. La mano que tenía asida se puso rígida y se apartó.

—¿Tu defensor, Jacobo? —su padre volvió a tocarse las cicatrices de la cara—. Sí, ya en otra ocasión quiso encontrar un sitio para mí. Jacobo fue el que intentó matarme.

Capítulo 23

Sola, a la tenue luz de la luna, cuando aún no había amanecido, Nora bajó a la huerta que con tanto esmero se había hecho para ella. Allí plantó el glasto, apelmazando la tierra con cuidado alrededor de las raíces húmedas. «Coger hojas frescas de glasto del primer año». Repitió las palabras de Anabela. «Y agua de lluvia blanda; con eso se hace el azul». Llevó agua del cobertizo en un cacharro y encharcó el terreno alrededor de las frágiles plantas. Tendría que pasar mucho tiempo hasta la cosecha del primer año. Ella no estaría allí para recoger las hojas.

Una vez regadas las plantas se sentó con el mentón apoyado en las rodillas, y se meció adelante y atrás mientras el sol empezaba a despuntar y un débil tinte rosa se extendía por la extremidad oriental del cielo. El pueblo aún estaba en silencio. Trató de poner en orden todo aquello en su cabeza, encontrarle algún sentido.

Pero nada tenía sentido, nada en absoluto.

La muerte de su madre, una enfermedad súbita y violenta, un caso aislado. Algo así sucedía rara vez. Lo normal era que la enfermedad se extendiera por el pueblo y muchos se contagiaran.

¿Habrían envenenado a su madre?

¿Pero por qué?

Porque querían a Nora.

¿Para qué?

Para adueñarse de su talento: de su habilidad para manejar los hilos.

¿Y Tomás? ¿Sus padres también? ¿Y los de Lol?

¿Para qué?

Para adueñarse de los talentos de todos.

Renunciando a entender, Nora contempló el jardín a la luz del alba. Las plantas brillaban y cabeceaban en la brisa, algunas todavía con flores de otoño temprano. Por fin se les había unido el glasto

para darle el azul que anhelaba. Pero otra persona cosecharía las primeras hojas.

En algún lugar no lejano dormía su padre, haciendo acopio de fuerzas para regresar con su hija recién hallada al pueblo donde las personas recuperadas vivían en armonía. Juntos se escabullirían, él y Nora, abandonando el único mundo que ella había conocido. Le hacía ilusión el viaje. No echaría de menos la miseria y el ruido que dejarían atrás.

Extrañaría a Mat y sus travesuras, pensó tristemente. Y a Tomás, tan serio y entregado; también a él le iba a echar de menos.

Y a Lol. Sonrió al pensar en la pequeña cantora que saludaba tan ufana a la multitud en la Reunión.

Al pensar en Lol se acordó de una cosa. Con los nervios y la emoción de la llegada de su padre se le había ido de la cabeza. En ese momento volvieron a ella la conciencia y el horror, y ahogó una exclamación.

¡Aquel sonido apagado que la intrigó durante la celebración! Casi le parecía seguir oyéndolo, aquel ruido de metal arrastrado. Al comenzar la segunda parte del Cántico vislumbró su origen. Y al final, cuando el Cantor, después de corresponder al aplauso del público, después de que Lol descendiera del escenario dando brincos de contento, se dirigió a los peldaños para bajar y retirarse por el pasillo. En lo alto de los peldaños se recogió ligeramente el manto, y desde donde estaba sentada, al borde del escenario, Nora le vio los pies. Estaban descalzos y horriblemente deformados.

Tenía los tobillos llenos de cicatrices, peor que la cara del padre de Nora. Cicatrices con costras de sangre seca. Sangre fresca y brillante le corría en hilillos sobre los pies. Brotaba de la piel ulcerada, en carne viva, carne infectada y húmeda, junto a un par de gruesos grilletes de metal. Los grilletes estaban unidos por una pesada cadena que el Cantor iba arrastrando al abandonar a paso lento el escenario.

Entonces se bajó el manto, y Nora no vio nada más. ¿Habrían sido imaginaciones suyas? Pero siguiendo atentamente el movimiento del Cantor oyó el roce de la cadena en el suelo, y vio que iba dejando detrás tiznones de sangre oscura.

Al recordarlo en aquel momento, a Nora se le hizo claro de pronto lo que todo ello significaba. Era muy sencillo.

Los tres —la pequeña Cantora que un día ocuparía el lugar del Cantor encadenado; Tomás el Entallador, que con sus meticulosas herramientas escribía la historia del mundo; y ella, que ponía color en aquella historia— eran los artistas destinados a crear el futuro.

Nora sentía en la punta de los dedos su habilidad para trenzar y tejer los colores en aquellas escenas de asombrosa belleza que había hecho ella sola, antes de que le encomendaran la tarea del manto. Tomás le había dicho que hubo un tiempo en el que también él talló cosas prodigiosas en una madera que parecía cobrar vida en sus manos. Y había oído la melodía delicada e inolvidable que la niña cantaba con su mágica voz, en la soledad de su cuarto, antes de que la obligaran a abandonarla para cantar el cántico que ellos le dieron.

Los guardianes, gente de expresión severa, no tenían facultades creativas. Pero tenían fuerza y astucia, y habían descubierto la manera de adueñarse de las facultades de otros para sus propios fines. Estaban obligando a los niños a describir el futuro que ellos querían, no el futuro que podía ser.

El jardín, dormido, temblaba y se movía. Nora vio cómo se acomodaba en su sitio el glasto recién plantado, allí donde lo había puesto amorosamente, al lado del galio amarillo. «Casi siempre se muere después de una sola floración», había dicho Anabela al hablar de él. «Pero a veces encuentras un brote pequeño que vive».

Eran esos brotes pequeños vivos lo que Nora había plantado, y tuvo la certeza de que iban a salir adelante. Tuvo también la certeza de algo más, y al darse cuenta se levantó de la hierba húmeda para volver al Edificio, para buscar a su padre y decirle que ella no podía servirle de ojos. Que ella se tenía que quedar.

* * *

Sería Mat el que llevase a casa a Cristóbal.

Ya de noche se reunieron al borde del camino que salía del pueblo, el mismo camino que pasaba por el claro de Anabela y seguía adelante, y que al cabo de muchas jornadas llegaba al pueblo de la gente recuperada. Mat no paraba de dar brincos, ansioso de emprender el viaje, orgulloso de su papel de conductor. Palo, también él ávido de aventuras, correteaba husmeando de acá para allá.

—Sé que me echaréis de menos hurrible —dijo Mat

confidencialmente—, y a lo mejor estoy fuera mucho tiempu, porque a lo mejor quieren que me quede de visita.

Y volviéndose a Cristóbal preguntó:

—¿Tienen montones de comida todo el tiempu? ¿Para los visitantes? ¿Y para los perritus?

Cristóbal, sonriendo, dijo que sí.

Entonces Mat se llevó aparte a Nora para decirle al oído un importante secreto.

—Yo sé que tú no puedes tener maridu por tu hurrible cojera —dijo en voz baja y contrita.

—No me importa nada —le tranquilizó ella.

Él le tiró de la manga con fuerza.

—Quería decirte que esa otra gente, los rotus, se casan. Vi allí un chicu de dos sílabas, que ni siquiera estaba rotu de tu misma edad. De fiju que podrías casarte con él —susurró solemnemente— si quisieras.

Nora le abrazó.

—Gracias, Mat —susurró a su vez—. Pero no quiero.

—Tiene unos ojus muy, muy azules —dijo Mat como si eso pudiera ser importante.

Pero Nora sonrió y negó con la cabeza.

Tomás llevaba el saco con las provisiones que habían reunido, y allí, en el arranque del camino, lo pasó a las robustas espaldas de Cristóbal. Luego se estrecharon la mano.

Nora esperaba en silencio.

Su padre comprendía su decisión.

—Vendrás cuando puedas —le dijo—. Mat irá y vendrá; será nuestro enlace. Y un día te llevará con él.

—Un día nuestros pueblos se conocerán —le aseguró Nora—. Lo estoy sintiendo ya.

Era verdad. Sentía el futuro en las manos, en las imágenes que las manos le apremiaban a hacer. Sentía que la ancha banda vacía de los hombros del manto la estaba esperando.

—Tengo un regalo para ti —le dijo su padre.

Ella le miró extrañada. Había venido con las manos vacías, y durante aquellos días había vivido oculto. Pero entonces le puso algo blando en las manos, algo que daba una impresión de consuelo.

Palpó lo que era, pero en la oscuridad no lo veía.

—¿Hilos? —preguntó—. ¿Una madeja de hilos?

Su padre sonrió:

—He tenido tiempo mientras estaba solo, esperando el momento de volver. Y mis manos son muy hábiles porque han aprendido a hacer las cosas sin ver. Poquito a poco deshice la tela de la camisa azul —explicó—. El niño me consiguió otra.

—La mangué —declaró Mat con el orgullo más natural.

—Así tendrás hilos azules —continuó Cristóbal—, mientras esperas a que se animen tus plantas.

—Adiós —susurró Nora, y abrazó a su padre. Vio cómo el hombre ciego, el niño rebelde y el perro del rabo torcido echaban a andar por la oscuridad del camino. Después, cuando dejó de verlos, volvió sobre sus pasos, en dirección a lo que la esperaba. Llevaba el azul reunido en la mano, y lo sentía estremecerse, como si hubiera cobrado aliento y estuviera empezando a vivir.